CEU
Crónica de una victoria

Martí Batres Guadarrama

© Martí Batres Guadarrama

Enero 2017

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:

www.brigadaparaleerenlibertad

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

*A los cientos de miles de jóvenes que han luchado
por la educación superior pública y gratuita*

Introducción

Al impartir la asignatura *Movimientos y Participación Social* en la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y reflexionando sobre los movimientos estudiantiles, he encontrado con cierta consternación que todos mis alumnos y alumnas han oído hablar del Consejo Nacional de Huelga (CNH) de 1968; muchos recuerdan al Consejo General de Huelga (CGH) de 1999-2000, también el movimiento #Yo-Soy132 del 2012 sigue fresco en su memoria, pero no muchos saben la historia del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de 1986-1987.

Esto constituye una injusticia.

Es probable que la memoria de grandes movimientos sociales esté ligada al dolor de la represión, la derrota o el desgarramiento institucional. El movimiento del 68 quedó grabado como tinta indeleble en la mente de cada generación posterior a esa lucha. Al pensar en el 68 se piensa en la matanza de Tlatelolco, en los presos políticos, en la brutalidad del Estado, en la sangre inocente derramada. El CGH, por su parte, evoca el recuerdo de la huelga que mantuvo cerrada a la UNAM casi un año y el fin del conflicto con la entrada de la policía federal preventiva. El movimiento #Yosoy132 es demasiado reciente como para valorar su impacto en el recuerdo colectivo.

CEU, crónica de una victoria

Al cumplirse 30 años del surgimiento formal del CEU ocurrido el 31 de octubre de 1986, no está de más realizar un repaso sobre el movimiento estudiantil que acaso ha sido el más exitoso en lograr sus objetivos.

Aún y cuando nació como un reflejo contestatario que rechaza el emblemático proyecto neoliberal del Rector Jorge Carpizo, miró hacia adelante y dibujó un horizonte propositivo. Hizo realidad el diálogo público por el cual lucharon los estudiantes de 1968. Ganó el debate de las ideas a las autoridades. Le dio un perfil académico a su propio discurso. Venció el miedo dejado por el 2 de octubre. Pudo sacar a las calles a cientos de miles de universitarios nuevamente. Obtuvo el apoyo de la opinión pública. Conquistó la realización de un Congreso Universitario para resolver entre todos los sectores de la UNAM una reforma académica. Atrajo a intelectuales de muy alto nivel a su lucha. Motivó el surgimiento de movimientos parecidos en otras instituciones educativas. Obtuvo su legitimidad en las calles, en el debate académico y en las urnas. Supo presionar y tensar como también acordar y resolver. Articuló una identidad organizativa que perduró por una década. Se enlazó con luchas sociales urbanas y sindicales de la ciudad de México e influyó en la decisiva coyuntura de la sucesión presidencial de 1988.

El CEU fue la bisagra que articuló a los universitarios y a la izquierda política mexicana. Cultivó la inteligencia en el desarrollo de sus estrategias. Conformó una verdadera dirección política que condujo a los estudiantes. Luchó con coraje, pero también con alegría.

Derrotó a la cultura de la derrota, se propuso triunfar y triunfó. Le dio al pueblo de México la primera gran respuesta victoriosa contra la naciente política neoliberal del presidente Miguel de la Madrid. Fue también la fuerza que arrancó a las autoridades universitarias la firma de un pacto social que deposita la estabilidad de la UNAM y su transformación académica en el respeto a su naturaleza pública y gratuita. Y que logró posicionar en el imaginario social y en el entramado institucional el principio de que la gratuidad de la educación pública superior es un derecho.

Ciertamente algunos de quienes participaron en este movimiento ya no piensan igual y hasta cambiaron de postura ideológica y política, como se dice actualmente, “se pasaron al lado oscuro”; pero sin duda, la generación del CEU en su momento ayudó a salvar a la educación superior pública y gratuita y hoy influye en diversas esferas de la vida social. Sus dirigentes, activistas, militantes y simpatizantes han compartido responsabilidades en el mundo de la cultura, en la academia, en las estructuras universitarias, en los medios de comunicación, en los movimientos populares, en organizaciones de la sociedad civil, en los partidos políticos, en las legislaturas, y hasta en gobiernos, y en su inmensa mayoría continúan del lado de la gente que lucha por transformar con igualdad social, democracia y libertad a nuestro país. Hoy la UNAM sigue siendo una institución esencialmente pública y gratuita. Se lo debemos al CEU y a quienes después volvieron a dar esa batalla.

En este libro cuento una historia del CEU. Lo hago desde mi modesta perspectiva de participante y trata de aportar un granito de arena a la reivindicación y conoci-

CEU, crónica de una victoria
miento de la que considero una de las más importantes batallas de la juventud mexicana. Es una historia personal y política. Contiene los sesgos naturales que se derivan de mis ideas y vivencias, y de los desiguales alcances de la memoria. Es simplemente lo que me tocó ver, oír y vivir. No es La Historia del CEU. Es la historia que yo puedo contar.

La marcha del 10 de junio de 1981

La mañana del 10 de junio de 1981 mi hermana Viétnika y yo le dijimos a mi papá:

– Queremos ir solos a la marcha conmemorativa de los diez años del *Halconazo*.

– Está bien, busquen al profesor Iván García Solís en el contingente del Partido Comunista Mexicano y cuídense mucho, nos contestó.

Viétnika era alumna de la Preparatoria 6 de la UNAM y yo de la secundaria 35. Las dos escuelas están en la calle de Corina, cerca del centro de Coyoacán. Al salir de nuestras clases nos reuníamos para irnos *de pinta* al Jardín Hidalgo. A un costado del quiosco entregaban propaganda sobre la revolución salvadoreña y temas de coyuntura nacional. Ahí nos enteramos de la marcha.

Era la primera vez que acudiríamos a una manifestación sin nuestros padres. Hacía poco tiempo que los habíamos acompañado a una marcha universitaria contra el intento del rector de la UNAM, Guillermo Soberón, de imponer un apartado C del artículo 123 de la Constitución de la República para restringir derechos de los trabajadores de las universidades. La gente gritaba: “¡Soberón y su apartado se van por el escusado! ¡Che Guevara, Che Guevara, Soberón a la chingada!”.

También habíamos asistido a marchas de maestros disidentes, así como a la conmemorativa de los diez años del 2 de octubre de 1968.

La marcha del 10 de junio de 1981 fue todo un curso de introducción a la política nacional. Había la variadísima presencia de representaciones políticas y sociales. Marchaban los del Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM), los del Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana (SITUAM), los del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), los de la Liga Obrera Marxista (LOM), el comité de solidaridad con El Salvador, maestros de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), el Frente Nacional Contra la Represión (FNCR), la Corriente Socialista, la Unión de Colonias Populares (UCP). Asistían asimismo algunos contingentes estudiantiles como el de la Organización Nacional de Estudiantes (ONE), la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil (UPOME), la Federación Nacional de Organizaciones Bolcheviques (FNOB), la Preparatoria Popular Tacuba, la Preparatoria Popular Fresno, grupos de estudiantes de escuelas de la UNAM y del Poli, etcétera y más etcétera.

Había un contingente del PCM, a cuyas filas nos integramos tal y como sugería mi papá. Ahí reconocimos a Pablo Gómez, Rodolfo Echeverría Chicali y otros dirigentes. Un compañero, que después sabría se llamaba Paco Rosas, gritaba las consignas, reiteradamente entre otras: "¡Arnulfo Córdova presentación, Arnulfo Córdova presentación!" Se refería al obrero comunista de Kimberly Clark recientemente desaparecido por su lucha sindicalista independiente contra charros y patrones.

Atrás del contingente del Partido Comunista Mexicano (PCM) venía el del Frente Homosexual de Acción Revo-

lucionaria (FHAR), cuyos integrantes coreaban: “¡No hay reforma política sin liberación sexual!”.

La marcha salió del casco de Santo Tomás rumbo al Hemiciclo a Juárez. Al llegar a su destino, el contingente del PCM fue alcanzado por el de la FNOB, cuyos integrantes, jóvenes de Preparatorias Populares en su gran mayoría, que portaban a Lenin en grandes banderas rojas, gritaban con furia: “¡que se muera el PRI-Gobierno, sí señor; y el Partido Comunista, sí señor; y también los reformistas, sí señor!”. Por un momento pensé que pasarían de los gritos a los golpes. Pocos años después, algunos de los ultraizquierdistas que fustigaban al PCM por su “reformismo” formarían *Antorcha Campesina* dentro del PRI.

Al terminar la marcha mi hermana y yo nos acercamos al profesor Iván García Solís, fundador de Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), con Othón Salazar en 1956, y amigo personal de mi padre. Le dijimos: “queremos participar”. Entonces Iván miró hacia un grupo de jóvenes y gritó: “¡Roberto, Roberto!”, buscando a Roberto Zamarripa, entonces dirigente juvenil del PCM. Sin embargo, el que respondió al llamado de Iván fue otro joven, Daniel Hernández, quien también portaba anteojos al estilo John Lennon y pelo lacio corto. De cualquier forma, Iván nos encargó con Daniel, quien nos citó para la mañana siguiente en el centro de Coyoacán. Ese día me incorporé a la lucha política para ya no dejarla jamás.

Al llegar a la cita, Daniel Hernández nos soltó a bocajarro: “no se metan a las brigadas juveniles, son una onda pequeñoburguesa, mejor vénganse a hacer trabajo con la clase obrera”.

Daniel nos llevó a repartir a puerta de fábrica, en la planta *La Villa* de la automotriz *Ford*, un folletito llamado *El Pistón*. Como personajes de *La Madre* de Máximo Gorki, acudimos durante semanas a esa emocionante tarea. Por Daniel conocimos a César Barrios y a los hermanos Rubén y Lauro Cadena, sindicalistas ambos, uno en la Torre de Comunicaciones y otro en Radio Educación; y por Lauro, a Raúl Jardón.

Con Daniel, César y otros amigos, después de arduas jornadas de “trabajo obrero” en las fábricas del norte de la ciudad y de “trabajo popular” en las vecindades de las colonias Niños Héroes y Postal de la delegación Benito Juárez, decidimos irnos unos días a acampar a El Chico, Hidalgo. Corría el mes de agosto de 1981.

El campamento fue un desastre. Las casas de campaña no sirvieron, los alimentos no alcanzaron, el frío estaba durísimo. Después de un par de días regresamos a la capital abatidos, adoloridos y malhumorados. Pero cuál sería nuestra sorpresa al leer las ocho columnas de todos los periódicos: “Se fusiona la izquierda”; “Se une la izquierda”; “Se unifica la izquierda en un solo partido”. La nota periodística era más fuerte que la realidad, pero el impacto fue tremendo. Se generó una oleada de euforia en la militancia de izquierda. Nosotros mismos saltamos de felicidad.

Arnoldo Martínez Verdugo del PCM, Heberto Castillo Martínez del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT); Alejandro Gascón Mercado del Partido del Pueblo Mexicano (PPM), Roberto Jaramillo del Partido Socialista Revolucionario (PSR) y Miguel Ángel Velazco del Movi-

miento de Acción y Unidad Socialista (MAUS) anunciaron que sus organizaciones se unificarían en un solo partido.

El 7 de noviembre de 1981 se consumó la fusión de los partidos de izquierda. El PMT ya no le entró a la mera hora, pero se incorporó otra organización denominada Movimiento de Acción Popular (MAP), coordinada por Rolando Cordera, y en la que participaban muchos universitarios, como Rafael Pérez Pascual, Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra, Pablo Pascual Moncayo, Adolfo Sánchez Rebolledo, José Woldenberg y otros. Se fundó el Partido Socialista Unificado de México (PSUM). Eligió como su secretario general a Pablo Gómez, participante del movimiento estudiantil de 1968, y como su candidato a la Presidencia de la República a Arnoldo Martínez Verdugo, que había sido secretario general del PCM desde 1963.

Para la candidatura por el 7° distrito de la capital del país, delegación Benito Juárez, fue elegido Raúl Jardón, periodista de Radio Educación, y quien había sido delegado al Consejo Nacional de Huelga en 1968 por parte de la Preparatoria 6 de la UNAM. Me fui a su campaña. Yo era el más joven de su equipo, en el que participaba un nutrido grupo de estudiantes y profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, como Julieta Piastro, Susana Quintana, Susana Quintanilla, Roberto Solís, Óscar Zavala, Alfredo López Austin, Ricardo Niño, Pedro Joel Reyes, etc. Pegamos carteles como locos por todos lados.

Casi al finalizar la campaña, la militancia fue citada en las oficinas de Monterrey y Zacatecas, colonia Roma. Pablo Gómez informó que se pretendía realizar la clausura de campaña de Arnoldo Martínez Verdugo en el Zócalo

CEU, crónica de una victoria
de la Ciudad de México, que estaba cerrado a las manifestaciones desde 1968. El auditorio respondió su discurso con una ovación.

Unos días después, Pablo regresó a informar que el Zócalo había sido negado y que una posibilidad era hacer el cierre frente a Bellas Artes. La militancia respondió que no y la dirigencia tuvo que insistir. Finalmente, la autoridad cedió. El acto fue apoteósico. Un mar de banderas rojas invadió la plancha del Zócalo. En el mitin hablaron Pablo Gómez como secretario general y los dirigentes de los partidos fusionados: Miguel Ángel Velazco, Roberto Jaramillo, Alejandro Gascón Mercado y Arnoldo Martínez Verdugo como candidato presidencial.

Alejandro Gascón Mercado se llevó la tarde cuando dijo: "las autoridades del DF primero nos negaron el permiso para venir al Zócalo, después nos dieron el permiso para venir al Zócalo. Lo curioso es que nunca les pedimos permiso, ¡porque el permiso nos lo dieron los constituyentes de 1917!". La multitud estalló de alegría, fue un gran día ese 19 de junio de 1982.

Meses después fui electo miembro del Comité Delegacional del PSUM en Benito Juárez. Formaban parte del Comité la académica Lourdes Perkins, el militante del Sindicato Único de los Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN), Guillermo Egea, el escritor Agustín Cortés Gaviño y otros, dirigidos todos por el periodista Jaime Avilés.

La militancia del PSUM en Benito Juárez contaba también en sus filas a gente como Miguel Ángel Guzmán, diseñador; Carlos Ortega Nava, arquitecto del Centro Operacional de Vivienda y Poblamiento (COPEVI), organización

Martí Batres Guadarrama de la sociedad civil; Ángela Martínez, rockera; Lamberto García Zapata, abogado; Arturo Whaley y Antonio Gershenson, sindicalistas del SUTIN; José Ramón Enríquez, homosexual y dramaturgo; Froylán López Narváez, cristiano y periodista; así como Olac Fuentes Molinar, Rollin Kent y Miguel Vasallo, estos últimos tres, expertos en educación, y muchas otras personalidades. A Olac ya lo conocía porque había sido profesor de mi madre en la maestría de la Universidad Pedagógica Nacional.

Llega el neoliberalismo con Miguel de la Madrid y golpea a la UNAM

El 1 de septiembre de 1982 José López Portillo rindió su último informe presidencial en medio de una aguda crisis financiera. Los sacadólares habían abierto un enorme agujero en las finanzas nacionales. Con esta crisis terminaban cuatro años de un crecimiento económico muy elevado. En 1978, 1979, 1980 y 1981 el país había alcanzado una sorprendente tasa de crecimiento de 9% anual. Pero también terminaba toda una era, más de cuarenta años de desarrollo económico nacionalista. Durante su informe López Portillo anunció la nacionalización de la banca para detener el saqueo y años después declaró ser el último presidente de la Revolución Mexicana.

En efecto, el 1° de diciembre de 1982, Miguel de la Madrid Hurtado (MMH) se convirtió, a juicio de Jaime Avilés, en el primer panista en llegar a la presidencia de la República. A partir de entonces comenzó la era de las privatizaciones, la era neoliberal. Con MMH se reformó el artículo

28 de la Constitución para establecer las áreas económicas exclusivas de la nación, de manera que todas las ramas no incluidas quedaran a merced de las privatizaciones.

De la Madrid abatió y eliminó aranceles, terminando con la política de sustitución de importaciones, y llegado el momento metió a México en el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por su siglas en inglés), lo cual llevó a una quiebra generalizada de empresas privadas nacionales. En su sexenio el país pasó de tener mil 155 empresas paraestatales a sólo 413.

El gasto social destinado a educación, salud y seguridad social, fue recortado. El gasto en educación pasó de representar el 3.5% del Producto Interno Bruto (PIB) en 1982 a sólo el 2.5% en 1988. El presupuesto de la UNAM se redujo en un 35.1% en términos reales, entre 1982 y 1986.

El salario mínimo perdió el 39% de su valor real. La inflación llegó a 105% en 1986 y a 159% en 1987. La población total ocupada del país pasó de representar el 31% del total en 1982 al 28% en 1988. A lo largo de todo el sexenio el país dejó de crear 5 millones de empleos, necesarios para las nuevas generaciones. Además, un millón de trabajadores al servicio del Estado fueron despedidos. A eso se le llamó política de austeridad, aunque los gobernantes no redujeron sus privilegios. La empresa pública Uranios de México (Uramex) fue cerrada. Centros de educación superior como el de estudios tropicales fueron cerrados también. Así, el secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari, se ganó el mote de Salinas *Recortari*.

El costo social fue enorme. Una parte muy grande de la población perdió su empleo, su empresa, su patrimonio, su ingreso, su forma de vida, su salud, su seguridad.

Las decisiones de MMH no eran simples medidas anticrisis. Constituían el inicio de la destrucción del incipiente Estado de Bienestar que la Revolución Mexicana había producido. Se estaban desmantelando todos los referentes de seguridad y de protección social.

El Paro Cívico Nacional

La protesta no se hizo esperar. 1983 fue el año de la insurgencia popular. Surgieron convocatorias y acciones de diverso tipo. En las instalaciones de la Escuela Normal Superior, ubicada en San Cosme, se dieron cita decenas de organizaciones de todo tipo: sindicatos, organizaciones campesinas, movimientos urbanos, partidos políticos, uniones de lucha, corrientes sindicales, organizaciones estudiantiles y juveniles, movimientos feministas, maestros, organizaciones del comercio popular. También las grandes coordinadoras de masas que se habían formado entre 1979 y 1982: Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE), Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP), Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), Coordinadora Sindical Nacional (COSINA). Todas estas organizaciones formaron el Frente Nacional en Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía (FNDSCAC). Este Frente convocó a movilizaciones.

También surgió un nuevo grupo de sindicatos democráticos, encabezados por el SUTIN y el STUNAM, que aglutinaba a los trabajadores de IPANASA, Casa de la Moneda, Sindicato Independiente Nacional de Trabajadores

CEU, crónica de una victoria del Colegio de Bachilleres (SINTCB), Plásticos Romay, El Ánfora, entre otros, denominado Pacto de Acción y Unidad Sindical. También convocaron a movilizaciones, acciones sindicales y huelgas.

Varios partidos políticos de izquierda: PSUM, PMT, Corriente Socialista y Unidad de Izquierda Comunista, formaron el Comité Nacional en Defensa de la Economía Popular (CNDEP).

En el mes de junio la lucha llegó al clímax con las famosas huelgas de junio, cuando miles de sindicatos estallaron huelgas por aumento de salarios, incluso la oficialista Central de Trabajadores de México (CTM) permitió que muchos de sus sindicatos colocaran las banderas rojinegras.

En la segunda mitad de 1983, los dos grandes referentes de la movilización, el FNDSCAC y el CNDEP se unieron en un frente único: la Asamblea Nacional Obrera, Campesina y Popular (ANOCP) y convocaron a un Paro Cívico Nacional para el 18 de octubre.

En esos años, entre 1982 y 1983, surgieron o se formalizaron organizaciones políticas de izquierda como la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas (OIR-LM) con Saúl Escobar y otros dirigentes, el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP) representada por Carmelo Enríquez, la Organización Revolucionaria Punto Crítico (OR-PC) encabezada por Raúl Álvarez Garín y la Unión de Lucha Revolucionaria (ULR) comandada por Guillermo González Guardado. La Corriente Socialista, de Camilo Valenzuela, se transformó en Partido Patriótico Revolucionario (PPR). El PRT, con Sergio Rodríguez y otros al frente, obtuvo su registro. Todas estas organizaciones

participaban activamente en la promoción de las protestas. En 1985 Alejandro Gascón Mercado abandona el PSUM y forma el Partido de la Revolución Socialista.

Dentro de todo este contexto, el PMT promovió en 1983 la creación de la Asociación Nacional de Jóvenes (ANAJ) como una organización social independiente y amplia. Aunque yo era militante del PSUM, me inscribí al Club Juvenil de mi colonia, invitado por unos ex alumnos de mi mamá, y fui elegido para ir al Congreso de la ANAJ en el DF, donde me eligieron miembro del Comité Directivo de dicha organización en la capital. Ahí conocí a Fabrizio Mejía, a quien me encontraría años después en el CEU. Fabrizio, junto con Axel Didrickson, Carlos Mendoza y Eduardo Cervantes formarían la Corriente de Base del PMT.

Unos días antes del 18 de octubre, el Club Juvenil de la colonia Niños Héroe decidió salir a pintar bardas llamando al Paro Cívico Nacional. Nos dimos cita en la barda de los lavaderos públicos ubicada en la esquina de Cumbres de Maltrata y Romero. Llegamos Homero Punzo, Vinicio Punzo, José Luis Pichardo, José Fraustro y yo. Fraustro se quedó vigilando en una esquina y los demás procedimos a pintar la leyenda *Paro Cívico Nacional 18 de octubre*. Antes de culminar la tarea llegaron dos patrullas, bajaron los policías gritando:

— ¿Dónde está su permiso?

— En la Constitución —, respondimos muy *seguritos*.

— Pues si no me lo muestran los voy a detener porque esto es un delito, ahora sí se los cargó la chingada — dijo el patrullero y acto seguido él y sus compañeros nos subieron a los cuatro jóvenes a las patrullas, dos en cada una.

Al tiempo que nos gritaban insultos, nos daban manotazos en el pecho, en la espalda y en la cabeza. No preguntaban nada. Sólo insultaban y golpeaban.

Así siguieron hasta que por radio recibieron la indicación de trasladarnos a otro lugar. No nos llevaron con el juez cívico, lo cual sería el único acto de autoridad hasta cierto punto justificable. Tampoco nos llevaron con el agente del Ministerio Público. Los policías preventivos nos entregaron a unos hombres que bajaron de una enorme Ford LTD, un lanchón que estaba de moda entre los agentes judiciales, investigadores secretos y similares. Nos subieron en el asiento de atrás y nos exigieron subirnos las camisetas para taparnos la cara, así como sumergir la cabeza entre las piernas para que no viéramos hacia dónde nos llevaban. Al llegar a nuestro destino se escuchó el chirriar de una gran puerta abriéndose. El vehículo descendió a través de una rampa. “Bajen y no miren”, gritaron.

Nos condujeron a un cuarto sin ventanas, nos vendaron la cabeza totalmente, dejando sólo una rendija para respirar y eventualmente hablar y comer. Un tipo nos interrogó larga y minuciosamente a cada uno de los cuatro. Al terminar nos exigieron no hablar y nos acostaron en el piso de un cuarto que tuvo la luz prendida toda la noche. Un compañero preguntó algo y lo tundieron a manguerazos. “¡Cállate pendejo!”, gritaron.

Al día siguiente nos condujeron a darnos un baño con agua fría. Nos dieron una torta de jamón como desayuno. Permanecimos sentados, y con la cabeza vendada por supuesto, durante horas. De repente, un señor gritó: — parece que se salvaron, los vamos a soltar. Pasaron horas eternas

para que volvieran a decirnos lo mismo y nos subieran a una especie de camioneta. Ahí nos tuvieron otro largo rato. Finalmente, varios tipos subieron al vehículo, arrancaron y nos advirtieron: “Los vamos a soltar en una calle; corren, si voltean los matamos”.

Después de un rato de andar por la ciudad nos bajaron de la camioneta, nos quitaron las vendas y gritaron: “¡corran!”. Corrimos y corrimos hasta llegar a una avenida grande que resultó ser Bucareli. Enfrente había un mitin para reclamar nuestra presentación y la de otros compañeros. En el templete estaban Pablo Gómez, Rosario Ibarra de Piedra y otros dirigentes. Corrimos hacia el mitin, nos abrazaron nuestros compañeros, amigos y familiares. Lloramos y reímos con ellos.

Días después, el 18 de octubre, se realizó el Paro Cívico Nacional. En realidad, no hubo paro. La economía no se paralizó, pero fue una intensa jornada de protesta social. Muchos mítines, tomas de oficinas, apagones, caminatas, vallas humanas, plantones, asambleas informativas, marchas por aquí y por allá. Todos los partidos de izquierda, todos los movimientos sociales, todos, al mismo tiempo y en todos lados. Llenos de coraje gritamos por las calles del centro histórico: “¡Pueblo protesta, o ya no sales de esté!”.

La vida está fuera de la *Prepa*

En ese ambiente, Rodolfo Echeverría, Lamberto García Zapata, mi hermana Viétnika y otros, formamos el *Colectivo José Revueltas*. Entre otras actividades realizamos un ciclo de mesas redondas denominado *Así piensa la izquierda*, in-

CEU, crónica de una victoria

vitando a una amplísima variedad de dirigentes de todo tipo de organizaciones políticas y sociales y a numerosos académicos. Recuerdo que a una de esas mesas redondas llegó un grupo de jóvenes y adolescentes a distribuir una revista denominada *La Guillotina*, que abordaba de manera abierta temas como la libertad sexual, la contracultura, la burocratización de la izquierda y el autoritarismo en la Europa del Este. Entre sus integrantes estaban Óscar Moreno, Hena Moreno, Octavio Moreno, Guadalupe Moreno, Sergio Ortiz Leroux, Jorge Ortiz Leroux, Jaime Ortiz Leroux y Jesús Ramírez Cuevas, entre otros. Todos ellos participarían años después en el CEU.

En esos días se desarrolló también una protesta estudiantil en la Facultad de Filosofía de la UNAM, misma que fue encabezada al parecer por un militante del PRT llamado Antonio Santos, según se supo en los corrillos de la izquierda de aquel entonces.

En las jornadas de lucha de 1983 conocí a los dirigentes del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria del Hierro y el Acero. Sus dirigentes habían pertenecido al Frente Auténtico de Trabajo (FAT), encabezado por Alfredo Domínguez y Bertha Luján. Con ellos organizamos un seminario en un convento que se encontraba cerca de la Basílica de Guadalupe a lo largo de 1984. Ellos eran cristianos de comunidades eclesíásticas de base y hacían una gran labor. Hablamos de la crisis económica, de la reconversión industrial, del naciente neoliberalismo. Visitamos fábricas de Azcapotzalco y Gustavo A. Madero. Invité como ponente a Sergio Rodríguez, dirigente del PRT, quien habló del surgimiento del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil,

como partido nacido de movimientos sindicales y obreros, y de *Lula*, cuando nadie los conocía en México.

Mientras acudía en las mañanas a mis pláticas con trabajadores del hierro y el acero, por las tardes iba a mis clases a la Escuela Nacional Preparatoria, plantel número 7, Ezequiel A. Chávez. Estrictamente hablando, sólo llegaba a la *prepa* a tomar mis clases y me retiraba. En la *prepa* no había vida política y tampoco mucha vida cultural.

En cierta ocasión a mediados de 1985, un empleado de la dirección de la Preparatoria visitó los salones de clases y pidió que se eligiera a un representante del grupo académico para asistir a una importante reunión con los directivos del plantel. En el salón de clases me eligieron. Fui a la reunión y en ella expusieron el plan de “cuotas voluntarias” del Rector de la UNAM, Dr. Jorge Carpizo. Una chica dijo: “es magnífica idea, así va a subir el nivel académico porque nos vamos a preocupar más por nuestros estudios, los vamos a valorar más”

—Yo no creo que sea buena idea. La educación es gratuita porque ya la pagan nuestros padres con los impuestos. Es otro golpe más a la economía familiar. No tiene nada que ver con elevar el nivel educativo. Y después van a querer convertir en obligatorias esas cuotas —, le contesté.

Hubo dos o tres opiniones más y la reunión terminó. Fue como un sondeo. La mayoría en dicha reunión, se expresó en contra.

En esos días también ocurrió un hecho especial en la *Prepa 7*. Llegó un grupo de estudiantes procedentes de la Preparatoria Popular Tacuba a incorporarse como alumnos regulares. Al parecer varios de ellos habían sido per-

CEU, crónica de una victoria

seguidos ilegalmente y desaparecidos a partir de aquella bomba molotov que fue lanzada a un balcón del Palacio Nacional en un desfile del 1º de mayo de 1984. Santiago, uno de ellos, nos contaba que estuvo en los separos de la Dirección Federal de Seguridad, y que ahí lo torturaron. Le sumergían la cabeza en un escusado desbordado hasta casi asfixiarlo para obligarlo a tragar porquería, exigiéndole que confesara algo sobre lo que era completamente ajeno. Al parecer, después de arduas negociaciones con las autoridades universitarias, muchos alumnos procedentes de *Prepas Populares* lograron entrar a escuelas de la UNAM. Santiago y varios de sus compañeros participarían poco después en el CEU.

Los temblores de 1985 y la organización social y ciudadana

En septiembre de 1985 asistí al Diálogo Juvenil de América Latina y el Caribe sobre la Deuda Externa, realizado en Cuba. Se congregaron cientos, tal vez miles de jóvenes, en ese encuentro. En la delegación mexicana había gente de casi todos los partidos, desde el PRI hasta organizaciones totalmente anti-sistema. Había militantes de muchos partidos de izquierda de la época como PSUM, PMT, PPR; ACNR y también cristianos, feministas y universitarios. También andaban por allá los nietos del General Cárdenas, los jóvenes que después conformarían la Corriente Crítica del PRI, un hijo de Luis Echeverría y representantes de partidos paraestatales como el Partido Popular Socialista (PPS), y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), más cercanos al gobierno que al movimiento popular.

Fue un encuentro formidable. Lo más interesante era la mezcla de una gran cantidad de movimientos que estaban surgiendo en diversos países de América Latina, nuevos partidos de izquierda, movimientos populares, nacionalistas, cristianos. Todo un crisol representativo de los cambios políticos latinoamericanos.

Los últimos días del encuentro en la mayor de las Antillas estuvimos en la provincia de Pinar del Río. De regreso a La Habana, por la radio del camión se escuchó: “noticia de última hora, la Ciudad de México se ha derrumbado a causa de un terremoto”. Todos volteamos a vernos, lo escuchado nos parecía una broma macabra. Llegamos al hotel y tratamos de comunicarnos con nuestros familiares. Era imposible, no había comunicaciones.

Al día siguiente arribamos a la capital, desde el cielo se veía una espesa nube de polvo, al llegar al aeropuerto tratamos de hablar a nuestras casas. De nueva cuenta fue imposible. Con miedo y expectativa fuimos hacia nuestros hogares. En el camino observamos que la ciudad no se había derrumbado, pero sí el centro. Llegué a mi casa y ahí estaba toda mi familia, mi papá, mi mamá, mis hermanas. Abracé a todos.

En la noche de ese 20 de septiembre volvió a temblar. Al principio mi madre trataba de detener sus numerosos archivos de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Pero en unos segundos ya estábamos todos en la calle. Se inauguraba la era de salir corriendo de la casa cuando tiembla.

Al día siguiente busqué a mis amigos de organizaciones civiles que podrían saber cómo ayudar, platicué con amigos de COPEVI y se convocó a una reunión en unas

oficinas del Instituto de Comunicación y Educación Popular (ICEPAC), ubicadas en una vecindad de la colonia Doctores. Por ahí estaban personajes como Martín Longoria, Gloria Tello, Carlos Ortega, Irma Lara, Alejandro Luévano, Germán Hurtado, Guillermo Flores. A las reuniones posteriores llegaron Susana Manzanares y otros compañeros del MRP.

En la colonia Doctores nos pusimos a ayudar; primero al rescate, a quitar piedras para poder sacar gente de los escombros. Después a conseguir psicólogos para atender a las familias de las víctimas. Más adelante recorrimos las vecindades que no se habían caído con profesionistas que habían formado parte del Autogobierno de Arquitectura. Ellos colocaron polines y travesaños ahí donde había cuarteaduras.

También llegaron abogados a dar asesorías jurídicas a inquilinos y habitantes de inmuebles intestados. Fue ahí cuando decidí estudiar Derecho. La gente buscaba abogados desesperadamente. Empezaron las asambleas vecinales, para organizar la reconstrucción de las viviendas. Me tocó convocar a reuniones y visitar domicilios y hablar con mucha gente. Eso me gustaba. Predio por predio, vecindad por vecindad, levantamos la Unión de Vecinos de la Colonia Doctores.

Así conocí a otros muchos militantes del MRP como Antonio Martínez, Carmelo Enríquez, Pedro Velázquez, Leopoldo Ensástiga y otros, que trabajaban con el lema "servir al pueblo". Mi hermana Lenia me acompañaba en toda esa labor. También conocí entonces a un grupo de activistas del MRP, estudiantes del CCH Oriente, que forma-

ban parte de la llamada UPOME. Entre ellos, Ulises Lara, Miguel Ángel Chavezti, Mario Rosas, Víctor Hugo García Rodríguez y otros que pasarían a formar parte del CEU poco tiempo después.

En el proceso de rescate y reconstrucción urbana y social de 1985 participaron numerosos estudiantes universitarios. Había quienes acudían a hacer su servicio social, otros como voluntarios para el rescate de víctimas, unos más a ofrecer sus conocimientos como profesionistas en formación. También había escuelas que de manera más formal se involucraron como la Escuela Nacional de Trabajo Social y la Facultad de Arquitectura.

Se formaron muchas organizaciones, uniones de vecinos, de colonos, de damnificados. En la colonia Roma sobresalió la Unión de Vecinos y Damnificados, (Uvyd) 19 de septiembre, dirigida por Alejandro Varas, por su amplia actividad cultural. En Tlatelolco estaba Cuauhtémoc Abarca; en Centro Sur, Leslie Serna; en Centro Norte, René Bejarano; en Valle Gómez, Ernesto Jiménez Olín; en la Pensil, Javier Hidalgo; en la Guerrero, Armando Palomo; en la Doctores, Germán Hurtado. En otros lugares de la ciudad estaban Marco Rascón, Francisco Saucedo, Raúl Bautista y otros que después crearían la llamada Asamblea de Barrios.

Todas estas organizaciones se integraron en la Coordinadora Única de Damnificados. Esta chocó pronto con los gobiernos federal y local. La autoridad quería dar por terminado el rescate de víctimas y la gente quería seguir rescatando a más personas. El gobierno quería hacer plazas cívicas donde se cayeron vecindades y la gente quería reconstruir las viviendas y el hábitat social. El movimien-

CEU, crónica de una victoria

to obligó al gobierno a expropiar cientos de vecindades en riesgo de desplomarse y a pactar todo un programa de reconstrucción de decenas de miles de viviendas. También se construyó tejido social y se educó para la lucha a mucha gente. Cientos de jóvenes que participaron en este proceso social impulsarían un año después el CEU en sus escuelas.

A lo largo de 1986 mi hermana Lenia y yo acudíamos cada mañana al local de la Unión de Vecinos de la Colonia Doctores (UVCD) a colaborar en las tareas, y por la tarde nos íbamos a tomar clases, ella a la *Prepa* 6 y yo a la 7.

Fue entonces cuando, el 26 de abril de 1986, el Doctor Jorge Carpizo, Rector de la UNAM, presentó su diagnóstico *Fortaleza y Debilidad de la Universidad*, en el cual buscaba magnificar sus problemas para justificar las reformas que propondría meses después. En su diagnóstico el Rector hablaba del incumplimiento en el trabajo, el ausentismo, el bajo nivel académico, la ineficiencia terminal, la falta de planeación, el favoritismo en contrataciones, el crecimiento del personal administrativo, los pocos espacios físicos para los docentes, la desarticulación de la investigación y la falta de compromiso con los problemas nacionales. Y sin la existencia de un nexo lógico causal, de ahí deducía que los estudiantes eran los culpables. La decisión de aumentar cuotas y reducir la matrícula de alumnos estaba tomada. La estrategia era presentar la existencia de un grave desastre para aislar la resistencia a sus reformas. Su documento bien pudo llamarse “Debilidades de la UNAM”, pues de las fortalezas prácticamente no hablaba.

Las reformas del Rector Jorge Carpizo y la respuesta estudiantil

Al comenzar el mes de septiembre de 1986 viajé a Poza Rica, Veracruz, a invitación del ex diputado del PSUM, Pedro Bonilla. Me pidió que diera unas pláticas a un grupo de dirigentes de organizaciones campesinas, sindicales y populares de la región. Hospedado en la casa del propio Bonilla, al amanecer el 13 de septiembre leí en los periódicos: “Se aprueban las reformas del Rector Jorge Carpizo”, “Aumentan las cuotas de inscripción en la UNAM”. Y otras por el estilo.

Al leer las notas pensé: “ahora sí va a haber movimiento estudiantil”. El país ardía, estaba fresca la gesta urbana posterior a los temblores, y la amenaza de excluir a los jóvenes de la educación superior venía a completar un ciclo de agresión económico-social hacia todos los sectores de la población.

Eran 26 reformas de Carpizo. Algunas no suscitaban mayor impugnación. Era el caso de la elección directa y secreta de los consejeros universitarios y técnicos, la vuelta a las calificaciones numéricas, la impartición de cursillos sobre hábitos de estudio para los alumnos, la determinación de una bibliografía básica para cada materia, el reforzamiento de la orientación vocacional, la publicación masiva de antologías y la intensificación de cursos de formación docente.

Pero se cuestionaban básicamente tres: la reforma al reglamento de pagos, porque se elevaban las cuotas de ins-

cripción de los alumnos; la reforma al reglamento de inscripciones, con la que se limitaban los tiempos para terminar el bachillerato o licenciatura y se modificaba el llamado “pase automático” de CCH y Preparatoria a la licenciatura, para condicionarlo a tener determinada calificación; y la reforma al reglamento de exámenes, con la que se sustituía la atribución del profesor de evaluar a sus alumnos por la creación de exámenes departamentales realizados por una tecnocracia.

Regresé a la Ciudad de México y acudí a la *prepa 7*. En los días posteriores a la aprobación de las reformas se convocaba a una Asamblea Universitaria para el día 24 de septiembre en el *Aula Magna* de la Facultad de Filosofía y Letras.

En esa asamblea se informó acerca de las consecuencias de las reformas de Jorge Carpizo. Asistieron unas 500 personas. Se tomaron decisiones para organizar la protesta y exigir su derogación.

Se convocó a una segunda Asamblea Universitaria a realizarse el 8 de octubre en el auditorio de la Facultad de Ciencias, en la que se acordó una primera etapa de información a los estudiantes para culminar con un mitin el 27 del mismo mes en la explanada de Rectoría y la conformación de un órgano representativo de los estudiantes el día 31.

En la *Prepa 7*, mi escuela, estudiantes de Ciencias pegaron carteles que decían: *Alerta: peligra tu estancia en la UNAM*.

El 27 de octubre asisten 10 mil estudiantes al mitin para exigir la derogación de las reformas del Rector Jorge Carpizo. Es todo un éxito, hubo más concurrencia de la esperada.

Unos días después, el 31 de octubre de 1986, en el auditorio Ho Chi Minh de la Facultad de Economía de la

UNAM, se fundó formalmente el Consejo Estudiantil Universitario, con tres representantes elegidos en cada una de las asambleas de 25 planteles de Facultades, Escuelas, ENEPs, Centros, CCHs y Prepas, así como del Posgrado, Sistema de Universidad Abierta y de las Preparatorias Populares. Las demás escuelas elegirían a sus representantes en los días siguientes, hasta completar 45 planteles.

El CEU convocó inmediatamente a una marcha de antorchas, del monumento a Álvaro Obregón a la Torre de Rectoría, para el 6 de noviembre, a la que asistieron 25 mil estudiantes, básicamente de Prepas Populares, CCHs, y Facultades como Filosofía, Economía, Ciencias Políticas y Ciencias. Ese día se emplazó al Rector a un diálogo público para el 11 de noviembre. Era el núcleo más politizado del estudiantado. Pero ya eran miles para empezar.

El despertar de la Preparatoria 7

Desde que ingresé a la *Prepa 7*, por primera vez había eferescencia política, especialmente en el turno vespertino, horario en el que se organizó la asamblea para elegir a los tres representantes ante la plenaria del CEU.

La reunión se realizaría en las canchas de *ping pong*. Con un micrófono y una grabadora de bocinas grandes una chica empezó a invitar a los alumnos. Pocos se acercaron al principio, pero cada vez fueron más. Subí a la mesa de *ping pong* y expliqué el alcance perjudicial de las reformas de Carpizo. Llegó un momento en que había varios cien-

CEU, crónica de una victoria

tos en la asamblea. Ahí estaban algunos de los muchachos que procedían de la *Prepa* Popular Tacuba, como Santiago y Óscar, también estaban Josué García Amador, Patricia Hernández, Minerva Pérez, Víctor Montalvo, Arturo Rivera, Martha Inés Vicente, José Cano, Jorge Barreto, Paris, y otros. Se incorporaron en las semanas siguientes Lucerito del Pilar Márquez Franco, Orfe Castillo, César Peregrina, Julio Goytia, Mauro Díaz-Domínguez, Alejandro Díaz-Domínguez, Gerardo Rangel, Ricardo Tarinda, Josefina Leal Quiroz, Issac Juárez, Néstor Ojeda y muchos más.

En la asamblea, me propusieron para ser uno de los tres representantes ante la plenaria del CEU, junto con Víctor y Josué. Comenzamos a hacer así un trabajo intenso en el plantel.

Con el colectivo de activistas hicimos periódicos murales, pasamos a los salones a explicar en qué consistían las reformas. Entramos en contacto con maestros que apoyaban la causa de los estudiantes, entre ellos el profesor José Castillo Farreras y el laboratorista Juan Zapata. Los trabajadores también nos apoyaban.

Asimismo, publicamos el periódico *El Rollo* en la imprenta del PRT, dirigida por mi amigo Miguel Ángel Armada (descendiente de refugiados españoles republicanos), quien resultó ser esposo de una maestra de la *Prepa*. Logramos imprimir un tiraje amplio, más de mil ejemplares de cada número. Hicimos además reuniones en las jardineras y canchas y logramos atraer a todo tipo de estudiantes: rockers, basquetbolistas, cinéfilos, fresas, nerds, activistas, etc.

Teníamos también la tarea de promover la marcha del día 25 de noviembre del Parque Hundido a Rectoría. *Sal-*

neamos, reunimos a todos los activistas en las jardineras, repartimos volantes a la entrada y salida de la *Prepa*. El día de la marcha, temprano, nos dirigimos a un módulo de *Ruta 100* a solicitar un camión para trasladarnos a la marcha. Nos lo prestaron. Llegamos a la marcha y muchos otros estudiantes de la *Prepa 7* habían arribado ya por su cuenta.

A esta marcha ya no asisten sólo los núcleos con tradición ideológica. Acuden también contingentes de las escuelas más tradicionales. Hay estudiantes de mezclilla y morral, pero también con batas blancas y con escuadras y compás.

Se impone un espíritu lúdico. La natural irreverencia juvenil corre por cauces no sólo ideológicos sino sobre todo culturales y festivos.

Junto a consignas como: “educación primero, al hijo del obrero; educación después, al hijo del burgués”, aparecen otras como las que gritan estudiantes de la Facultad de Ingeniería: “segunda derivada, Carpizo a la chingada”.

Un grupo de preparatorianos canta al pasar: “es la mamá de Carpizo la reina de los corazoones; es la mamá de Carpizo la que manda, la que manda en los colchoones”.

Se entrelazan el coraje y alegría. Se siente el enojo de la juventud con las autoridades universitarias y con el gobierno federal. Pero no hay amargura.

No escucho aquella vieja consigna que había oído en la marcha del décimo aniversario del 10 de junio de 1971, que rezaba así: “¡Porque el color de la sangre no se olvida: vestido de verde olivo, políticamente vivo, no has muerto, no has muerto camarada; tu muerte, tu muerte, tu muerte será vengada!”. No, nada de eso se escuchaba ahora.

Los de la *prepa* 7 gritaban: “pantaleta, media y liga; pantaleta, media y liga, arriba, arriba, la facultad de La Viga”. Y los de *prepa* 6: “sexo, cama y embarazo; sexo cama y embarazo, arriba, arriba, la *prepa* Antonio Caso”. Marchaban estudiantes de la Escuela Nacional de Música, del Centro Universitario de Teatro, del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas etc. Había batucadas, consignas con tonada de blues, grandes títeres, canciones populares con las letras adaptadas al momento, murales en papel cartoncillo.

Hay una mezcla social de clases populares y clases medias, chavos banda y chavos fresas; morenos y güeros, iztapaalpenses y coyoacanenses; y todos los matices intermedios. En este arcoíris social está también la fuerza de este movimiento.

Irrumpen en el escenario social los jóvenes de las clases populares con la camiseta de los *pumas*. La UNAM ya no es la misma de 1968. Ya no es sólo clase media. Ya no es únicamente la Ciudad Universitaria y el barrio del centro histórico. También están ahí, los muchachos de la colonia Santa Cruz Meyehualco, en el contingente del CCH Oriente; los de la San Felipe de Jesús en el de la Prepa 3; los de ciudad Nezahualcóyotl en el de la ENEP Aragón; los de los pueblos de Xochimilco en el de la Prepa 1; los de la Martín Carrera en el del CCH Vallejo; los de Tlalnepantla en el de la ENEP Acatlán; y los del Ajusco medio en el de la Escuela Nacional de Trabajo Social, por mencionar unos ejemplos. Salen a defender el modesto espacio de movilidad social conquistado en los años 70.

De 1968 a 1980 la UNAM pasó de 75 mil estudiantes a más de 300 mil. Entre 1970 y 1976 la matrícula de la Educación Superior creció en un 15% anual en todo el país, en la UNAM, ese crecimiento fue superior. De 1982 a 1986 el crecimiento de ésta en el país fue de sólo el 3% y en la UNAM, de 0%. Los jóvenes cuyos padres no fueron universitarios están en las calles, codo con codo, con aquellos de familias de tradición universitaria. A la marcha asisten alrededor de 70 mil estudiantes. El movimiento ha estallado.

La leyenda de los líderes del CEU

Un par de días después, en la plenaria del CEU, en el auditorio *Che Guevara*, escuché un debate formidable. Guadalupe *La Pita* Carrasco, enumeraba todas las fallas, omisiones y errores del movimiento en sus primeras semanas de vida. El saldo era negativo. Fue tan elocuente que pensé: “tiene razón”. Sin embargo, acto seguido subió a hablar Imanol Ordorika. Recalcó que el CEU había logrado romper con el terror que dejó la represión de 1968 y que estaban en las calles decenas de miles de estudiantes, que el movimiento había salido del cuadrángulo tradicional de Ciencias Políticas, Ciencias, Economía y Filosofía y había llegado a todas las escuelas, incluso a Ingeniería, Contaduría, Medicina, Veterinaria, Enfermería y las Preparatorias, y que crecía aceleradamente. El saldo era netamente positivo. Imanol me convenció. El debate fue formativo.

Ordorika fue el gran orador del CEU, tuvo capacidad para emocionar y convencer a sus auditorios estudiantiles y hacer mítines de la nada en escuelas poco participativas. Visitó en una ocasión la Preparatoria 1, ubicada en Xochimilco, en la que muy pocos asistían a las primeras reuniones del CEU. Se plantó en el patio y comenzó a hablarle a un pequeño grupo de 20 personas. Poco a poco se empezaron a asomar por los balcones los alumnos y en un rato ya estaba toda la *prepa* escuchándolo.

Como relato fantástico corrían las voces sobre los líderes del CEU. Antonio Santos, Carlos Imaz e Imanol Ordorika protagonizaban un fenómeno típicamente carismático. Ellos resolvían todo. Daban tareas, arrinconaban a las autoridades, ofrecían información, tenían argumentos para todo, eran decididos. Y cuando todo parecía perdido siempre tenían un as bajo la manga. Conformaron un equipo de dirección política para generar iniciativas, elaborar estrategias y movilizar a los estudiantes.

Imanol Ordorika y Antonio Santos compartían la experiencia de ser Consejeros Universitarios, por las Facultades de Ciencias y Filosofía, respectivamente, y habían sido, junto con Alberto Monroy, Consejero de Economía, los principales impugnadores de las reformas de Carpizo la madrugada del 11 de septiembre de 1986. Con ellos estaban otros consejeros como José García, de Trabajo Social y Héctor Miguel Salinas, de los CCHs.

Cuentan que Ordorika tomó la palabra esa madrugada del 11 de septiembre de 1986 en el Consejo Universitario y, después de fustigar las reformas de Carpizo, sentenció: “como dijo Espartaco, regresaremos y seremos miles”.

Al bajar les dijo a sus compañeros Santos y Monroy: “que buen *bluff* me aventé, ¿verdad?”.

En las plenarias del CEU había también un grupo de representantes cercanos a los principales dirigentes; que apoyaba con argumentos, ejemplos e información en los debates internos. Ahí estaban Maru de la Garza, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, Óscar Moreno, del Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), plantel Azcapotzalco; Claudia Sheinbaum, de la Facultad de Ciencias; Jesús Ramírez Cuevas, de la Facultad de Ciencias Políticas; Adriana Hernández, de la Facultad de Medicina; Leyla Méndez, de la *Prepa* 5; María Luisa Ceja, de Posgrado; Julio Muñoz, de Posgrado; Luis Alberto Alvarado, de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales, plantel Acatlán; Andrea González, de la *Prepa* 4; Juan Gutiérrez, de la Facultad de Ciencias Políticas; Gerardo Marentes, de la Facultad de Ingeniería, entre otros.

Las plenarias del CEU se realizaban de manera itinerante, recorriendo el conjunto de Centros, Escuelas y Facultades. Eran intensas en su discusión, sin concesiones en el debate, pero nunca caían en la solemnidad. Recuerdo que en alguna ocasión, al integrarse la lista de oradores, pidió la palabra Melchor Negrete de la ENEP Acatlán, y luego Baltazar Ávila, también de la ENEP Acatlán. Los compañeros representantes de las demás escuelas estallaron gritando: “¿Y dónde está Gaspar?”, “No se pasen, denle la palabra a Gaspar”, “Gas-par, Gas-par, Gas-par...”

La herencia intelectual del exilio español

Dos de los principales dirigentes del CEU, Carlos Imaz e Imanol Ordorika, estaban rodeados de otro halo de prestigio: eran descendientes de exiliados de la República Española. A finales de los años 30 llegaron a México cerca de 30,000 refugiados. Muchos de ellos eran artistas, intelectuales, académicos y militantes socialistas.

El presidente Lázaro Cárdenas, con gran humanismo y visión, trajo a los poetas León Felipe y Agustí Bartra, al cineasta Luis Buñuel, a los pintores Ramón Gaya y Remedios Varo, a los juristas Luis Recaséns y Aurora Arnaiz, a los filósofos Adolfo Sánchez Vázquez, José Gaos, Joaquín Xirau y Eugenio Imaz, a los arquitectos Francisco Azorín, Félix Candela, Óscar Coll Alas y Jesús Martí, a los escritores José Bergamín y Max Aub, al economista Antonio Sacristán y muchísimos más.

Entre los provenientes o descendientes de esa migración se pueden mencionar también al capitán José Ordorika, los periodistas Luis Suárez y Paco Ignacio Taibo I, los filósofos Luis Villoro y Adolfo Sánchez Rebolledo, el antropólogo Roger Bartra, la experta en educación Antonia Candela, el cineasta Carlos Mendoza, el pintor Vicente Rojo, el jurista Wenceslao Roces, el abogado laboralista Néstor de Buen, el economista Emilio Sacristán, la socióloga Elvira Concheiro y otros. Numerosos exiliados se instalaron como profesores e investigadores en la UNAM, por ejemplo, José Miranda, Juan Antonio Ortega y Medina, Carlos Bosh-García, Luis Rius, Arturo Souto y varios de los mencionados

Martí Batres Guadarrama más arriba. Como escribiera José Antonio Matesanz, con muchos de ellos “se había ido configurando un verdadero linaje intelectual, de enorme calidad”.

Todos ellos formaron una compacta comunidad que influyó decisivamente en el mundo cultural y académico de esa época, y muchos de sus hijos o nietos han destacado ahora en el mundo político. En la izquierda mexicana de nuestros días militan personajes como Armando Bartra, Luciano Concheiro, Paloma Saiz, Paco Ignacio Taibo II, José Alfonso Suárez del Real, Consuelo Sánchez y muchos más.

Esta comunidad gestó un espíritu crítico que contribuyó a la cultura universitaria y política del movimiento estudiantil 1986-87.

Los diálogos públicos y el triunfo de la razón

El movimiento puso en juego una iniciativa clave: el diálogo público. Desde el 6 de noviembre, en abierta emulación de la histórica propuesta de los estudiantes de 1968, el CEU planteó un diálogo público entre representantes de la Rectoría y de los estudiantes en el auditorio *Che Guevara* de la Facultad de Filosofía y que fuera transmitido por Radio Universidad. Después de largas vacilaciones, la Rectoría aceptó analizar el planteamiento el 5 de diciembre.

Mientras tanto, el CEU comienza a hablar de la posibilidad de una huelga y convoca a otra marcha, esta vez, del Parque de los Venados a Rectoría para el 11 de diciembre. Asisten 100 mil estudiantes, según los dirigentes.

CEU, crónica de una victoria

El 14 de diciembre la Rectoría acepta el diálogo público y propone el 6 de enero de 1987 para iniciarlo. La comisión de Rectoría queda integrada por José Narro Robles, secretario general de la UNAM; Carlos Barros Horcasitas, secretario de la Rectoría; Mario Ruiz Massieu, Director de planeación; José Dávalos Morales y Raúl Carrancá y Rivas, profesores de la Facultad de Derecho; Fernando Curiel, Coordinador de Difusión Cultural; José Sarukhán Kermez, Director del Instituto de Biología; Humberto Muñoz, director de proyectos académicos y Ernesto Velasco, director de la Facultad de Arquitectura; también participaron Juan Miguel Mora y Jorge del Valle.

Por su parte, el CEU nombró a la siguiente comisión para los diálogos: Carlos Imaz, de la Facultad de Ciencias Políticas; Antonio Santos, de la Facultad de Filosofía y Letras; Imanol Ordorika y Guadalupe Carrasco, de la Facultad de Ciencias; Luis Alberto Alvarado, de la ENEP Acatlán; Óscar Moreno, del CCH Azcapotzalco; Andrea González, de la Preparatoria 4; Héctor Miguel Salinas, del CCH Oriente; Leyla Méndez, de la Preparatoria 5 y Antonio González, por parte de las Preparatorias Populares.

El diálogo inicia el 6 de enero y se desarrolla mañana y tarde los días 6, 7, 8 y 9 de enero en el auditorio *Che Guevara*. Durante la primera etapa, el CEU demuestra que la educación es un derecho apoyándose en el artículo 3º de la Constitución. Y defiende la libertad de cátedra y la integridad bachillerato-licenciatura.

El auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras se convierte en un hervidero, es como un mitin permanente, o como un Seminario masivo sobre la Universidad y el Es-

tado. Entrar es un viacrucis. Hay que hacer fila, empujar, o colarse, entre los resquicios, para filtrarse finalmente a un asiento que se comparte con otra persona. Los pasillos, entradas y salidas están saturados también. Hay muchos estudiantes, pero también hay profesores, sindicalistas de la UNAM, académicos de otras universidades, egresados, militantes de fuerzas políticas, periodistas que no tienen asignada la fuente universitaria. Al entrar la primera vez, me encuentro a las amigas de mi hermana Viétnika, que trabajan en *La Jornada*. La mayoría de las intervenciones de los ceuístas son brillantes, y ovacionadas por el público. Los funcionarios tienen mucha dificultad para acertar, y con frecuencia son abucheados. La universidad de mezclilla vence a la de saco y corbata. Después de cada sesión nos vamos con el morral lleno de ideas, información y argumentos, que vaciamos en las asambleas de nuestras escuelas o en los salones de clase.

El 11 de enero la Rectoría propone, en voz del Dr. José Narro, retirar el reglamento de pagos y bajar a 7 el promedio para acceder al pase automático de bachillerato a licenciatura. El CEU lleva a consulta de las bases, en asamblea escuela por escuela, la propuesta de Rectoría. Contesta el 16 de enero diciendo que no se trata de hacer un regateo de mercado y plantea una contrapropuesta: derogación de las reformas y Congreso Universitario resolutivo.

Convoca, asimismo, a una manifestación para el 21 de enero, del Casco de Santo Tomás al Zócalo, a la que asisten más de 200 mil personas. Sobre la avenida San Cosme se extienden contingentes larguísimos, gigantescos, de los CCHs que parece que nunca van a terminar. Pasan los de

CEU, crónica de una victoria
la Facultad de Filosofía gritando: “Fi-Fi-Filosofía”, y los de la Facultad de Ciencias Políticas: “Po-lí-ti-cas, Po-lí-ti-cas”. A los costados, en los camellones y banquetas, hay cientos de veteranos de 1968 observando, con una felicidad que no pueden ocultar, la reaparición del movimiento estudiantil.

El 23 de enero reinicia el diálogo. La Rectoría acepta la realización de un Congreso Universitario, pero rechaza que tenga un carácter resolutivo, argumentando que la Ley Orgánica de la UNAM no contempla esa instancia. El reconocido jurista Raúl Carrancá y Rivas afirma que la realización de dicho evento “sería una ruptura del orden jurídico vigente”. El CEU replica, en voz de Carlos Imaz: “la Constitución, que establece la autonomía universitaria como facultad de una institución de gobernarse a sí misma, está por encima de la Ley Orgánica”, y plantea que el Consejo Universitario, instancia contemplada en la Ley, puede asumir los resolutivos del Congreso. Propone además una Gran Comisión para organizarlo. Un estudiante de Ciencias Políticas le da lecciones a un connotado profesor de la Facultad de Derecho sobre la pirámide de Kelsen.

La Rectoría insiste en que el Congreso sólo emita recomendaciones y que en su caso sean aprobadas las que el Consejo Universitario decida. El diálogo público llega hasta ahí. La Rectoría pospone la sesión del Consejo Universitario del 28 de enero hasta el 10 de febrero. El 28 de enero el CEU realiza un festival musical en la explanada de Rectoría y el día 29 de enero de 1987 estalla la huelga.

Las autoridades de la UNAM trataron de levantar una organización estudiantil en su apoyo. Lo intentaron varias veces y hasta le pusieron el nombre de *Voz Universitaria*. No lo consiguió, reunió a estudiantes institucionales con porros en una mezcla estéril. En mi escuela, la *Prepa 7*, un joven llamado Enrique Pérez Correa, de apellidos homónimos a los de un funcionario, convocaba a reuniones de *Voz Universitaria*, a las que nadie asistía. Años después, aparecería como diputado en las filas de un partido “socialdemócrata”.

Los diálogos no estuvieron exentos de tensión. Una madrugada, la rectoría trató de llenar el auditorio *Che Guevara* con sus porros de *Voz Universitaria*. No lo lograron del todo, pero se dio un grave riesgo de enfrentamiento físico. Claudia Sheinbaum salvó la situación llamando a los ceuístas que lograron pasar a no caer en provocaciones. “Absoluto orden y silencio”, les pidió. La apuesta pacífica del CEU fue clave para construir la victoria.

Confiada en el poder académico de su alta burocracia, la Rectoría perdió. Los estudiantes ganaron el debate en toda la línea, ganaron el debate académico, el debate socioeconómico, el debate histórico y el debate jurídico constitucional. Los estudiantes mostraron más preparación, inteligencia y destreza. Arrinconaron a la autoridad contra sus propios sofismas. Frente a frente, los estudiantes triunfaron en el terreno que se suponía era el fuerte de la autoridad.

En su campaña a favor de sus reformas, Carpizo y sus voceros repetían un estribillo que decía más o menos así:

“se trata de que los estudiantes estudien, los investigadores investiguen, los trabajadores trabajen”. En la mesa de los diálogos, la estudiante de Preparatoria, Andrea González les reviró: “... y de que los funcionarios funcionen”.

El simple hecho de proponer un diálogo fue un acierto. Los estudiantes mostraban que no sólo no estaban contra la autoridad en sí misma, sino que por el contrario, reconocían a la autoridad y querían hablar con ella.

Proponer que fuera público era otro acierto, con repercusión interna y externa. El movimiento demostraba así honestidad y transparencia frente a la sociedad y con sus bases, pues no aspiraba a llegar a acuerdos en lo oscurito sino de frente a todos. El mensaje era claro: el movimiento quería hablar con la autoridad, pero no se dejaría cooptar por ésta. Lograr la realización del diálogo fue ya otro gran triunfo y todo un homenaje a los estudiantes de, 1968, primeros en intentarlo. Y ganar los debates a la autoridad la victoria total.

Pero el debate tuvo un alcance más. A través de Radio Universidad llevó su mensaje a cientos de miles de personas (universitarios y no universitarios) que no habían escuchado de viva voz a los dirigentes estudiantiles. Los diálogos dejaron una sensación generalizada: los estudiantes tenían razón. El movimiento ganó muchos adeptos dentro de la Universidad, y simpatías afuera, en la sociedad. La fuerza del movimiento era la razón y no sólo la movilización. Después de los diálogos el CEU era más grande y más respetado. Tenía ahora la legitimidad plena para ir a la huelga. Y había posicionado su agenda en el escenario nacional.

Al escuchar por radio el debate sobre el artículo 3º, un amigo que era asesor de la gobernadora de Tlaxcala, Beatriz Paredes, me comentó: “es profundo el movimiento, tiene una visión del Estado”.

En efecto, el movimiento no sólo estaba cuestionando tres reglamentos impopulares; estaba planteando el reconocimiento y respeto explícito de un nuevo derecho social que estaba siendo ignorado: la gratuidad de la educación pública superior.

El éxito de los estudiantes en el debate, y en sus posteriores logros, se debió a sus propios méritos y preparación, pero también a la construcción de una alianza con un núcleo muy sólido de académicos e intelectuales. Entre los asesores del CEU estaban Roger Bartra, Adolfo Gilly, Daniel Cazés, Axel Didrickson, Alejandro Álvarez, Salvador Martínez della Roca y otros. Entre los académicos aliados estaban también Alfredo López Austin, Jorge Martínez Stack, Ana María Cetto, Manuel Peimbert Sierra, Annie Pardo Semo, Manuel Pérez Rocha, Luis Javier Garrido, Luis de la Peña, Luis E. Gómez, Sergio Zermeño y otros. Entre los intelectuales con los que el CEU forjó una muy importante relación estaban Paco Ignacio Taibo, Carlos Mendoza y Carlos Monsiváis. Algunos directores fueron también actores claves en este tipo de relaciones ceuístas, tales como Fausto Burgueño del Instituto de Investigaciones Económicas y Arturo Azuela, de la Facultad de Filosofía y Letras.

Los diálogos dibujaron claramente el conflicto entre dos polos, el principio de oposición que aparece con los movimientos sociales, del que habla Alain Touraine: “El conflicto hace surgir al adversario y forma la conciencia de los actores presentes”. Todo movimiento entra en contradicción con una autoridad institucional. Ese conflicto que acompaña al movimiento es el proceso que permite sacar a flote las nuevas ideas, los nuevos liderazgos y la renovación de las propias instituciones. El conflicto catapultó así un episodio de progreso, avance y transformación.

El debate sobre la gratuidad de la educación

La UNAM no fue fundada como una institución pública gratuita. Se hizo gratuita con el paso del tiempo y con los procesos de inflación económica y masificación de la matrícula universitaria. Los 200 pesos de cuota de inscripción eran mucho dinero en 1929, y muy poco en 1986. En el espacio del tiempo dicha realidad se cruzó con el vértice del precepto constitucional incorporado en el artículo 3º en los años 40.

La Constitución de 1917 estableció la gratuidad para la educación primaria: “En los establecimientos oficiales se impartirá gratuitamente la enseñanza primaria”.

En 1929 se logra la autonomía universitaria y los conservadores tratan de conformar una institución elitista buscando equiparar la contradicción público-privado con el binomio Estado-autonomía.

De hecho, en el artículo 9º transitorio de la Ley Orgánica de la Universidad Nacional de México, Autónoma,

publicada el 26 de julio de 1929 en el Diario Oficial, se dice: “Las escuelas exclusivamente profesionales serán sostenidas con el subsidio del Estado entre tanto que no puedan sostenerse con las colegiaturas de los que pretendan obtener título en ellas, dedicándose entonces el subsidio a los otros fines de la Universidad, según los términos de esta Ley”. En otras palabras, se sugiere que la Universidad tenderá a sostenerse con las colegiaturas de sus estudiantes.

Años después, en 1946, la gratuidad se extiende a toda la educación impartida por el Estado, comprendiendo a la educación superior, al incorporarse la famosa fracción VII al artículo 3º constitucional: “Toda la educación que el Estado imparta será gratuita”.

En 1948, cuando el rector Salvador Zubirán intentó incrementar la cuota de inscripción a la UNAM en un 10% una protesta estudiantil lo llevó a renunciar. Las autoridades universitarias no se propusieron el aumento de dicha cuota en los años sucesivos porque la masificación que comienza con la Ciudad Universitaria en 1952, y se profundiza después del 68 con la creación de los cinco planteles del CCH y de las cinco ENEPs, obligan al congelamiento de la misma para no obstaculizar el crecimiento de la matrícula. Las crisis de los 80 pulverizaron la cuota de 200 pesos de inscripción, haciendo de la UNAM una institución “prácticamente” gratuita. Y precisamente cuando gobierno y autoridades universitarias se proponen elitizar nuevamente a la Universidad en 1986 aparece la intención de elevar las cuotas.

Es el CEU el que plantea hacer explícito el compromiso con la gratuidad. Esa es su gran aportación histórica y su victoria ideológica, cultural e institucional.

Muchos dirigentes y activistas ceuístas acudieron a las escuelas a argumentar en favor de la gratuidad de la educación. Los argumentos eran muy variados: jurídicos, económicos, sociales, coyunturales, históricos, internacionales, etcétera.

Algún dirigente decía: “La educación en la UNAM debe ser gratuita porque la Constitución dice que toda la educación que imparta el Estado será gratuita, y la UNAM es un órgano descentralizado del Estado, por lo tanto, la educación en la UNAM es impartida por el Estado”.

Otros argumentaban que en los tratados internacionales firmados por México se establecía la obligación de impartir educación superior gratuita y citaban: “La enseñanza superior debe hacerse igualmente accesible a todos, sobre la base de la capacidad de cada uno, por cuantos medios sean necesarios, y en particular por la implantación progresiva de la enseñanza gratuita”.

Algunos mencionaban que, en la situación por la que atravesaba el país, estando en una gran crisis económica que afectaba sensiblemente a las familias, aumentar las cuotas de inscripción a la educación universitaria, era un golpe más.

También decían varios compañeros que la educación era gratuita porque ya se había pagado con los impuestos cobrados a nuestros padres.

Y en ese mismo sentido se decía que la UNAM no era la Secretaría de Hacienda para pretender, presuntamente, gravar más al rico aumentando cuotas a los estudiantes.

Asimismo, se explicaba que, al aumentar generalizadamente las cuotas, se beneficiaba al rico, quien sí podría

pagarlas, y se perjudicaba al pobre, quien tendría que dejar los estudios por no poder pagar.

Se citaba el Anuario Estadístico de la UNAM, según el cual el 80% de las familias de los estudiantes de la institución tiene un ingreso menor a tres salarios mínimos. Lo cual desmentía la especie de que los estudiantes de la Universidad eran ricos.

También había compañeros que analizaban la inutilidad de un costo social tan alto para obtener apenas el 1% del presupuesto de la UNAM a través de las cuotas cobradas a los estudiantes.

Incluso algunos activistas explicaban que las universidades eran gratuitas no sólo en países socialistas del tercer mundo como Cuba, sino también en países capitalistas desarrollados del primer mundo como Alemania, Finlandia y Noruega.

La gratuidad ayudaba a que hubiera profesionistas que el país necesitaba; permitía que más jóvenes ingresaran a la Universidad en lugar de andar en actividades antisociales.

Con más información técnica, había quien comentaba los porcentajes de cobertura educativa entre la juventud: EE UU y Cuba, más del 80%; España y Argentina 62%; Corea 50%; Perú 33% y México sólo un 25%. El aumento de cuotas agudizaría los bajos niveles de cobertura de la educación superior en México.

Los problemas económicos de la UNAM no se debían a la falta de cuotas estudiantiles sino a la disminución del subsidio federal, se argüía.

Igualmente eran combatidas las otras dos reformas impugnadas con numerosos argumentos.

Contra la imposición de exámenes departamentales, se decía que estos atacaban la libertad de cátedra pues los alumnos ya no serían evaluados por el profesor que les impartió clase durante todo un semestre sino por una tecnocracia totalmente ajena al proceso pedagógico vivo en el salón de clases. El profesor se vería obligado a ceñirse a los contenidos que serían sujetos de evaluación y a los enfoques conceptuales y prioridades de la tecnocracia en materia académica.

Además, el examen departamental no podría evaluar todos los desarrollos intelectuales del alumno, ni su participación en clase, ni su capacidad creativa, ni su perfil crítico, ni sus tareas de investigación, ni su intervención en campo, ni sus lecturas, ni su asistencia, ni sus aportaciones al programa.

A su vez, el pase reglamentado era defendido con el argumento de que quienes estaban en las preparatorias y CCHs ya habían realizado un examen para ingresar a la UNAM y ya eran parte de la institución. No tenían por qué realizar un nuevo examen como se proponía. La UNAM, se afirmaba, ya había preparado estudiantes en sus propios bachilleratos y no debería desperdiciar el esfuerzo académico invertido en ellos.

La huelga

Ante la inflexibilidad de Rectoría, el CEU consulta en las escuelas si estalla la huelga general. El debate es intenso, incluso en el movimiento democrático. El STUNAM recomienda al CEU meditar muy bien si se lanzan a la huelga. Imanol Ordorika les responde: “Ustedes nos enseñaron a hacer huelgas”.

Cada escuela realiza su asamblea para discutir y votar si se apoya o no la propuesta de ir a la huelga general.

En la *Prepa 7* convocamos a la asamblea por la tarde. El auditorio de la escuela está a reventar. Mil jóvenes abarrotan el escenario para ser arquitectos de su propio destino.

Víctor Montalvo y yo, representantes ante la plenaria del CEU, informamos a la asamblea de la *Prepa 7* que el movimiento había propuesto a las autoridades la derogación de las reformas a los reglamentos de pagos, inscripciones y exámenes, la realización de un Congreso Universitario Resolutivo, cuyas resoluciones fueran asumidas por el Consejo Universitario y la creación de una Gran Comisión para organizar el Congreso. Informamos también que las autoridades rechazaron la propuesta y que por eso mismo el movimiento consultaba a las bases si se tomaba la medida extrema, el último recurso, de ir a la huelga.

Se escucharon posiciones a favor y en contra. Y por abrumadora mayoría se aprobó ir a la huelga.

Para llegar a este momento, tuvimos que trabajar mucho. Recuerdo que visitamos todos los salones, hablamos con profesores, trabajadores, autoridades. Y tuvimos que vencer mucha desinformación, reticencias y prejuicios. Hablamos con cada bolita de alumnos que se juntaba en alguna de las jardineras. Una tarde nos encontramos una alumna acompañada de su madre. La señora empezó a hablar contra el comunismo, contra Lázaro Cárdenas, contra el CEU, contra todo lo que parecía rojo o rojillo. Hablamos largo

rato con ella para aclararle muchísimas cosas. La noche que estalló la huelga ahí estaban haciendo guardia, codo con codo con todos los ceuístas, madre e hija. A la postre la señora entró a la Asamblea de Barrios, apoyó a Cuauhtémoc en 1988, y su hija, Lucerito Márquez, llegó a ser diputada por el partido del propio Cárdenas.

A las 12 de la noche del 29 de enero de 1987 se colocaron las banderas rojinegras. Cada uno de nosotros llevó sus cobijas, hules, cartones, para instalarse. En ese momento ya no éramos tantos. La huelga la votaron cientos, pero la iniciamos decenas. Nos pusimos a la entrada del plantel y dormimos en el piso, abrazados de nuestro propio espíritu, casi no sentimos el frío porque lo neutralizaban las intensas emociones que nos inundaban.

La huelga fue un ejemplo de organización y orden. Había guardias nocturnas, se rotaban los que preparaban la comida. Todos llevaban donaciones de alimentos. En la noche cantábamos; el compañero Josué García llevaba su guitarra y entonábamos canciones tradicionales, románticas, revolucionarias, folclóricas, de protesta y parodias. Nunca estuvo más limpio el plantel. El profesor Juan Zapata pintó un mural que perduró durante más de una década. En el mercado de La Merced nos regalaban frutas y jugos los comerciantes. Cada día que pasaba llegaban más estudiantes a las guardias. Iban perdiendo el miedo.

Todos los jóvenes que participaban en la huelga irradiaban una especial felicidad. Estaban “empoderados” se diría ahora. El ambiente era como de un autogobierno. En la FES Cuautitlán, por ejemplo, los estudiantes cuidaban las vacas que pertenecían a la Escuela para sus estudios zoo-

técnicos, las alimentaban y las ordeñaban. En otras escuelas los activistas del CEU vigilaban laboratorios, albercas, gimnasios, bibliotecas. No se perdió ni un lápiz. No hubo vandalismo, ni accidentes, ni incidentes. Unos chavos iban diario, otros de plano vivían ahí, algunos alternaban sus guardias con sus visitas a sus casas, no faltaba quien sólo iba de repente. “Es la experiencia de su vida” dice Imanol.

Al estallar la huelga, el movimiento llegó a su punto máximo de confrontación, desafío y efervescencia. A partir de entonces, el ambiente nunca estuvo exento de infiltrados, de provocadores y espías de autoridades y gobierno. Llegaban a las distintas escuelas. Pero no pudieron hacer mella. Buscaban enrarecer el ambiente tratando de generar violencia y discordia interna, y hasta descomposición. Pero eran detectados rápidamente. “Aguas con ése, trae boleto”, nos decían los dirigentes. En la *Prepa 7* había un infiltrado, se llamaba o decía llamar Alfredo. No lo vimos en el inicio del movimiento. Llegó cuando estalló la huelga. Siempre estaba drogado o alcoholizado, siempre quería llevarse a los compañeros a tomar, siempre tenía dinero, siempre atacaba con insultos a los dirigentes, siempre estaba violento y quería llegar a los golpes. Lo aislamos... y dejó de ir.

El CEU le impone al neoliberalismo su primera derrota

En esas condiciones, el CEU se impuso un reto mayor: realizar una segunda manifestación al Zócalo en plena huelga. La Rectoría apostaba al fracaso porque no había clases, suponiendo que la comunicación con las bases estaría interrumpida. No fue así, la manifestación de Tlatelolco al Zó-

CEU, crónica de una victoria
calo el 9 de febrero fue impresionante. Era la Universidad en pleno con mucho pueblo solidario. Alrededor de 300 mil personas reventaron la plaza mayor.

Cientos de grupos acudieron. Se dieron cita estudiantes de todas las escuelas de la UNAM, *prepas*, CCHs, Facultades, Escuelas, Centros, ENEPs, Posgrados, Sistema Abierto, Iniciación Universitaria, centros de provincia. Asistían también Preparatorias Populares, profesores, investigadores, trabajadores del STUNAM.

Se sumaban contingentes más pequeños pero significativos del Poli, la UAM, la UPN, la ENAH, Chapingo y sindicatos de esas instituciones, así como organizaciones sociales urbanas y miles de ciudadanos en lo individual, sin faltar luchadores sociales del 68 y otras luchas que veían con esperanza el renacimiento de la movilización estudiantil.

Los de la ENAH, recientemente agraviados por las declaraciones de Octavio Paz en el sentido de que esa Escuela debería desaparecer, gritaban:

“Paz, Paz, Paz,

“Culero, culero, culero”.

Al llegar con mi contingente de la *Prepa 7*, vi y oí pasar una enorme fila de ceceacheros. En los hombros de un muchacho altísimo una chica (que al parecer era Haidé Lachino) gritaba:

“A ver, a ver, (dos aplausos)

¿quién tiene la batuta? (dos aplausos)

los estudiantes, (dos aplausos)

o Carpizo hijo de puta”.

Nuestro contingente tomó su lugar entre la *Prepa 6* y la *Prepa 8*; era un lugar en el que podíamos platicar con los

activistas de *Prepa 6* como Lore Manrique, Tania Barberán, Miroslava García, Sergio González, Taisia Cruz Parceró, Jaime Ramírez Garrido, Jorge Calzado, Héctor Barragán, Felipe Zermeño, Juan Pablo Soriano, Alejandro Olivos, Paloma Robles, Rodrigo Bazán, Cecilia Espinosa, Tania Calva, Ulises Castellanos, Humberto Monteón, David Sol, Carlos Cruz (quien a su vez formaba parte del Colectivo Sol en el movimiento Gay), etc.

Más adelante marchaban los de *Prepa 5*, entre los que se encontraban: Leyla Méndez, Carlos Bedolla, Ramón Moreno, Karla González Romero, Valeria López Damián y Marcos Alejandro Gil González.

Todos gritábamos:

“Artículo tercero,

Carpizo es un culero”.

Sin embargo, casi para llegar a la calle de Madero, se colocó al frente del contingente de *Prepa 7* un camión de redilas que traía a bordo a un grupo de músicos con una raída manta que pintada con aerosol decía: “La maldita vecindad y los hijos del quinto patio”. Disfrutamos su música sin imaginar el éxito que llegarían a tener.

En plena huelga, el CEU había desbordado el Zócalo, un día antes de la reunión del Consejo Universitario. La Rectoría estaba aislada y achicada. El movimiento había ganado la partida.

El 10 de febrero de 1987 el Consejo Universitario acordó “suspender” las reformas a los reglamentos de pagos, inscripciones y exámenes para que dichos temas, y otros temas académicos, fueran resueltos en definitiva por un Congreso Universitario cuyas resoluciones serían asumi-

CEU, crónica de una victoria
das por el Consejo Universitario de la UNAM. Como reguero de pólvora corrió una oleada de alegría en las bases estudiantiles. A contracorriente de lo que ocurría en el país, en la Universidad el proyecto neoliberal había sufrido una grave derrota.

El levantamiento de la huelga

Como dijo un clásico, lo difícil no es estallar una huelga, sino levantarla. Apenas terminaba de difundirse el resultado de la sesión del Consejo Universitario, cuando surgió el debate sobre si la palabra “suspensión” satisfacía la exigencia de “derogación” de las reformas y sobre si el término “asumirá” querría decir que el Congreso Universitario sería realmente resolutivo.

En diversas escuelas, grupos de activistas defendían la versión de que el movimiento no había triunfado, que las reformas no habían sido derogadas, que el Congreso no sería resolutivo, y sus acuerdos podían ser burlados por la autoridad. Por lo tanto, decían, la huelga no debía levantarse. Esta postura se impuso entre muchos de los brigadistas que hacían guardias en los planteles. De un total de 45 escuelas, 34 irán a la plenaria del CEU el 12 de febrero, a plantear que continúe la huelga.

En la *Prepa 7* realizamos nuestra asamblea. El acuerdo fue un híbrido más inclinado a la postura de reconocer el triunfo y levantar la huelga. Se decía algo así como: “no se derogan las reformas, pero ya no podrán aplicarse y el Congreso podrá echarlas abajo en definitiva. Hay que levantar la huelga exigiendo garantías a las autoridades universitarias”.

Acudimos a llevar nuestro resolutivo a la plenaria del CEU en el auditorio *Che Guevara*. La reunión, para nuestra sorpresa, se había convertido en un linchamiento contra los principales dirigentes. Ninguno podía hablar. Eran abucheados. Y quienes presentaban resolutivos para levantar la huelga también. El ambiente era de una tensión terrible. Parecía que el movimiento iba a reventar en ese momento y que nos quedaríamos sin rumbo.

Pero la asamblea dio un giro de 180 grados con la intervención de Imanol Ordorika. Cuando lo anunciaron, una cascada de rechiflas y mentadas inundó el ambiente. Ordorika respondió con la popular seña de *caracolitos* y acto seguido comenzó a hablar. Bombardeó al auditorio con datos del país, con el recuerdo del triste desenlace de muchos movimientos, logró abrir los ojos de los asistentes con las hazañas logradas por el CEU en unas semanas, cuando poco o nada se esperaba al principio, y demostró que se había triunfado y evitado la represión. Su participación fue muy contundente, sin concesiones, dura, sin pausa y llena de emociones. Terminó con una ovación. Había logrado voltear al auditorio. Fue sorprendente su participación.

Después hubo más disposición de escuchar a unos y a otros, a los que querían continuar la huelga y a los que decían que había que levantarla.

Hubo otra buena intervención, me parece que de Ricardo Becerra. Mencionó la historia de derrotas que acompañaban al movimiento estudiantil y criticó la actitud de regodearse en la tragedia y la desgracia. Acuñó el término "cultura de la derrota" para aquella conducta que vuelve a un movimiento incapaz de reconocer que ha triunfado.

Ponderó que, entre tanta derrota histórica y contemporánea de los movimientos, el CEU hubiera logrado la victoria.

Los partidarios de continuar la huelga argumentaban que la sola suspensión de las reformas no garantizaba que las autoridades desistieran de volver a intentar su aprobación. Tenían razón; pero la verdad es que ni siquiera su derogación formal evitaría que otro rector volviera a plantear el aumento de cuotas de inscripción.

La reunión determinó continuar la huelga y convocó a otra plenaria para el 15 de febrero. Al salir del auditorio me encontré a mi amigo y compañero, académico de la UAM, Max Ortega, quien me dijo: “no te preocupes, el CEU es un movimiento muy maduro”.

Los dirigentes hicieron una labor de filigrana para convencer en asamblea por asamblea y lograr el acuerdo de la mayoría de las escuelas de levantar la huelga. La propia configuración de las asambleas fue difícil. Los que querían continuar la huelga decían que sólo deberían votar los brigadistas que estaban en las guardias de las escuelas. Los partidarios de levantar la huelga afirmaban que todos los estudiantes tenían derecho a votar, pues la huelga había sido decidida convocando a asambleas a todos los estudiantes.

El 15 de febrero, de 45 planteles, 31 votan por el levantamiento. Escuelas como *Prepa 3*, CCH-Oriente, ENEP Zaragoza y FES Cuautitlán votan por continuar. El 17 de febrero, después de una huelga que duró menos de tres semanas, el CEU entrega las instalaciones a las autoridades en la explanada de Rectoría, las cuales dan garantías de que no habrá represalias contra huelguistas. La ENEP Zaragoza continúa la huelga hasta el 19 de febrero y la FES Cuautitlán hasta el 24 del mismo mes.

A partir del levantamiento de la huelga, al interior del CEU se van a configurar dos corrientes. Los que buscaban la continuidad del paro se denominarán *brigadistas* y todos los que apoyaron el levantamiento de la huelga estarán aglutinados en la llamada *corriente hegemónica*. La principal dirigente de los brigadistas será Guadalupe Carrasco, *La Pita*, de la Facultad de Ciencias y otros de sus representantes van a ser Mario Benítez, de la Facultad de Economía, que aparecerá años después en el CGH; Salvador Ferrer, también de la Facultad de Ciencias; Elí Aguilar, quien más tarde será uno de los fundadores del Frente Popular Francisco Villa y Agustín Guerrero, de la Facultad de Economía, con su principal base social en la *Prepa 3*, entre otros. Activistas de Ciencias, ENEPs y CCH Oriente formarán parte de esta corriente.

En la *corriente hegemónica* estarán militantes de prácticamente todas las organizaciones políticas de la izquierda: PRT, OR-PC, CC7, MRP, ACNR, MLP, ORP, PSUM, PPR, PRS, OIR-LM, etc. Se apoyaba en las Facultades de Ciudad Universitaria, CCH Sur y CCH Azcapotzalco y en las Preparatorias, principalmente. Yo participé durante todo el año 1987 con la *corriente hegemónica*.

Podríamos decir que los *brigadistas* apuestan más al proyecto social, a la resistencia y desconfían más de la autoridad.

La *corriente hegemónica* disputa espacios institucionales y busca transformaciones de las estructuras académicas, es decir, está más dispuesta a combinar la *guerra de movimientos* con la *guerra de posiciones*.

Sin embargo, dichas diferencias son una simplificación esquemática, la realidad es más compleja y une a ambas vertientes en la movilización estudiantil. Una estampa puede ilustrarlo: Raymundo Hernández y Rosa Vargas, su novia, llegaban juntos a las plenarios del CEU. Raymundo defendía las posturas de la *corriente hegemónica* y Rosa defendía las posturas de los *brigadistas*. Al terminar la reunión se iban ambos tomados de la mano a impulsar el Plan de Acción.

La lucha sigue con alegría

El levantamiento de la huelga trajo para el movimiento toda una luna de miel, comprobándose así la tesis de Francesco Alberoni, quien afirma que un movimiento social es un estado naciente, un enamoramiento de muchos, así como un noviazgo es un movimiento de dos.

“Entre los grandes movimientos colectivos y el enamoramiento hay un parentesco bastante estrecho (...) muchas de las experiencias de solidaridad, alegría de vivir, renovación, son análogas. La diferencia reside en el hecho de que los grandes movimientos colectivos están constituidos por muchísimas personas. El enamoramiento, en cambio, aun siendo un movimiento colectivo, se constituye entre dos personas solas.” Los participantes de un movimiento “se desinteresan de sí mismos, se olvidan de sí mismos, se entregan totalmente a los fines comunes, viven con una intensidad tal que expulsan las preocupaciones egoístas y vulgares”, dice Alberoni citando a Durkheim.

Para Alberoni un movimiento divide lo que está unido y une lo que está dividido. Y así como dos enamorados se pueden unir en una institución llamada matrimonio, un movimiento se puede transformar en una institución llamada sindicato, federación, instituto, partido, etc.

El CEU no se convirtió en una institución, pero sí pasó a dar una batalla en la esfera institucional, en el Consejo Universitario, en los Consejos Técnicos y en la Comisión Organizadora del Congreso Universitario que sería electa finalmente el 3 de diciembre de 1987. Las resoluciones del Consejo Universitario del 10 de febrero de ese año le abrieron un horizonte de cierta permanencia al CEU. Había tareas que realizar. Digamos, parafraseando a Alberoni, que este movimiento no pasó a ser un matrimonio, pero sí una unión libre que se prolongaría por más o menos una década.

El movimiento de 1968 terminó en un baño de sangre y en una derrota que se tradujo por años en un proceso de desarticulación. El movimiento de 1986-87 pudo alcanzar una victoria y su organización tuvo continuidad por años. No es posible hacer una comparación lineal entre uno y otro movimiento, toda vez que los estudiantes del 68 desafiaron ni más ni menos que al Estado mismo. En cambio, la lucha del CEU se circunscribió a la UNAM. Pero más allá de los destinos tan distantes entre uno y otro movimiento hay una relación interior.

Raúl Álvarez Garín describe en su gran libro *La estela de Tlatelolco*, el proceso que se vivió después de la represión del 2 de octubre.

El movimiento de 1968, dice Álvarez Garín, tenía una propuesta democrática, movilizaba a cientos de miles y ex-

presaba el sentir de millones de mexicanos. Era una propuesta política, democratizadora y en ella se identificaban sectores muy amplios y heterogéneos de la sociedad mexicana. No era una propuesta doctrinaria, ideológica o sectaria. Pero después de la matanza del 2 de octubre, la organización del movimiento entró en crisis, faltó dirección política, se fragmentó y se sectarizó una parte de la militancia.

“Con posterioridad al levantamiento de las huelgas, el movimiento se ideologiza, ya no hay planteamientos políticos...las últimas manifestaciones del movimiento del 68... eran de estudiantes coreando Mao-Mao-Tse -Tung o Ho-Ho-Chi-Min. Esto ya no tenía que ver con un amplio movimiento político contra el régimen del PRI”.

“La actividad política se degrada, se toma la Universidad con cualquier pretexto, las demandas no tienen una jerarquía, los procedimientos no guardan relación entre lo que se demanda y la desmesura y la violencia que se ejercen... con un radicalismo infantil que la mayoría de la comunidad escolar rechaza en su fuero interno”.

En las marchas estudiantiles de los años 70 y aún principios de los 80 se coreaban consignas como:

“¡Alerta, alerta, alerta que camina, la lucha guerrillera por América Latina!”.

“¡Un, dos, tres Viet-Nam; un, dos, tres Viet-Nam!”

“¡Que no somos guerrilleros, pero pronto lo seremos!”

El CEU viene a romper con ese lenguaje y recupera del 68 la elección de tres delegados por escuela y los principios de unidad, combatividad, independencia, movilización masiva, valentía, desafío, imaginación, diálogo público y sobre todo la visión de un movimiento democrático amplio.

Sin el 68 no hay CEU. Los jóvenes del CEU son los hijos del 68. Tal vez puedan ilustrarlo los ejemplos de Tania Barberán y Andrea González; de Federico y Carlos González y de Nachielly y Paloma Robles; hijas las primeras de José Barberán y Javier González, hijos los otros de Guillermo González Guardado, e hijas las últimas de Xavier Robles, participantes del movimiento del 68. Mis propios padres, Cuauhtémoc Batres y Rosario Guadarrama, participaron en el movimiento del 68 como estudiantes de la Escuela Normal Superior. Mi papá nos estremecía con el relato de su experiencia en la noche de Tlatelolco aquel trágico 2 de octubre.

Cuando el CEU inaugura su cubículo general, éste no lleva el nombre del *Che Guevara* o de un prócer parecido, sino el de una actriz norteamericana: Marilyn Monroe. El lenguaje del CEU no es el de la amargura, el de la sangre, el del resentimiento o el de la muerte. Es un lenguaje de alegría y optimismo.

De los mítines pasamos a los festivales, Cecilia Toussaint se convirtió en un símbolo del movimiento. Escuchamos en la explanada universitaria también a Betsy Pecanins, Los Nakos, Real de Catorce, Guillermo Briseño, Botellita de Jerez, Nina Galindo, Salario Mínimo, Eugenia León, Óscar Chávez, Marcial Alejandro, Contra Cultura, la Nueva Canción, Antar López, Jaime López, Recuerdos del Son, Orificio, Salsa y Poesía, CLETA y muchos más.

La Rectoría gana tiempo y el CEU gana aliados

Mientras la Rectoría apostaba a prolongar los tiempos de organización del Congreso para tratar de apagar la llama del movimiento, el CEU seguía fortaleciéndose. El movimiento presionaba para que se acordaran ya las reglas de conformación de la Gran Comisión Organizadora del Congreso.

En alguno de esos *estira y afloja*, la Rectoría de la UNAM había lanzado una campaña contra el CEU acusándolo de ser un instrumento de un partido político, y trataba de estigmatizarlo como CEU-PRT, aludiendo a la militancia partidista de Antonio Santos, uno de sus principales dirigentes. La acusación de Rectoría era ridícula. En el CEU, los dirigentes pertenecían a muy variadas corrientes y organizaciones políticas. En cambio, en la Rectoría todos eran del PRI. Tenían un doble lenguaje oficial, un falso apoliticismo, supuestamente aséptico. Antonio Santos les contestó en una reunión que no se avergonzaba de su militancia y que, además, “no descansaría hasta ver derrocado al PRI-gobierno”.

Un Congreso que debía ser realizado inmediatamente, fue largamente pospuesto con el fin de cambiar la correlación de fuerzas e incluso de evitar su realización.

Durante ese lapso el CEU incursionó en un nuevo terreno: forjar alianzas sociales más allá del espacio universitario. Durante las primeras semanas del conflicto estableció una fuerte alianza con el STUNAM, sindicato democrático de los trabajadores universitarios y luego con el recién

creado Consejo Académico Universitario (CAU). En la parte final de la huelga estableció una red de relaciones con estudiantes de numerosas universidades de los estados de la República.

Ahora salía a las calles con el Sindicato Mexicano de Electricistas, asediado ya desde entonces por el gobierno federal. El 3 de marzo de 1987 el CEU marcha con el SME en una gran manifestación en la que se intercalan contingentes de estudiantes y de electricistas. Se materializó así la siempre anhelada unión obrero-estudiantil.

El CEU también entabló alianzas con el Movimiento Urbano Popular (MUP) recién surgido de los terremotos de, 1985, y expresado en las Asambleas de Barrios y en las Uniones Populares de muchas colonias. En palabras de Ordorika: “la legitimidad del CEU va más allá de la UNAM”.

A lo largo de 1987 se presentaron conflictos en distintas escuelas de la UNAM. El 17 de marzo comienza una lucha contra la política represiva de las autoridades del CCH Sur. El 25 del mismo mes el movimiento denuncia a la Directora de la Escuela Nacional de Trabajo Social, Lourdes Apodaca, por no respetar las garantías del levantamiento de la huelga y sancionar a estudiantes y trabajadores que participaron en ésta. El 18 de junio ocurren hechos violentos en *Prepa 3*, donde incluso personas extrañas usaron armas de fuego contra los estudiantes.

El 30 de marzo se convoca a formar parte de Academia Universitaria a colegios de investigadores de Institutos,

CEU, crónica de una victoria
Centros y Facultades. El objetivo es influir en el proceso del Congreso Universitario. Con ello surge un interesante actor en el escenario universitario, con un fuerte prestigio, gran preparación académica y una postura conciliadora.

El 25 junio la Academia Universitaria, CAU, CEU y STUNAM suscriben un comunicado conjunto contra la violencia en la Universidad.

El 1º de julio el CEU realizó un paro en toda la Universidad para repudiar los actos de violencia.

La dicha de luchar en las *prepas*

Mientras seguían las negociaciones para la integración de la Comisión Organizadora del Congreso Universitario, en 1987, desarrollamos un trabajo exhaustivo en la Preparatoria 7. Invitamos a Imanol Ordorika a dar una conferencia sobre el movimiento. Exhibimos la película *Pink Floyd The Wall*, con un éxito tremendo. Nunca había existido un Cine Club en la escuela. Vimos la cinta *Manhattan*, de Woody Allen, y otras por el estilo. Hicimos cursos de regularización para los exámenes de Geometría Analítica. Conseguimos descuentos en las fondas circunvecinas para quienes mostraran su credencial del plantel.

Una tarde ocurrió un hecho casi mágico. Unos compañeros pusieron música en la grabadora de bocinas grandes. Cantamos algunas *rolitas* y bailamos después la canción de la bamba, muy de moda en esos días por la película del mismo nombre. De repente empezaron a agregarse a la

bailada más y más estudiantes... hasta que toda la *prepa* estaba en las canchas bailando. Sin alcohol, sin desmanes, era como una especie de festejo, una suerte de tocada popular. Las autoridades guardaron silencio y respetaron.

Meses después viviríamos otro acontecimiento parecido en el turno matutino. Un grupo de compañeros *rocker* invitó a unos grupos de rock pesado a dar un concierto. A la entrada del plantel, las autoridades detuvieron a los músicos. Fuimos a hablar con el director del plantel, el profesor Salvador Azuela (hermano de Arturo Azuela, director de la Facultad de Filosofía, y ambos descendientes del escritor Mariano Azuela, progresistas a diferencia del reaccionario ex ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación). El Director dijo que no podía autorizar el concierto porque había un acuerdo del Consejo Técnico de la Escuela Nacional Preparatoria para prohibir los conciertos de rock en las instalaciones de la institución. Envalentonados, preguntamos ¿qué pasaría si de cualquier forma hacíamos el concierto? "Les levantaremos un acta", nos dijo. "¿Y qué nos pasará si nos levanta un acta?", volvimos a preguntar, y respondió: "pues miren muchachos, les hemos levantado muchas actas desde que empezó el movimiento y sobre todo durante la huelga". Estaba claro que no pasaría nada. Así es que salí con los compañeros de la oficina del director y me subí a una jardinera. Toda la *prepa* esperaba con expectativa el desenlace. Desde ahí grité: "¡Las autoridades no nos dieron permiso para hacer el concierto, pero de todas maneras lo realizaremos!". Me aplaudieron como en ninguna asamblea, la sensación de desafío a la autoridad puso el ingrediente de mayor emoción. Y procedimos a es-

CEU, crónica de una victoria
cuchar a *Ramsés II* y otros grupos de rock. Todo transcurrió en orden.

Otra de nuestras aventuras nos llevó a hacer una evaluación de nuestros maestros. Si los profesores califican a los alumnos, en la nueva etapa de transformación – pensamos nosotros – ya era hora de que los alumnos calificaran a sus profesores. En un periódico mural y después en un folleto pusimos nombre por nombre a los profesores con los que tomábamos clase y un juicio de valor sobre su forma de impartir cátedra. Sin metodología alguna, criticamos actitudes autoritarias de muchos y elogiamos a los maestros de pensamiento más moderno. Los mejores evaluados fueron José Castillo Farreras y Marcela Guijosa. La mayoría reprobó. Fue un escándalo.

Hacer trabajo político-universitario en las *prepas* no era fácil. La planta magisterial era tradicional y había grupos de maestros muy conservadores. Los métodos de enseñanza eran autoritarios, no se estilaba la participación del alumno en clase. La ideología preparatoriana se movía en el positivismo del siglo XIX. Aún había porros en varios planteles que se dedicaban a asaltar y aterrorizar a los estudiantes. Se emulaba el modelo norteamericano de hacer vida social alrededor de actividades deportivas. Existía un corte cultural muy clasista entre el turno vespertino y el matutino.

En los CCHs, en cambio, la planta magisterial estaba reclutada entre estudiantes de la generación de 1968. Había mucha politización. El contenido ideológico predominante se desprendía de las corrientes de pensamiento marxista de los años 60 y 70 del siglo XX. Los métodos de enseñanza

estimulaban la participación del alumno en clase. El profesor era alguien con quien se podía discutir y hasta discrepar. De hecho, los profesores ceceacheros fueron un factor fundamental para levantar una rápida concientización y movilización de su alumnado. Maestros como Javier Centeno, Ángel Benhumea, Arnulfo Iriarte, Arturo Delgado, Fausto Nava y muchos más eran activos promotores del movimiento universitario.

Todo eso explica por qué disfrutábamos tanto los logros que se alcanzaban en las *prepas*.

La elección de la Comisión Organizadora del Congreso Universitario

Para organizar el Congreso, el Consejo Universitario creó una Comisión Especial del Consejo Universitario (CECU), integrada por ocho consejeros de la vertiente del movimiento y ocho de la vertiente institucional, encargada a su vez de establecer las reglas para la integración de la Comisión Organizadora del Congreso Universitario (COCU). Los de la vertiente del movimiento eran: Jorge Martínez Stack, Alfredo López Austin, José García, Antonio Santos, Alberto Monroy, Héctor Tamayo, José Luis Gutiérrez Calzadilla y Salvador Díaz, mientras que los de la parte institucional eran: Jorge Madrazo Cuéllar, Jacobo Casillas, José Miguel Yacamán, Roberto Moreno de los Arcos, Alfonso Navarrete Prida, Elvia Arcelia Quintana, Carlos Javier Villazón y Juan José Sánchez Sosa.

CEU, crónica de una victoria

En los primeros meses de 1987, la CECU resolvió crear una COCU con la siguiente composición: 16 estudiantes, 12 profesores, 4 investigadores, 8 trabajadores administrativos, 8 representantes del rector y los 16 consejeros universitarios de la propia CECU. Dicho consenso no fue fácil de lograr porque la CECU tenía que acordar con el voto aprobatorio del 75% de sus integrantes, es decir, prácticamente por consenso, tomando en cuenta que eran bloques de 8 y 8 los que tenían que acordar entre sí. Sin embargo, quedaban pendientes los mecanismos electorales para su integración.

Esto llevó al CEU a enfrentar dos discusiones simultáneamente. Al exterior cuestionó la representación proporcional pura del sector estudiantil en la COCU y la fragmentación en los niveles bachillerato, licenciatura y posgrado, para evitar que las autoridades filtraran una voz estudiantil espuria a la Comisión. Hacia el interior, se impulsó el debate en favor del voto universal, directo y secreto.

Fueron Adriana Hernández y María Luisa Ceja quienes el 28 de mayo de 1987 presentaron la propuesta del CEU, consistente en plantear una planilla única de los tres niveles (bachillerato, licenciatura y posgrado) bloqueada y sin representación proporcional, electa por voto universal, directo y secreto.

No fue fácil defender dicha postura. De inmediato surgieron voces que plantearon que la representación proporcional era un principio fundamental de la democracia. Hasta el STUNAM criticó al CEU por oponerse a la representación proporcional, recordando que su Comité Ejecutivo se integraba de manera proporcional. Sin embargo, sin quererlo, dio la salida a la contradicción, porque si bien en

el STUNAM hay representación proporcional en su dirigencia, sólo pueden acceder a ésta las planillas que logran un mínimo de 20% de la votación. El CEU propuso entonces un porcentaje mínimo de 33% para acceder a la representación en la COCU.

Con las autoridades el debate siguió hasta lograr un acuerdo de porcentaje calificado de 25% para poder formar parte de la representación estudiantil. El 1º de octubre se publicó en la Gaceta de la UNAM el acuerdo de consenso de la CECU y el 9 del mismo mes se resolvieron las reglas para la elección de los 16 estudiantes y 16 académicos que formarían parte de la COCU. El 9 de noviembre se publicó la convocatoria para la elección de los miembros que integrarían la COCU.

Al interior del CEU se libra entonces un interesante debate sobre las formas de elección. Los *brigadistas* plantean que la representación estudiantil se elija en asambleas por escuela y rechazan las elecciones por voto universal, toda vez que “las elecciones por urnas eran una forma típica de la democracia burguesa, y las asambleas eran más propias de la democracia directa”.

Los dirigentes defienden que la elección de los representantes estudiantiles sea por voto universal e incluso que se siga el mismo método para integrar la planilla del CEU.

En alguna reunión plenaria del CEU, Alfonso Ramírez Cuéllar, uno de los representantes de la Facultad de Derecho, afirmó que: “las elecciones libres y democráticas en un país autoritario como México, son revolucionarias, y actualmente los procesos electorales se están convirtiendo en movimientos de masas”. (Esta tesis la defendía Pablo

CEU, crónica de una victoria

Gómez, dirigente del PSUM en referencia a casos como la lucha electoral en Juchitán). Pero fue Fabrizio Mejía, de Filosofía y Letras, quien no sólo defendió con argumentos el proceso comicial, sino que fue más allá e impulsó la organización de unas elecciones primarias para que el CEU eligiera su propia planilla por voto universal, directo y secreto, misma que acudiría a competir contra la planilla estudiantil afín a las autoridades.

La idea avanzó y el 17 de noviembre el CEU eligió su planilla. Hubo urnas en todas las escuelas. Boletas electorales con los nombres de quienes se registraron. Un órgano electoral interno. El proceso salió muy bien. Los *brigadistas* decidieron no participar en las elecciones primarias del CEU, pero un grupo de esta corriente, encabezado por Agustín Guerrero y Víctor Virueña, sí presentó candidatos y participó en el proceso interno del CEU.

De un total de 44 precandidatos registrados para el proceso interno, la planilla del CEU quedó integrada de la siguiente manera: posgrado: Carlos Imaz, María Luisa Ceja, Ricardo Gamboa y Jorge Zavala; licenciatura: Imanol Ordorika, Raúl Rincón, Ricardo Becerra, Agustín Guerrero, José Luis Alvarado y Ma. Isabel Vizuet; bachillerato: Leobardo Ordaz, Susana Cruz, Adolfo Llubere, Andrea González, Víctor Virueña y el que esto escribe.

La planilla acudió a las elecciones de la COCU el 3 de diciembre de 1987 y obtuvo más del 75% de los votos estudiantiles. En los CCHs alcanzó sus mayores votaciones con hasta el 95 y 96 por ciento de la votación. El CEU ganó en casi todas las escuelas. Perdió en Derecho, bastión de la derecha universitaria, Contaduría y en las preparatorias

1 y 4. Para felicidad del movimiento ganó en *Prepa 6*, que la derecha consideraba su bastión en el bachillerato. En la *Prepa 7* tuvimos la mayor votación de todas las *prepas* con un 84% de la votación y muy cerca quedó la *Prepa 3*. El CEU se quedó con el 100% de la representación estudiantil. La derecha no ganó ni un espacio.

Había ocurrido así un acontecimiento histórico, el CEU era el primer movimiento estudiantil que se legitimaba en las urnas. La teoría de quienes afirmaban que los movimientos se legitimaban con la movilización y los partidos con las elecciones, se quedaba corta. El CEU ganó las calles primero; después ganó en el debate, y ahora ganaba en las urnas.

La noche del 3 de diciembre, cientos de activistas llegaron a las oficinas del CEU, a un costado de la Facultad de Filosofía, a entregar sus resultados electorales. Eso se convirtió en un festejo que duró toda la noche. El sol del día nos sorprendió escuchando hablar a Lore Manrique de los riesgos de la institucionalización del CEU.

En el caso de la representación de los docentes, la elección quedó así: por parte del CAU, afín al CEU, entraron a la COCU Adolfo Gilly y Axel Didrickson de la licenciatura, Fausto Nava y Arturo Delgado del bachillerato. Por parte del Frente Académico Universitario (FAU), cercano a Rectoría, entraron Máximo Carvajal, Elvia Campuzano, José Sanginés, Rogelio Escartín, Isidoro García, Jorge Cortés, Carlos Rosales y Carlos Oronoz.

CEU, crónica de una victoria

De los investigadores entraron Rafael Pérez Pascual, Arturo Warman y José Ruiz de la Herrán, de Academia Universitaria. Y de la Planilla Universitaria de Investigación entró Felipe Lara Rosano.

Dos planillas de estudiantes, dos planillas de docentes, dos planillas de investigadores. Signos de la polarización.

Por su parte, los trabajadores universitarios eligieron a Evaristo Pérez Arreola, Nicolás Olivos Cuéllar, Pedro Pablo Bardales, Raúl Méndez Espíndola, Adrián Pedrozo Castillo, Agustín Rodríguez Fuentes, Luis Bravo Pérez y Alma Ortega.

Y el Rector, a su vez, designó a Mariano Bauer, Ignacio Cabrera González, Ponciano del Castillo, José Manuel Covarrubias, Ricardo Montes de Oca, Benjamín Ruiz Loyola, Alma Teresa Vallejos y Enrique Villanueva.

A estos 48 se sumaron los 16 Consejeros Universitarios de la CECU para hacer un total de 64 integrantes de la Comisión Organizadora del Congreso Universitario, COCU.

Instalación y ruptura de la Comisión Organizadora del Congreso Universitario

La COCU se instaló un 7 de enero de 1988. Sus primeras reuniones fueron tediosas y pastosas. Como todo se tenía que decidir con una mayoría calificada de 75% era muy lento su proceso de toma de acuerdos. Sus reglamentos internos eran redundantes y minuciosos, pues, al decir del re-

presentante institucional, Jorge Madrazo “hay un principio jurídico que dice: más vale que zozobre y no que fa-falte”.

En unos días, sin embargo, la COCU se vio atravesada por las tensiones políticas internas y externas a la UNAM.

Por un lado, la Comisión tenía un peso político que jamás un órgano de gobierno había tenido, ahí estaban todos los sectores y la mayoría de ellos con una copiosa votación.

Por otra parte, la resistencia de la Rectoría a reconocer la nueva realidad de la Universidad estaba generando tensiones en diversas facultades y escuelas.

Pero por encima de todo, se avecinaba una tormenta nacional que tenía muy nerviosas a las autoridades.

El 2 de febrero se publica el desplegado titulado “Por un candidato único de la oposición”, que en realidad era un apoyo a la candidatura del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, y estaba firmado por casi todos los representantes del CEU, CAU y STUNAM en la COCU.

El 3 de febrero cientos de estudiantes de la Facultad de Ciencias Políticas, encabezados por Carlos Imaz, Elí Aguilar y Ulises Lara se llevaron el escritorio del recientemente designado director, Ricardo Méndez Silva, a las puertas de la torre de Rectoría, como señal de desconocimiento. También continuaba la tensión en la Escuela Nacional de Trabajo Social.

El 8 de febrero, en la reunión de la COCU, José Manuel Covarrubias, en representación del Rector presenta un documento en el que plantea la preocupación por la serie de acontecimientos que vienen sucediendo en la UNAM. En la misma sesión, Imanol Ordorika contesta con un discurso durísimo contra el Rector Jorge Carpizo, al que llama “provocador, policía y pro-vida”.

CEU, crónica de una victoria

El 10 de febrero, el bloque institucional, en voz del licenciado Jorge Madrazo, anuncia su retiro de la COCU, usando como pretexto el discurso de Ordorika, para tratar de obstaculizar la realización del Congreso. Como respuesta, el CEU inicia una huelga de hambre, en la que participan el propio Ordorika, Carlos Imaz, Antonio Santos, Adolfo Llubere, Agustín Guerrero y Leobardo Ordaz. El 16 de febrero el CEU concluye la huelga de hambre y convoca a paros escalonados, a una marcha para el día 25 de ese mes y a una consulta a las bases sobre la posibilidad de ir a huelga a partir del 26 para exigir el regreso de las autoridades a la COCU y el respeto al Congreso.

En medio de la lucha por aumento salarial, Academia Universitaria critica la intransigencia del CEU y Rectoría y convoca a reanudar sesiones de la COCU. El STUNAM se pronuncia de manera similar: 39 comisionados convocan a los otros 25 que se retiraron a regresar a la Comisión.

El 25 de febrero las asambleas del CEU resuelven no estallar la huelga y el 7 de marzo reanuda sus trabajos la COCU. El bloque institucional se ve obligado a regresar. Esto permitió discutir el primer paso hacia el Congreso: la realización de los Seminarios de Diagnóstico en cada centro, instituto, escuela, dependencia y facultad. Los comisionados más duros, afines a las autoridades, encabezados por Máximo Carvajal, bloqueaban el acuerdo para los Seminarios de Diagnóstico. El comisionado del CEU, Alberto Monroy, tuvo que decirle: “¡Es lo mínimo, Máximo!”.

El 25 de marzo el pleno de la COCU aprueba la convocatoria a la realización de los Seminarios de Diagnóstico en cada una de las escuelas, centros e institutos de la

Universidad, mismos que se realizarán del 6 al 17 de junio, como etapa preparatoria y previa de los Foros Locales y el Congreso mismo. La tormenta en la COCU había amainado por el momento.

Los Seminarios de Diagnóstico

A lo largo de 1988 sólo se ha dado un paso hacia el Congreso Universitario: los llamados Seminarios de Diagnóstico. Para la Rectoría esto forma parte de su estrategia de tortuguismo. Pero la comunidad aprovecha el espacio generando en cada escuela, instituto y centro de trabajo, miles de ponencias para afianzar el camino hacia el evento anhelado.

En la *Prepa 7*, el profesor José Castillo Ferreras es el gran personaje de nuestro Seminario. Con su formación erudita refuta a los conservadores una y otra vez. En medio de las discusiones un profesor de la derecha cuestiona el lenguaje del CEU y sus "groseras consignas" en marchas y mítines. Y el profesor Castillo Ferreras se da vuelo citando al poeta Jaime Sabines: "¡A la chingada las lágrimas!, dije, / y me puse a llorar/ como se ponen a parir/ ¡A la chingada la muerte!, dije, / sombra de mi sueño, / perversión de los ángeles, / y me entregué a morir / con una piedra al río, / como un disparo al vuelo de los pájaros...".

El profesor de la derecha atacó nuevamente afirmando que los estudiantes tomaban cervezas en los planteles de la UNAM, estando prohibido por el Estatuto Universitario. Ferreras reviró diciendo que efectivamente estaba

CEU, crónica de una victoria
prohibido ingerir bebidas con alcohol y que la autoridad universitaria servía “vinos de honor” en innumerables ceremonias universitarias. El profesor de derecha no volvió a hablar.

Los ceuístas cuestionaron la currícula rígida de la Escuela Nacional Preparatoria y la falta de materias novedosas y metodológicas como las existentes en los CCHs. También fue duramente criticada la disposición de los salones, con altas tarimas para el profesor y pupitres atornillados al piso para los alumnos, así como la persistencia de métodos de enseñanza autoritarios basados en la vieja tradición del *magister dixit lex* (lo que diga el maestro es la ley).

Los Seminarios de Diagnóstico permitieron cierta movilización intelectual de las comunidades, y arrojaron muchos datos, entre otros:

– Los investigadores no hacían docencia y los docentes no investigaban.

– La Universidad estaba organizada sobre las viejas profesiones y oficios y no en grandes áreas del conocimiento.

– Las preparatorias y muchas facultades mantenían las viejas estructuras pedagógicas autoritarias.

– La Universidad no tenía presupuesto suficiente y la alta burocracia consumía muchos recursos en actividades o funciones no académicas.

– Las bibliotecas de las escuelas eran pequeñas e inaccesibles.

– Los estudiantes tenían una representación muy reducida en los consejos internos, técnicos y universitario.

– La estructura de gobierno de la UNAM era autoritaria y anquilosada y la Ley Orgánica en que se sustentaba era de 1945.

– Muy pocos profesores eran de carrera. Abundaban los profesores de asignatura y una gran cantidad de ellos eran interinos.

– Los planes y programas de estudio, estaban atrasados, rezagados.

– La universidad no estaba incorporando a gran escala las nuevas tecnologías como la telemática, la informática, la robótica y otras.

– No había apoyo institucional para la llamada curricula oculta: conciertos musicales, grandes exposiciones, presentaciones de libros, conferencias organizadas por alumnos, discusiones en cafeterías, cineclubes, etc.

– Los salarios de los profesores estaban pauperizados.

– Convivía una universidad de primer mundo (institutos de investigación) con una universidad de tercer mundo (CCHs, ENEPs).

– Las viejas formas de titulación (tesis) hacían muy lento el proceso de egreso de los alumnos.

El proyecto de nación: la alianza del movimiento estudiantil con Cuauhtémoc Cárdenas

Hacia finales de 1987 en el CEU predominaba una postura abstencionista en relación con los procesos electorales

CEU, crónica de una victoria constitucionales. Dentro de la llamada *corriente hegemónica* había militantes de numerosas organizaciones políticas, pero sólo el PRT y el PMS (antes PSUM) tenían una postura de abierta participación electoral. El PRT estaba postulando a Doña Rosario Ibarra de Piedra como su candidata a la Presidencia de la República y el PMS, a Heberto Castillo. Militantes de otras organizaciones políticas, sin registro y sin participación electoral abierta y formal, como ORPC, CC-7, Rumbo Proletario, PRS, MLP, etc., no apoyaban ninguna candidatura presidencial.

Del lado de los brigadistas, predominaba totalmente el abstencionismo activo, la condena de los procesos electorales como farsa electoral.

Pero la emergencia de Cuauhtémoc Cárdenas vino a cambiar todo. Seguidores de Heberto Castillo y Rosario Ibarra, abstencionistas moderados y radicales, adversarios del CEU cercanos al llamado *priísmo progresista*, académicos de la vertiente institucional; muchos de todos lados terminaron atraídos e inclinados hacia su propuesta. Todas las fuerzas universitarias sufrieron reacomodos y rupturas.

Carlos Imaz había declarado, apenas unos meses antes, en una entrevista: “no se puede tener confianza en la Corriente Democrática del PRI”. A finales de 1987 yo mismo pensaba votar por Doña Rosario Ibarra, mujer de gran honestidad y compromiso con el movimiento social.

Y es que, hasta septiembre de 1987, la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo e Ifigenia Martínez estaba en el PRI. Era interesante su desafío interno, su propuesta de elegir democráticamente al candidato presidencial del PRI, así como su reivindicación

del ideario popular y nacionalista de la Revolución Mexicana frente al neoliberalismo del gobierno de Miguel de la Madrid. Pero la percepción dominante era que una vez que se decidiera la candidatura del partido en el poder la Corriente Democrática sería reabsorbida y desaparecería en cumplimiento de la tradicional disciplina oficialista.

Una mañana de octubre Ordorika me llamó para recordarme de una reunión del CEU, pero de pasada aprovechó para decirme: “acaban de destapar a Carlos Salinas de Gortari como candidato del PRI, es el más tecnócrata y entreguista, se ve que los *gringos* presionaron mucho. Todo se va a poner más difícil para la UNAM y el CEU”.

Después de ese destape, Cuauhtémoc Cárdenas sacude al sistema al abandonar el PRI. Se postula por el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) a la presidencia de la República. A su candidatura se sumarán el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN).

La amenaza que representaba Salinas a todo lo social, lo público y lo nacional y la ruptura de la Corriente Democrática con el PRI mueven todo el escenario y todas las posiciones políticas.

Al comenzar 1988, muchos universitarios ya estaban decididos a apoyar a Cuauhtémoc Cárdenas. Así, circuló un texto titulado: “Por un candidato único de la oposición”, promovido en realidad por quienes apoyaban a Cuauhtémoc. Roberto Solís, uno de los estudiantes de Filosofía que apoyó la campaña de Raúl Jardón en 1982, me llevó el documento para firmarlo. Lo firmé junto con muchos ceuístas y se publicó el 2 de febrero. Santos, Ordorika e Imaz,

también los dirigentes del STUNAM como Evaristo Pérez Arreola y Nicolás Olivos Cuéllar, sus opositores internos como Armando Quintero y Luis Bravo y muchos académicos lo signaban. El movimiento universitario se estaba definiendo con Cárdenas, y se convertiría en la principal presión para que otras fuerzas lo apoyaran.

El movimiento estudiantil, sin utilizar el nombre del CEU, invitó a Cárdenas a la UNAM. Las autoridades pusieron el grito en el cielo, dijeron que eso violentaba la autonomía universitaria, y mordiéndose la lengua afirmaban que no podían entrar políticos a la UNAM. El 28 de abril de 1988, el rector Jorge Carpizo emitió un mensaje en el que llama a los partidos políticos a ser respetuosos del ámbito de la Universidad. Era en realidad un rechazo a la visita de Cárdenas al campus. Su reiterado discurso apoliticista contrastaba con la filiación priísta de sus colaboradores y con la disciplina que él mismo mostraba hacia el gobierno federal. Y contrastó aún más después, con el destino político de él y de todo su equipo. Jorge Carpizo fue comisionado de Derechos Humanos, procurador y secretario de Gobernación con Salinas de Gortari. Jorge Madrazo también fue comisionado de Derechos Humanos y procurador. Mario Ruiz Massieu fue subsecretario de Gobernación, embajador en Dinamarca y subprocurador. José Narro Robles fue años después, presidente de la Fundación Colosio del PRI y actualmente es secretario de Salud con Enrique Peña Nieto. Nada apolítico ni apartidista el grupo.

La Rectoría mandó llenar la Ciudad Universitaria de carteles y pintas que rechazaban la visita de Cárdenas. Fue contraproducente. Los que no sabían se enteraron que ahí

estaría y la expectativa creció. En los hechos, la Rectoría catapultó la convocatoria. El 26 de mayo de 1988 decenas de miles acudieron a la explanada. El movimiento estudiantil se conectaba con la coyuntura nacional y ampliaba su círculo de alianzas internas y externas. Ordorika reivindicó ahí “el alegre desmadre juvenil” y “la República ceuista”.

Era un pacto Cárdenas-CEU por la educación superior pública y gratuita. Era también un pacto de los universitarios con la izquierda mexicana, que dura hasta nuestros días.

Era asimismo la primera vez que un movimiento estudiantil apoyaba una candidatura a la Presidencia de la República. El movimiento que defendía el derecho social a la educación pública se encontraba así con el hijo del Presidente que más defendió lo social y lo público en la historia de México. Era un encuentro político. Era un encuentro de símbolos.

Ese acto provocó la declinación de Heberto Castillo en favor de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano unas semanas después.

En los días siguientes, en los pasillos de la COCU, entre broma y broma, Imaz le dijo a Jorge Madrazo: “ahora los tenemos sitiados, estamos por dentro y por fuera”.

Como ominosa premonición universitaria el 2 de marzo y el 9 de junio de 1988 se vivieron las elecciones más sucias en la historia de la Facultad de Derecho, como veremos más adelante. Por la vía del fraude y la violencia fueron impuestos los consejeros estudiantiles, técnicos primero y

CEU, crónica de una victoria
universitarios después, por la Dirección del plantel. El partido de Estado sí estaba dentro de la UNAM, como lo sostendría Luis Javier Garrido. Unos días más tarde, por la vía del fraude sería impuesto en la Presidencia de la República, Carlos Salinas de Gortari.

El 6 de julio de 1988 fui a votar por la mañana. En mi colonia, la Niños Héroes de la delegación Benito Juárez, donde siempre ganaba el PRI, la gente comentaba que había votado por Cárdenas. Y ya a medio día cundía la versión de que había triunfado con el apoyo de soldados, petroleros, ejidatarios, burócratas del gobierno, estudiantes del IPN y la UNAM, priístas nacionalistas, damnificados de los temblores de 1985, etc.

De ahí me trasladé con un grupo de compañeros ceuístas a La Ciudadela. Esperábamos que dieran las 6. Apenas y comimos cualquier cosa. Andábamos cerca de Gobernación. Nos enteramos que el primer corte daba ventaja a Cárdenas, y de que se cayó el sistema de conteo computarizado. Había mucha gente en las calles. Por la noche se sabe que reinició el cómputo y que Carlos Salinas de Gortari ya tenía ventaja. “Se quieren robar la elección” comentan los transeúntes. Pronto, casi de la nada, comienzan a realizarse pequeñas marchas por doquier, organizaciones urbanas, estudiantes y ciudadanos espontáneos caminan sobre un costado de la Alameda coreando: “¡El pueblo votó, y Cárdenas ganó! ¡Salinas pelón, se roba la elección!”. Y burlándose de los sufragios prometidos para Salinas por el líder de la CTM, Fidel Velázquez, se gritaba: “¡20 millones, ja-ja-ja!”.

Días después se reúne la plenaria del CEU y acuerda participar en la lucha post electoral. La ciudad está alzada pacíficamente. Hay movilizaciones todos los días. Miles de ceuístas se desparraman por todos lados, pintan bardas con espray, hacen pequeños mítines. Aun en las cifras oficiales, Cárdenas ha ganado en el D.F. con amplia mayoría. Dos movimientos sociales han sido claves para la victoria en la capital: las organizaciones urbano populares surgidas de los temblores de 1985 y el CEU de 1986-87. Asistimos al Zócalo con Cárdenas el 12 de julio. También se realiza un gran acto en la explanada de Rectoría el 18 de agosto. Es la lucha abierta contra el fraude y el despojo.

Sin embargo, dos días después del acto en Ciudad Universitaria viene el terror. Cuatro jóvenes cardenistas son asesinados en la Ciudad de México: Ernesto del Arco Parra, 18 años, del Colegio de Bachilleres; José Luis García Juárez, 17 años, Vocacional 3; Jesús Ramos Rivas, 16 años, secundaria y Jorge Flores Ramos, 17 años, secundaria. Se encontraban repartiendo propaganda contra el fraude electoral en el momento en que fueron secuestrados. El miedo nos llega hasta los huesos. Se siente cerca la oscuridad. Jóvenes estudiantes cardenistas capitalinos es casi sinónimo de ceuístas. El mensaje es aterrador.

Pero aún así, el 2 de octubre de 1988, a 20 años exactos de la matanza, miles de ceuístas marcharon hacia Tlatelolco con Cárdenas, quien habla desde el edificio en el que hablaron los líderes estudiantiles de 1968. La lucha por la libertad y la lucha por el sufragio libre son parte de la misma lucha por la democracia.

La lucha post electoral continúa a lo largo de 1988. En ese contexto inicia la sucesión de Rector en la UNAM. El 18

CEU, crónica de una victoria
de septiembre de 1988 el CEU publica un documento en el que demanda un proceso abierto y público, con nombres y proyectos de los aspirantes. Y el 3 de octubre STUNAM, CAU y CEU proponen en la COCU, que Foros Locales y Congreso sean calendarizados para febrero y marzo de 1989. "Las fechas organizan", dice Nicolás Olivos.

El 6 de octubre los consejeros universitarios ceuístas envían una carta al Rector Jorge Carpizo demandando nuevas elecciones en las facultades de Derecho e Ingeniería. El 13 de ese mismo mes, la sesión del Consejo Universitario es suspendida por la confrontación a gritos entre consejeros del CEU y porros de la Facultad de Derecho.

El 18 de octubre, el FAU, encabezado por Máximo Carvajal, máximo exponente del ala dura de la derecha universitaria con sede en la Facultad de Derecho, anuncia otra vez su retiro de la COCU, poniendo como pretexto los acontecimientos en el Consejo. Sorpresivamente, dos días después, Academia Universitaria deja de asistir a la COCU. El 26 de octubre la Junta de Gobierno de la UNAM hace público que se abre el proceso de auscultación para la sucesión de rector, que será del 31 de octubre al 30 de noviembre. El Doctor Jorge Carpizo anuncia que no buscará la reelección. Y el 29 de octubre los comisionados institucionales también anuncian que no regresarán a la COCU.

El 1º de noviembre estalla la huelga del STUNAM para demandar aumento salarial. Con las sesiones de la COCU suspendidas y la huelga laboral en la UNAM se consuma la usurpación de Carlos Salinas el 1º de diciembre de 1988. El 13 de diciembre la Junta de Gobierno designa como rector de la UNAM al Doctor José Sarukhán Kermez. El nuevo

rector se pronuncia a favor de realizar el Congreso Universitario y de aumentar el presupuesto de la Universidad, asimismo, propone “academizar” a la UNAM.

Terminaba 1988. La relación de la UNAM con la nación y el Estado se había transformado.

El 5 de mayo de 1989 se formó el PRD, a convocatoria de Cuauhtémoc Cárdenas. En diciembre de ese año se forma su Comité Universitario. Casi todos los grupos políticos de la izquierda universitaria pasaron a formar parte de esta nueva fuerza política, en un dialéctico proceso que por un lado unificó y por otro dio continuidad a las viejas estructuras grupales dentro del nuevo partido. Así, grupos como ORPC, CC7, MRP, MLP, ORP, una parte del PRT, PMS, OYRLM; así como las viejas identidades del MAP, el PCM y la Corriente Roja del STUNAM, llegan al PRD. En un hecho inédito, en este partido estarán casi todos los grupos que se reivindican como *de izquierda* o *democráticos*, atravesando incluso las divisiones políticas tradicionales de la propia Universidad. Los militantes del PRD estarán tanto en el campo del CEU, como en el de las autoridades; dentro del CEU, en el grupo dirigente y en sus disidencias internas, moderadas y radicales; en los sindicatos, tanto en el STUNAM como en las APAAUNAM; dentro del STUNAM, tanto en la corriente dirigente, como en su oposición.

La ruta hacia el Congreso y los reacomodos políticos en la Universidad

A lo largo de 1988 va a ocurrir un fuerte reacomodo político al interior de la UNAM. Todos los actores sufren rupturas y entablan nuevas alianzas.

Agustín Guerrero y Víctor Virueña, que llegaron a la COCU impulsados por una parte de los llamados *brigadistas*, se alían con los dirigentes históricos del CEU, a partir de la huelga de hambre del 11 de febrero realizada cuando la Rectoría abandonó la COCU.

Por otro lado, la decisión de Antonio Santos, Adolfo Gilly y otros dirigentes del PRT de apoyar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, no es compartida por todos en ese partido. Se quedan apoyando a Rosario Ibarra de Piedra militantes ceuístas como Maru de la Garza, María Luisa Ceja, Julio Muñoz, Gabriel Ramírez y otros.

Otro grupo que toma forma propia durante este año es el que comienzan a integrar los militantes del PMS, Nueva Democracia y otros. Esta ala del CEU logra importantes triunfos en las elecciones de Consejeros Universitarios estudiantiles: Miroslava García y Jorge Mondragón ganan en la Escuela Nacional Preparatoria, Mónica Ugarte y Guadalupe Rodríguez en el CCH, Martín Beltrán en la Facultad de Química, Ricardo Becerra en la Facultad de Economía, Fidel Astorga y Lino Contreras en la Facultad de Filosofía, Adriana Hernández y Gabriel Pérez Rendón en la Facultad de Medicina, Ulises Lara en la Facultad de Ciencias Políticas, entre otros. Todos estos consejeros, junto con Fabrizio

Mejía, Alberto Monroy, David Gaxiola, Francisco Deceano, Max Mejía, Lenia Batres, Miguel Chelius, Marco Levario, Ciro Murayama, Mauricio López, Luis Manuel Labra, Patricia González, Jorge Calzado, Gerardo Rangel, Alejandro Díaz-Domínguez, Jaime Ramírez Garrido, Luis Humberto Garza, Javier Arteaga, María Rubio Carriquiriborde, Sergio Pérez, el que esto escribe y muchos más, nos reunimos en un Seminario para la Reforma Universitaria, conducido por Olac Fuentes Molinar, y en el que participaron también otros expertos en temas educativos como Germán Álvarez, Manuel Gil Antón y Rollin Kent.

Este conglomerado formará la *corriente por la reforma universitaria* meses después. Su idea era prepararse para el Congreso, retomar la iniciativa estudiantil en los temas universitarios y elaborar una propuesta de reforma académica. Se consideraba que la lucha política nacional y contra la imposición autoritaria de directores de escuelas y facultades no debía llevar a olvidar la lucha transformadora de las estructuras de la Universidad. Hay, además, inconformidad por lo que se consideran excesos de centralización de las decisiones y falta de inclusión de nuevos liderazgos por parte de la fuerza dirigente, que ya no es denominada *corriente hegemónica* sino *corriente histórica* o de los *históricos*.

El Dr. José Sarukhán toma posesión como rector el 2 de enero de 1989 ante el Consejo Universitario. A nombre de los 33 consejeros ceuístas habla Mireya Imaz. El formato de dicha ceremonia expresa simbólicamente la polaridad y las bases del equilibrio que vive la UNAM.

CEU, crónica de una victoria

Sin embargo, la recomposición de fuerzas continúa. El 8 de enero, el rector nombra a sus representantes ante la COCU: Dr. Mariano Bauer, Lic. José Blanco, Ing. José Manuel Covarrubias, Dr. Claudio Firmani, Dr. Jaime Litvak, Mtra. Leonor Ludlow, Lic. Alicia Reyes y Sr. Hugo Setzer.

El 9 de febrero se reúne el Consejo Universitario. Se permite que hablen decenas de estudiantes contra el fraude electoral en la Facultad de Derecho. Todos los que quisimos nos anotamos. El estudiante Gunnar Helmund Egurola, habla con dramatismo de la opresión en Derecho, que incluso provoca úlceras a los estudiantes por la tensión y el estrés. Describe a José Dávalos como un monstruo y el presidente del Consejo, José Sarukhán lo para y le exige respeto. El CEU propone que se repitan las elecciones de consejeros en esa dependencia. Los directores cierran filas para votar en contra, pero algunos se abstienen, negándole el aval a Dávalos, entre ellos el director de la Facultad de Química, José Francisco Barnés de Castro.

Asimismo, se nombra una Comisión Investigadora sobre el espionaje en la UNAM. En dicha comisión participan por parte de las autoridades, David Pantoja y Manuel Barquín, y por parte de los estudiantes, Ulises Lara y Ricardo Becerra, quienes van a encabezar una lucha contra estos aparatos de "inteligencia".

El 6 de marzo de 1989, Lenia Batres, Carlos Cruz, Miroszlava García y un servidor fuimos atacados y golpeados por *porros* de la Preparatoria 5. Mientras repartíamos propaganda de las elecciones de Consejeros Técnicos, fuimos sacados a patadas del plantel y sometidos a puñetazos; el parabrisas del Volkswagen en el que llegamos fue estrella-

do. El asunto lo presentamos ante el Consejo Universitario, el cual acordó remitir a los agresores al Tribunal Universitario, en el que fueron procesados y expulsados. El principal agresor era conocido como *El Tragabalas*, y otro de ellos, como *El Nazario*, un tipo que medía aproximadamente 2 metros cúbicos.

Estos tres asuntos fueron aprovechados por el nuevo rector para dismantelar la red de funcionarios, espías y *porros* tejida durante el carpicismo.

El Consejo Universitario le dio un plazo a la COCU para culminar sus trabajos en el mes de septiembre y nombró a nuevos representantes ante dicha comisión. Por parte del CEU entran Ulises Lara, Guadalupe Rodríguez, Adriana Hernández, Martín Beltrán, Mireya Imaz, René Ceceña y Maru de la Garza. Salen Antonio Santos, Alberto Monroy y José García. Por parte del STUNAM entra Armando Solares en sustitución de José Luis Gutiérrez Calzadilla.

El 22 de febrero, en un giro inesperado, Evaristo Pérez Arreola renuncia a la Secretaría General del STUNAM y se va como asesor de Carlos Salinas. Nicolás Olivos lo reemplaza al frente del Sindicato. Y Rito Terán lo sustituye en la COCU.

Arturo Warman renuncia a la COCU y también se va como funcionario del gobierno de Carlos Salinas. Entra en su lugar Sergio Zermeño.

El 22 de abril de 1989, Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Antonio Santos anuncian su retiro de la dirigencia del CEU. Y el 22 de junio se constituye la *corriente por la reforma universitaria* como expresión al interior del CEU. Sus integrantes buscaban ser un relevo para la conducción de la

CEU, crónica de una victoria
organización estudiantil. Pero la constitución formal de la corriente dificultó concretar ese objetivo. Aparecen como representantes de una parte, no del todo.

El concepto de hegemonía en Gramsci y el CEU

El CEU es todo un fenómeno político de poder social que permite analizar con precisión el concepto de hegemonía. La dirección de este movimiento es, con rigor conceptual, hegemónica. No siempre va a tener la mayoría de los representantes en la plenaria del CEU; jamás va a tener mayoría en el Consejo Universitario; y tampoco tendrá la mayoría de los delegados al Congreso. Pero nunca deja de tener la hegemonía del proceso. No se presenta como un grupo del CEU sino como "El CEU". Conduce a las diferentes fuerzas hacia un objetivo, obtiene el consenso de los estudiantes, tiene el reconocimiento de la opinión pública, logra involucrar en su proyecto y trayecto a sus adversarios internos y externos. Se trata de un grupo compacto que dirige a otros grupos. No busca excluir o destruir a sus oponentes, sino dirigirlos. No quiere tener a moderados o radicales fuera del CEU, sino dentro. No pretende sacar a las autoridades de la COCU o del Congreso, sino mantenerlas en esas instancias para comprometerlas. Convince o presiona de acuerdo a cada situación.

Logra aglutinar a todos los grupos del movimiento estudiantil de la UNAM en el CEU. Lo hace con iniciativas políticas de avanzada, colocándose siempre adelante, para

obligar a los demás a definirse. Articula alrededor del CEU a las otras organizaciones sociales de la UNAM: STUNAM, CAU, y a veces AU y hasta AAPAUNAM. Construye una coalición afuera de la UNAM con organizaciones como el SITUAM, el SME y hasta las Asambleas de Barrios y Uniones Populares. Consolida una alianza con la insurgencia nacional cardenista. Y con toda esta amplia constelación hace de la idea de Universidad Pública, Gratuita y de Calidad Académica una idea dominante que se convierte en sentido común de las masas universitarias.

La hegemonía no es control burocrático o uso de la fuerza. La hegemonía es, ante todo, dirección política, articulación de alianzas, consenso social y predominio cultural.

Dice Antonio Gramsci: "La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como dominio y como dirección intelectual y moral. Es dominante respecto de los grupos adversarios que tiende a someter...y es dirigente de los grupos afines o aliados". También afirma que: "La hegemonía es la capacidad de dirección, de conquistar alianzas, la capacidad de proporcionar una base social al Estado proletario. En este sentido se puede decir que la hegemonía se realiza en la sociedad civil..." Al analizar el pensamiento de Gramsci, José María Laso Prieto señala ideas como las siguientes: "no interesa el momento de la fuerza sino el del consentimiento; la lucha de clases no tiene lugar enfrentando exclusivamente a una clase contra otra... sino mediante el choque de dos constelaciones de fuerzas. Cada una de ellas está constituida por una clase fundamental y otras clases o capas sociales articuladas en una coalición más o menos sólida"; "la concepción del mundo de la clase domi-

CEU, crónica de una victoria
nante ha sido popularizada y se ha vuelto sentido común”;
“la conquista del poder no es sólo la conquista del aparato
coercitivo de la sociedad política, sino antes que nada la
conquista del consenso de las masas”.

En plena efervescencia del movimiento de Cuauh-
témoc Cárdenas, algún activista abstencionista reclamó a
Imaz su repentino cardenismo. El dirigente ceuísta le con-
testó: “no somos cardenistas, somos gramscianos”.

La idea de la reforma universitaria

Al cumplirse 60 años de la autonomía, el 20 de junio de
1989, el CEU rindió homenaje a Alejandro Gómez Arias, di-
rigente del movimiento estudiantil que conquistó la auto-
nomía universitaria en 1929. Los líderes del CEU recorda-
ron en ese contexto que “fue un movimiento estudiantil el
que logró la autonomía en 1929, un movimiento estudiantil
logró el pase automático en 1966 (el primer CEU) y un mo-
vimiento estudiantil logró la libertad política que tenemos
en 1968, un movimiento sindical logró llevar a la Consti-
tución la autonomía y el autogobierno universitarios”. Ese
acontecimiento permitió reafirmar la importancia de los
procesos de *reforma universitaria*.

A mí, en lo personal, me cautivaba la idea de la *reforma uni-
versitaria*. Consideraba que era en la parte propositiva en

la que el movimiento estudiantil podía dar su mayor aportación. Leía que los diversos movimientos estudiantiles en los estados de la República Mexicana de los años 70 habían logrado *reformas universitarias*; y que el proceso de lucha por la autonomía universitaria en Sudamérica era denominado *reforma universitaria* y conducido por estudiantes de izquierda. En casa de mis padres había una biblioteca de varios miles de volúmenes y la mayor parte de estos eran libros sobre temas educativos y pedagógicos. Había libros de Makarenko, Montessori, Freire, historias de luchas magisteriales, textos sobre la formación de maestros, diagnósticos sobre la educación en México, estudios sobre la educación socialista en la época de Lázaro Cárdenas, críticas al autoritarismo de los maestros, etc. Mis padres, Cuauhtémoc Batres y Rosario Guadarrama, habían estudiado en la Escuela Normal Superior y mi madre, además, había estado en la primera generación de maestría de la Universidad Pedagógica Nacional.

Al calor del movimiento leí *El autoritarismo en la escuela*, de Alberto Alberti y otros. La obra expresa con elocuencia magistral que los métodos de enseñanza autoritarios transmiten pautas de conducta y patrones culturales de sumisión que reproducen un sistema de dominación. Leí también la *Historia de la Universidad Nacional*, de don Jesús Silva Herzog; *Los días y los años*, de Luis González de Alba; el magnífico libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*; *Educación y política en México*, de Olac Fuentes; *Universidad, burguesía y proletariado*, de Alfredo Tecla, y también un libro llamado *20 años de movimiento estudiantil reformista 1943-1963*, sobre la lucha encabezada por estudiantes de izquierda en las universidades de Argentina.

En 1984 conocí a un grupo de compañeros de la Universidad Autónoma de Puebla que participaban en el PSUM y venían del movimiento estudiantil de fines de los 60 y principios de los 70, que habían logrado la democratización y transformación de la UAP. Entre ellos, Luis Ortega Morales, Jesús Aroche, Rosa Márquez, Jorge Méndez, Ignacio Rosas, Samuel Malpica y otros. A ese proceso de los 70 le llamaron *reforma universitaria*. Luis Ortega fue candidato a rector de la UAP en 1981 y Samuel Malpica en 1987 llegó a serlo. En la UAP, en aquellos años, el Rector se elegía por voto universal, directo y secreto de todos los universitarios. Cuando se aprobaron las reformas de Carpizo, Ortega me insistió mucho en que me metiera fuerte y decididamente al movimiento estudiantil que se avecinaba.

El CEU abrió espacio para el pensamiento y la elaboración y desarrolló una faceta intelectual. De 1987 a 1990 proliferaron seminarios y círculos de estudio de ceuístas sobre el Estado, la educación, la reforma universitaria, la historia de la UNAM y otros temas.

A lo largo de su existencia surgieron decenas de periódicos y publicaciones como *ConCiencias Políticas*, *Avatares*, *Rebeldía*, *Tercera Llamada*, *El Colmillo del Sur*, *Transiciones*, *El Rollo*, *Regeneración*, *Alma Mater* y muchas más. Y circularon cientos de documentos de intelectuales, grupos políticos y universitarios sobre los temas de la reforma universitaria. *ConCiencias Políticas* fue una publicación editada al calor de la cresta del movimiento; en ella participaron estudiantes de Ciencias Políticas que años después destacarían en el periodismo, como Ivonne Melgar y César Jacobo Romero.

Las reformas de Carpizo eran en realidad *contrarreformas*. El camino abierto por el CEU con la conquista del

Congreso daba la oportunidad de un gran debate intelectual apoyado por la movilización estudiantil para una verdadera *Reforma Universitaria*.

Los acuerdos para la realización del Congreso Universitario

1989 fue un año de prolongadas e intensas negociaciones. La situación se tornaba más complicada para el CEU porque había reflujos, no había movilización estudiantil que presionara a la autoridad y las generaciones que vivieron el movimiento iban saliendo año con año. Por lo demás, la convocatoria al Congreso sólo podía salir por consenso en la COCU y ello implicaba necesariamente una negociación, un acuerdo entre las autoridades y el CEU.

El 5 de julio de 1989 se aprueba la agenda temática de 11 puntos para los Foros y el Congreso:

- I. Universidad y sociedad: la universidad del futuro.
- II. Formación académica y profesiones.
- III. Estructura académica de la UNAM.
- IV. Relaciones y métodos de enseñanza-aprendizaje.
- V. Ingreso, permanencia, promoción, titulación y nivel académico.
- VI. Infraestructura y condiciones materiales de estudio y para la labor académica. Los servicios académicos.
- VII. La carrera académica en la UNAM.
- VIII. Investigación.
- IX. Extensión, difusión y medios de comunicación universitarios.

- X. Gobierno, administración y legislación.
- XI. Patrimonio, financiamiento y presupuesto.

El 16 de agosto se aprueba incorporar la problemática de las Preparatorias Populares a la discusión del Congreso.

El 4 de septiembre se realiza el Foro de Transformación Académica en la Facultad de Economía como un Foro Resolutivo que reforma Plan y Programas de Estudio. Prácticamente fue el único de ese tipo.

El 19 de octubre sesiona el Consejo Universitario y da un plazo de un mes para que la COCU presente resultados. En esos días se filtra un planteamiento de Rectoría, que nunca hace formalmente, y en el que se proponía la siguiente composición del Congreso: 27.5%, estudiantes; 27.5%, docentes; 18.2%, investigadores; 8.8% trabajadores y 17.9% delegados *exoficio* (COCU y directores), para un total de 680 delegados.

El 8 de noviembre CEU, CAU y STUNAM presentan su propuesta sobre la composición del Congreso: 40%, estudiantes; 40%, académicos; 8%, administrativos y 12%, académicos de alto nivel designados por el Consejo Universitario.

Dos días después, las autoridades plantean que la representación en el Congreso sea así: 33% estudiantes, 33% docentes y 33% administrativos, entre los que estarían las autoridades y los investigadores.

El 22 de noviembre se presenta en la COCU un proyecto de composición del Congreso que desencadena el episodio más delicado y decisivo de todo el proceso de acuerdos que nos ocupa. Se propone lo siguiente: académ-

micos 37% de los delegados al Congreso; estudiantes, 37%; docentes, 37%; investigadores, 13%; trabajadores administrativos 6.5% y autoridades 6.5%.

Ese proyecto es respaldado por el bloque institucional, por los representantes del STUNAM, por los investigadores, por el académico del CAU, Axel Didrickson y por una parte de los estudiantes ceuístas: Ricardo Becerra, Ulises Lara, Adriana Hernández, Martín Beltrán, Guadalupe Rodríguez, Ricardo Gamboa, Agustín Guerrero, Víctor Virueña y el que esto escribe. Estos últimos argumentan que: “El Congreso no es una conquista sacrificable y que el CEU sin Congreso sería un CEU *ahistórico*. La aparición de la convocatoria al Congreso generará una expectativa distinta... tendremos la mejor oportunidad para proponer un Programa Universitario Global y Alternativo”. Enfatizaron además que “el 93.75% del Congreso estará formado por delegados electos, incluso un poco más que la última propuesta del movimiento democrático, en la que se daba hasta un 12% para los delegados designados”.

La mayoría de los integrantes de la COCU lo apoya, pero no llega a ser un acuerdo porque no alcanza el 75% de los votos.

Los ceuístas Andrea González, René Ceceña Álvarez, Adolfo Llubere Sevilla, Leobardo Ordaz Zamorano, Carlos Imaz Gispert, Mireya Imaz Gispert, Isabel Vizuet Díaz, Imanol Ordorika Sacristán y Yolanda Susana Cruz, así como los académicos del CAU Fausto Nava Muñoz y Arturo Delgado González, votan en contra, argumentando que “la propuesta rompe la composición integral del sector académico, pues separa a docentes e investigadores y rom-

pe la paridad entre académicos y estudiantes". Asimismo rechazan que la representación estudiantil baje más allá del 40% y que se excluya al Consejo Universitario de la designación de las autoridades que irán al Congreso.

El 29 de noviembre se alcanza finalmente, por unanimidad, el acuerdo de composición del Congreso: docentes, 37.5%; estudiantes, 37.5%; investigadores, 12.5%; trabajadores administrativos, 6.25% y autoridades, 6.25%. Las negociaciones se han destrabado.

El 6 de diciembre se aprueba en la COCU el calendario del Congreso: Conferencias Temáticas del 15 al 26 de enero, Foros Locales del 19 de febrero al 9 de marzo, elección de delegados del 12 al 23 de marzo y realización del Congreso del 14 de mayo al 4 de junio.

Durante los complejos procesos de negociación hay tres temas de intenso debate. Uno tiene que ver que la capacidad resolutoria de los Foros Locales que pide el CEU. Las autoridades se negaron rotundamente.

El otro tema tenía que ver con la paridad de la representación entre estudiantes y académicos. Así estaba compuesta la COCU y se había logrado esa paridad también en Consejos Técnicos de facultades como Economía, Filosofía, Ciencias Políticas, Ciencias y Arquitectura desde las luchas estudiantiles de los años 70. La autoridad se negó y sólo admitió paridad estudiantes-docentes añadiendo una representación adicional de investigadores.

Relacionado con el tema anterior estaba el punto de la proporción de estudiantes en el Congreso. Era evidente que la Rectoría buscaba disminuir todo lo posible su representación, pues eran estos el motor de los cambios democráticos y el dique para los planes privatizadores.

El debate de las propuestas académicas para el Congreso

El 15 de enero de 1990 comienzan las llamadas Conferencias Temáticas. 88 personalidades universitarias de alto nivel exponen su visión de la Universidad bajo la siguiente agenda: I. Universidad y Sociedad; II. Estructura Académica; III. Métodos de Enseñanza y Aprendizaje; IV. Carrera Académica; V. Investigación; VI. Difusión de la Cultura; VII. Presupuesto; y VIII. Historia de la Universidad y de la Reforma Universitaria.

Don Pablo González Casanova abre el ciclo de conferencias temáticas con una magistral exposición de la idea de “la democracia como cultura” que tiene en el diálogo su mejor ejemplo. Condenó además “la lucha ideológica neoliberal, privatizadora, partidaria de la reducción creciente de la inversión y el gasto públicos”. Llamó a “oponerse a cualquier política de grupos de la sociedad civil o del Estado que intente acabar con el carácter nacional de la Universidad, o busque una política de desnacionalización y privatización universitaria”. Pero también señaló: “es necesario aceptar que se dé mejor educación a un mayor número, y nunca que el acceso a la educación superior olvide las exigencias académicas”.

Le siguieron muchos más. Leopoldo Zea habló de la relación entre Universidad y política. Dijo que la Universidad y el partido político eran instituciones distintas, pero que la Universidad sí tenía una función política, pues “es la conciencia del por qué y para qué se enseña una profesión lo que hace que el universitario asuma la responsabilidad

CEU, crónica de una victoria
del conocimiento adquirido, así como su uso en relación con la sociedad que lo hace posible”.

Ruy Pérez Tamayo propuso que la Escuela Nacional Preparatoria, los CCHs y las ENEPs fueran separadas de la UNAM, para que ésta se redujera al *campus* de Ciudad Universitaria. En un artículo, publicado meses después, reitera su idea: La UNAM “se desprendería de las preparatorias y de los CCH... se convertirían en escuelas no sólo intermedias sino terminales, creando una variedad amplia y diversificada de opciones técnicas y profesionales. También dejaría libres a las ENEPs, que funcionarían como otras tantas universidades, ampliando el repertorio de posibilidades de estudio y preparación para los jóvenes”.

Alejandro Álvarez Béjar, defendió el tamaño de la UNAM y con la teoría de las escalas demostró que era más costoso sostener varias UNAM que una sola.

Luis Javier Garrido señaló que el partido de Estado estaba afectando a la UNAM, vulnerando su autonomía, sometiéndola a dictados políticos ajenos a su esencia académica.

Rafael Pérez Pascual afirmó: “En Francia, las universidades cuentan con un profesorado que es casi en su totalidad, de carrera o tiempo completo... siendo el trabajo de investigación el factor fundamental en su evaluación... Los alumnos al ingresar cursan el primer ciclo dentro de grandes áreas del conocimiento... Al aprobar este primer ciclo, ingresan al segundo, en el que progresivamente van especializando sus estudios... No hay selección para el ingreso a la Universidad”. Los alumnos de una Facultad pueden cursar materias en otras facultades, explicó.

Arnaldo Córdova afirmó por su parte: “Resulta incomprensible que quienes gobiernan al país, tecnócratas declarados y confesos que han hecho de la eficiencia tecnológica una religión y de la modernización su credo sexenal, no acierten todavía a comprender que sin la Universidad no habrá México ni eficiencia ni modernización. Muchos de ellos piensan que la UNAM debe desaparecer... Sueñan con un proyecto suicida: encomendar la educación superior a los privados y desarrollar la investigación en pequeños centros cupulares y elitistas que ya también aquí, en estas jornadas, algunos han venido a proponer... No sólo está en juego la viabilidad de la Universidad Nacional, sino sobre todo nuestra independencia científica y tecnológica. La Universidad ha acumulado durante casi setenta años una masa de talento... Ningún privado ni ninguna otra institución estarán en condiciones de sustituir a la Universidad... Con este Congreso tenemos la oportunidad de evitar esa locura y de salvar a nuestra Casa de Estudios”.

Nicolás Olivos Cuéllar, secretario general del STUNAM, exigió “que se cumpla con los acuerdos de la UNESCO para asignar el 8 % del Producto Interno Bruto a educación –pues hoy sólo se destina el 2.9– y aplicar en ese marco un 2% para educación superior, a la cual se canaliza sólo el 0.5%”.

Ernesto Barona señaló: “La privatización de la educación superior es muchísimo más que cuotas o matrícula, comprende estos aspectos pero abarca otros más trascendentales para el proyecto privatizador de largo plazo. No es gratuito que el gobierno y empresarios lancen toda una campaña ideológico-política en contra de las Instituciones

CEU, crónica de una victoria
de Educación Superior Públicas, satanizadas como formadoras de desempleados y a favor de las privadas, vistas como formadoras de profesionistas aceptables para el mercado de trabajo”.

Sergio Zermeño propuso un “contrato social de los universitarios” capaz de conciliar la idea de los derechos humanos individuales con la concepción de la voluntad popular soberana, las nociones de la libertad y la igualdad, el liberalismo con la democracia radical, la libertad de cátedra con la gratuidad de la educación.

También participaron como conferencistas Fernando Salmerón, Gilberto Guevara Niebla, Enrique Moreno de los Arcos, Carlos Monsiváis, Alberto Híjar, Jorge Alberto Manrique, Margo Glantz, Gonzalo Celorio, Marcos Moshinsky, René Drucker, Annie Pardo Semo, Manuel Peimbert, Ignacio Carrillo Prieto, Pablo Gómez, Manuel Pérez Rocha, Adolfo Sánchez Vázquez, Rolando Cordera, Carlos Muñoz Izquierdo, Ana María Cetto, Emilio Rosenblueth, Manuel Gil Antón, Juan Casillas, Daniel Cazés, Gastón García Cantú, Luis Gómez, Rafael Segovia, José Luis Ceceña, Enrique Krauze, Héctor Aguilar Camín, Julio Labastida, Ignacio Burgoa, Marcos Kaplan, José Woldenberg, Eli de Gortari, Olac Fuentes, Ángel Díaz Barriga, Rollin Kent, José Bazán y otros.

El 1º de febrero Cuauhtémoc Cárdenas es invitado por ceuístas a dar una conferencia en la UNAM, en la que afirma que en el Congreso se confrontarán dos proyectos de nación.

Al calor del Congreso, Raúl Carrancá y Rivas defiende la idea de que hay dos tesis en dicho evento: “la primera es la que quiere una universidad selecta –académicamen-

te — , en la que se conserven los instrumentos jurídicos de designación de las autoridades — sobre todo la Junta de Gobierno — y en la selección se reclame un promedio de calificaciones adecuado, revelador de conocimientos suficientes para optar por la vida universitaria (...) La otra corriente de pensamiento critica severamente los instrumentos de que hablo y enfoca sus baterías para... que nadie quede fuera, absolutamente nadie, por un principio de igualdad democrática... por encima del rigor académico”.

Salvador Martínez Della Roca, en una de las conferencias, y respondiendo preguntas de quienes añoraban a la universidad elitista dijo: “miren, para que haya crema y nata primero tiene que hervir mucha leche, para que haya una élite académica primero tiene que haber educación de masas”.

En el contexto de los preparativos del Congreso Universitario circularon en el *campus* cientos de documentos de colectivos estudiantiles, académicos, sindicales y políticos sobre las transformaciones propuestas para la Máxima Casa de Estudios del país.

Uno interesante por su actualidad, y por el vínculo que establece entre lo social y lo académico, es el que difundió la organización *En Lucha*, que entre otros puntos planteaba:

— Abolir el examen de admisión a bachillerato y licenciatura, para que no haya rechazados o excluidos de la UNAM.

CEU, crónica de una victoria

– Eliminar la Tesis como forma única de titulación por ser un cuello de botella que dificulta el egreso de los alumnos de la Universidad.

– Impulsar amplios programas de becas para todos los que lo requieran y/o soliciten.

– Crear comedores en todos los planteles de la UNAM.

– Editar y vender al costo o prestar durante largos períodos libros de texto.

– Posibilidad de que alumnos de una Facultad cursen materias en otras.

– Intercambio de profesores de distintas carreras.

– Sustituir el esquema de calificación por un sistema simple de A y NA, Aprobado y No Aprobado.

– Eliminar los números máximos para cursar una materia, una carrera o realizar un examen.

– Impulsar un papel más participativo del estudiante en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

– Acabar con las “compensaciones” y/o “sobresueldos” que las propias autoridades se otorgan a sí mismas.

– Abrir Radio-UNAM y TV-UNAM a la voz de movimientos sociales.

– Ofrecer de manera gratuita a la gente los servicios profesionales de las diversas Escuelas y Facultades.

– Establecer “Casas de la UNAM” en las zonas populares para la difusión de la cultura.

– Difundir de manera gratuita entre la población de bajos recursos las investigaciones de la Universidad.

Por su lado, la *corriente por la reforma universitaria* propuso, entre otros puntos los siguientes:

– Introducir, además de la cátedra, otras formas educativas como: el seminario, el grupo de estudio, el trabajo individual asesorado, los trabajos escritos, el laboratorio, las prácticas, los talleres, etc.

– Cursos modelo videograbados.

– Posibilidad de combinar libremente asignaturas en el sistema escolarizado y en el abierto.

– Formar equipos de profesores en lo horizontal (semestres) y en lo vertical (materias).

– Recuperación del salario de los profesores al nivel que tenían en 1980.

– Obligación de los profesores de seguir aprendiendo permanentemente con tiempos pagados para ello.

– Revisión por período de los planes de estudio más allá de los Consejos Técnicos.

– Diversificación y pluralidad de posiciones teóricas en el cuerpo magisterial.

– Poner topes al tamaño de los grupos.

– Diversificación de las formas de titulación.

– Crear la “Carta de los Derechos de los Estudiantes”.

– Definir un paquete de libros básicos por materia.

– Disolución de la Junta de Gobierno.

– Paridad estudiantes-docentes en los Consejos Técnicos.

– Creación del Colegio de Estudiantes, formado con todos los consejeros internos, técnicos y universitarios de los alumnos.

CEU, crónica de una victoria

– Creación de los Consejos Académicos como órganos intermedios entre el Consejo Universitario y los Consejos Técnicos con capacidad directiva hacia Facultades y Escuelas con disciplinas afines.

– Perfiles profesionales nuevos que involucren a más de una Facultad o Escuela.

En este marco, la Coordinación General del Autogobierno de la Facultad de Arquitectura, al frente de la cual se encontraba la destacada arquitecta María de Lourdes García Vázquez, quien ha desarrollado una muy importante labor en la asesoría de proyectos sociales urbanos en la Ciudad de México, emitió un documento en el que proponía para la Universidad los principios de su propia experiencia:

- Conocimiento de la realidad nacional.
- Vinculación popular.
- Diálogo crítico, crítica y autocrítica.
- Autogestión y praxis.

El 19 de febrero el CEU aprueba por consenso el programa que llevará al Congreso Universitario, el cual es titulado *Todo nuevo y para todos*.

Ese mismo día inician los Foros Locales en escuelas, facultades, institutos, centros y dependencias administrativas. Se presentan más de ocho mil ponencias. Los Foros Locales tuvieron resoluciones muy interesantes. Menciono algunos casos.

Por ejemplo, en la relatoría del Foro Local del CCH Naucalpan aparecen propuestas como:

– Incrementar la matrícula universitaria; terminar el proyecto de construir los 10 planteles del CCH.

– Impulsar y fomentar la discusión en los salones.

– Fomentar el autodidactismo.

– Abrir nuevas instalaciones para el trabajo y la convivencia.

– Aumentar el sueldo a los profesores.

– Rescatar el principio de aprender a aprender y aprender a hacer.

– Combatir el enciclopedismo.

– Fomentar el trabajo en equipo.

– Respetar las opiniones de los alumnos.

– Lograr que los profesores sean guías y no repetidores de libros.

– Aumentar y considerar la currícula implícita u oculta.

– Evaluar semestral o anualmente a los profesores por los alumnos.

– Seleccionar profesores mediante examen de oposición.

– Realizar seminarios y ferias del libro; así como prácticas de campo.

– Crear librerías en todas las escuelas y facultades.

– Dotar a los profesores de un fondo especial para la adquisición de libros; y que la UNAM edite textos básicos.

– Crear guarderías para los hijos de las alumnas, trabajadoras y profesoras y dotar a los estudiantes de bonos para el transporte.

– Permitir a los alumnos elegir a los profesores con quienes deseen cursar.

CEU, crónica de una victoria

En la *Prepa 3* también se hicieron propuestas innovadoras; a saber:

– Modificar la seriación de las materias en el Plan de Estudios.

– Establecer un cupo máximo de 30 alumnos por grupo.

– Tener la posibilidad de presentar quejas contra los profesores sin esperar represalias.

– Respeto de los profesores a la ideología del alumno.

– Operar sistemas de capacitación para los trabajadores.

– Renovación periódica del Patronato Universitario.

– Incrementar el número de consejeros internos, técnicos y universitarios alumnos.

– Crear nuevos turnos en la ENP.

– Que se convoque a los alumnos a ocupar las plazas vacantes.

– Que cada plantel ENP cuente con el ciclo de *Iniciación Universitaria*, como en la *Prepa 2*.

– Desaparecer la Junta de Gobierno.

– Eliminar la reelección de autoridades universitarias.

– Elección directa del rector y los directores de escuelas, centros y facultades.

– Instituir la realización de un Congreso Universitario cada 2 o 4 años.

– Eliminar el requisito de un promedio mínimo para la obtención de becas.

– Creación de una bolsa de trabajo para los estudiantes.

– Promover que la nueva Ley Orgánica de la Universidad sea producto del Congreso Universitario.

– Desaparecer veto del rector.

– Evaluación conjunta entre el profesor y el estudiante.

– Carácter resolutivo para los Consejos Internos.

En la Facultad de Derecho, algunos alumnos hicieron propuestas tales como:

– Crear un sistema abierto de bachillerato universitario.

– Crear programas de radio estudiantiles.

– Crear un tercer horario del Sistema de Universidad Abierta.

– Crear la Escuela Nacional de Criminología, entre otras.

La correlación de fuerzas en el Congreso

El 15 de marzo se celebra la elección de los delegados estudiantiles al Congreso. Este hecho develó un nuevo cambio en la correlación de fuerzas dentro del CEU. Por un lado, la *Corriente por la Reforma Universitaria* perdió las elecciones en la Facultad de Economía, su bastión. La percepción de que se había acercado en exceso a las autoridades tuvo un costo político.

Pero la dirigencia histórica no capitalizó esa situación. La distancia entre las bases estudiantiles y los que estábamos en la COCU llevó a un resultado lógico. Apareció una

CEU, crónica de una victoria
nueva corriente estudiantil, *La Coordinadora*, alzándose con el mayor número de delegados ceuístas. Esta nueva constelación tenía entre sus numerosos voceros a Alfredo Velarde, Víctor Rumaya, Melchor Negrete, Manuel Oropeza, Alfredo Hernández, Agustín Ávila, León Ávila, Carlos González, Federico González, Higinio Muñoz, Mario Benítez, Joel Zimbrón, Salvador Hernández, Miguel Ángel Picazo, Ernesto Morón, María Antonieta Pérez Orozco, y muchos más. Mi hermana más pequeña, Olinamir, participó con ellos en el CCH Vallejo. Velarde diría, en el ambiente de debate de aquellos días, que irían al Congreso “a cuestionar los supuestos epistemológicos del modelo magistrocéntrico”.

El Congreso reunió a un conjunto de personalidades que, desde muy distintas posturas ideológicas, influían decisivamente en la Universidad y en los años posteriores participaron en la vida política nacional de alguna manera.

De la vertiente institucional estuvieron, por ejemplo, José Narro, quien sería años después rector de la UNAM y secretario de Salud; Jorge Madrazo Cuéllar, más tarde procurador general de la República; José Luis Soberanes, quien llegaría a ser director del Instituto de Investigaciones Jurídicas y después presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos; Francisco Barnés de Castro, quien sería rector de la UNAM; Juan Ramón de la Fuente, quien llegaría también a la Rectoría de la institución después de ser secretario de Salud con el presidente Ernesto Zedillo, y

Máximo Carvajal, nombrado un año después director de la Facultad de Derecho.

Académicos como José Woldenberg sería más tarde nombrado presidente del Instituto Federal Electoral; Julia Carabias sería secretaria de Ecología del presidente Ernesto Zedillo. Rafael Pérez Pascual llegó a ser director de la Facultad de Ciencias.

Años más tarde llegarían a ser legisladores Salvador Martínez della Roca, Alfredo Hernández, Armando Quintero, Nicolás Olivos, Adrián Pedrozo. Asimismo, serían presidentes del PRD en el DF Carlos Imaz, Armando Quintero y Manuel Oropeza.

El Congreso Universitario se dividió en dos bloques grandes y heterogéneos. Hubo un poco más delegados de la vertiente progresista. El CEU ganó las dos terceras partes de los delegados estudiantiles, de los académicos casi la mitad eran democráticos y el conjunto general de los administrativos estaba en el STUNAM. La parte institucional contaba con la mayoría de los docentes, con la tercera parte de los estudiantes y con prácticamente todas las autoridades. De cualquier forma, de acuerdo a sus reglas, el Congreso sólo podía tomar resoluciones con las dos terceras partes de sus votos. Esto obligaba, nuevamente, al acuerdo entre los dos grandes y heterogéneos bloques.

Durante el Congreso se mantuvo una lucha tenaz entre los estudiantes y las autoridades universitarias. El día que comienza el Congreso, el 14 de mayo, los ceuístas

CEU, crónica de una victoria
realizan una marcha del monumento a Álvaro Obregón a Rectoría. El 28 del mismo mes vuelven a marchar, ahora del Parque Hundido a la sede del Congreso, el Frontón Cerrado de Ciudad Universitaria. Por su parte, el rector promueve una carta, firmada, entre otros, por Pablo González Casanova, Eli de Gortari y Luis Villoro, en la que se pide al Congreso “mantener la Ley Orgánica”.

Los acuerdos del Congreso y *el pacto social universitario*

Al final de todo, el Congreso llegó a 245 acuerdos, votados por las dos terceras partes de los delegados. Algunos de ellos fueron los siguientes:

– Crear los Consejos Académicos por grandes áreas del saber: Físico-Matemáticas; Bio-Médicas; Sociales-Administrativas y Humanidades-Artísticas.

– Establecer Divisiones de Investigación en todas las facultades.

– Incluir la Universidad Abierta en todas las facultades.

– Diversificar las formas de titulación. Ahora hay hasta 15 diferentes formas de titulación en escuelas y facultades, además de las tesis, tales como tesina, investigación de campo, posgrado, prácticas profesionales, examen de conocimientos, seminarios de titulación colectiva y otras.

– Incrementar los días de clases en el calendario escolar.

– Instituir el Consejo de Difusión de la Cultura.

– Dar valor curricular a las labores de difusión y extensión de la cultura.

– Incorporar la enseñanza de lenguas indígenas.

– Construir grandes bibliotecas con ficheros y librerías abiertos.

– Establecer la credencial única para el acceso a todas las bibliotecas y hemeroteca de la UNAM.

– Hacer una Red telemática que llegue a todas las bibliotecas.

– Crear la categoría formal de ayudante de profesor de medio tiempo y tiempo completo.

– Crear videotecas en todas las escuelas.

– Crear el paquete de libros básicos.

– Incrementar el monto y número de becas.

– Cancelar examen por objetivos como forma única de evaluación, incorporando también ensayos, estudios de caso, solución de problemas, examen con libro abierto, examen con preguntas abiertas, demostraciones prácticas, etc.

– Revisar todos los planes y programas de estudio cada seis años, realizando la primera reforma dentro de los primeros 18 meses después del Congreso.

– Incluir contenidos ecológicos en todos los planes de Estudio.

– Flexibilizar la currícula para que los alumnos puedan cursar materias en distintas carreras.

– Sustituir los métodos pedagógicos autoritarios por avanzados métodos de enseñanza aprendizaje, para incluir conferencias, trabajo en equipo, mesas redondas, exposición de temas, etc.

– Reducción del número de alumnos por salón.

CEU, crónica de una victoria

– Cambiar mobiliario fijo por mesas y sillas movibles.
Eliminar las grandes tarimas.

– Incorporar las nuevas tecnologías a los procesos de enseñanza.

– Basar los posgrados en líneas de investigación.

– Vincular los institutos de investigación con las facultades.

– Dar representación a los investigadores en el Consejo Universitario.

– Obligación para los investigadores de dar clases.

– Crear la figura de ayudante de investigador.

– Crear la figura de estudiante investigador.

– Aumentar el número de investigadores en 10%.

– Integrar a los estudiantes y profesores de posgrado en los Consejos Técnicos de sus facultades.

– Crear el Consejo Técnico del CCH.

– Fundar el Programa Universitario de Estudios Sobre la Mujer.

– Realizar un Programa extraordinario de profesionalización de los docentes.

– Otorgar aumento salarial extraordinario a docentes.

– Establecer la actualización obligatoria de los profesores.

– Organizar un sistema de tutorías para los alumnos.

– Incorporar la participación de los alumnos en la evaluación de sus profesores.

– Cumplir la meta de una computadora por cada 20 alumnos.

– Orientar el servicio social hacia las zonas marginadas.

- Establecer servicios Ginecológicos en el Centro Médico de la UNAM.
- Crear la Casa de la Mujer Universitaria.
- Crear la Escuela Nacional de Cinematografía.
- Crear la Escuela Nacional de Danza.
- Crear la Escuela Nacional de Teatro.
- Tener un canal de televisión abierta para la UNAM.
- Desaparecer el Tribunal Universitario.
- Elaborar un nuevo Estatuto General.

Las propuestas del ala institucional del Congreso para cobrar cuotas a estudiantes, eliminar el pase reglamentado de bachillerato y hacer más restrictivos los criterios de ingreso, permanencia y egreso de los alumnos, no alcanzaron las dos terceras partes de los votos de los congresistas.

Tampoco llegaron a presentarse y aprobarse los exámenes departamentales. En otras palabras, el llamado plan Carpizo fue derrotado en el Congreso.

Sin embargo, la propuesta ceuística de desaparecer la Junta de Gobierno, establecer la paridad de docentes y estudiantes en los consejos Internos, Técnicos y Universitario, democratizar el gobierno universitario y derogar la Ley Orgánica de 1945 tampoco alcanzó las dos terceras partes de los votos.

Hubo otra propuesta sobre los órganos de gobierno, que era atribuida al Dr. José Narro. No incluía la paridad docentes-alumnos y menos aún la eliminación de la Junta de Gobierno y la derogación de la Ley Orgánica. Pero aceptaba ampliar la representación de los estudiantes en los órganos de gobierno. No fructificó, no tuvo eco en los interlocutores estudiantiles. En materia de gobierno autoritario

nada cambió en la UNAM. La vieja estructura quedó casi intacta. Sólo se incorporó a los investigadores al Consejo Universitario y a los estudiantes y profesores de posgrado a los Consejos Técnicos de sus facultades. Y se creó el Consejo Técnico del CCH.

En el Congreso no se impuso la concepción democratizadora de los órganos de gobierno. Pero la visión neoliberal que originó el conflicto fue derrotada. Triunfó el proyecto de “dar mejor educación a un mayor número”.

El Congreso materializó un pacto social. Ese pacto se cimentó en el respeto a la naturaleza pública y gratuita de la UNAM, por un lado, y en la elevación constante de la calidad académica para todos, por otra parte. En ese pacto la Universidad encontró la larga estabilidad de la que ha gozado después de la prolongada huelga encabezada por el Consejo General de Huelga en 1999-2000. El respeto a dicho pacto ha permitido armonía, desarrollo académico, conquista de un mayor presupuesto, recuperación del prestigio profesional, un moderado crecimiento de la matrícula de alumnos, reposicionamiento de la institución entre las mejores del mundo, ausencia de conflictos estudiantiles.

Algunos de los acuerdos no llegaron a cumplirse, pero de cualquier forma, el Congreso logró la más amplia reforma académica que haya habido en la historia de la Universidad Nacional. Todos esos cambios académicos beneficiaron al conjunto de la comunidad universitaria. De eso se trataba, no de que la UNAM permaneciera igual, sino de que su renovación académica fuera disfrutada por todos y no sólo por una élite. Cada vez que este pacto ha sido roto por las autoridades la respuesta ha sido el estallido de un

conflicto. Ganó así la concepción de la Universidad pública, gratuita, de calidad y de masas. Ganó el CEU.

El 18 de octubre de 1990 el Consejo Universitario, máximo órgano de decisión de la UNAM de acuerdo a su Ley Orgánica, sesionó para asumir y aprobar los acuerdos del Congreso. Estaba aprobado y sellado el pacto social universitario.

Después del Congreso, Miroslava García, Jorge Calzado, Lenia Batres, Adriana Hernández, Gabriel Pérez Rendón, Luis Humberto Garza, Javier Arteaga, Mónica Ugarte y yo, entre otros, decidimos separarnos de la *corriente por la reforma universitaria*. En un documento interno, el compañero Sergio Pérez Altamirano hizo un balance en el que afirma: “La CRU fue un importante actor en la lucha por hacer realidad el Congreso y por evitar que se quedara en un simple sueño democrático. Impulsó el diálogo, el acuerdo y la propuesta. Sin embargo, le dio un lugar secundario a demandas básicas que, nos guste o no, son las que mueven a los estudiantes. Así, cuestiones como la gratuidad de la enseñanza, el acceso a la Universidad, las condiciones materiales de estudio, la democratización de los órganos de gobierno, etc., fueron subordinadas totalmente a la demanda de democratizar el saber. El discurso de las reformas es radical porque se dirige a los pilares de lo establecido. Pero este filo radical fue mellado por una práctica concertadora a ultranza y por la ausencia de información a los estudiantes que abrió una brecha con la base”.

CEU, crónica de una victoria

La lucha seguía y había que encontrar nuevos cauces. El 30 de agosto de 1990, en la Facultad de Economía, ante unos 200 estudiantes, presentamos el periódico *Tercera Llamada*. En este medio se publicaron artículos de opinión, breves ensayos, poemas, cuentos, entrevistas polémicas, columnas de chismes de la grilla universitaria, caricaturas pedagógicas, fotografía iconoclasta, etc. En este esfuerzo participaron también otros universitarios, con otro tipo de orígenes y trayectorias políticas y universitarias, como Yuri Herrera, Juan Pablo Soriano, Carlos Reyes Gámiz, Leticia Tecla, Larisa Ortiz, Yiria Escamilla, el caricaturista de cartones sobre pedagogía autoritaria Guillermo Argandoña, etc.

Participaron asimismo los compañeros de Medicina, quienes prácticamente de la nada, levantaron un equipo muy interesante, en una de las facultades que se suponía era de las más conservadoras. Encabezado por Adriana Hernández, también estaban Gabriel Pérez Rendón, Fernando Castillo, Juan Carlos Domínguez Quinto, Eros Balam Ortiz, Selva Atzimba Torres, Virginia González, Javier Arteaga, Luis Humberto Garza, Salvador Ríos, Lucy Prieto, Marcos Santillán Pacheco, entre otros.

El movimiento estudiantil en la Facultad de Derecho

En diciembre de 1988 entré a la Facultad de Derecho de la UNAM. Conocí entonces al grupo de compañeros que en condiciones muy adversas, mantenía la actividad del CEU: Armando Olmos, Adrián Anaya, Juan Romero, José Luis

Tuñón, Fernando Vargas, Sofía Ochoa Chi, Héctor Villegas, Jesús Castillo, Luis Álvaro López Trinidad y otros.

También había otros activistas, alumnos progresistas y de izquierda, que no querían pertenecer al CEU. Consideraban que bajo sus siglas no podía alcanzarse la victoria en esa Facultad, que estaba muy estigmatizado por prejuicios de clase, y por la guerra ideológica permanente que libraban autoridades y la mayoría de los profesores. Había que enfrentar la violencia del porrismo; la cultura del autoritarismo académico y hasta el fraude electoral. Ahí daban clases jueces, magistrados, ministros de la Corte, funcionarios de la Secretaría de Gobernación, ex secretarios de Estado, diputados, en fin, mucho aparato estatal. Para los estudiantes que participaban con ideas de izquierda, humanistas o progresistas la vida política era muy adversa. En las elecciones de la COCU del 3 de diciembre de 1987, la planilla de derecha Unidad Universitaria había derrotado al CEU casi dos a uno en ese plantel.

Federico Anaya (Medalla Gabino Barreda) y Sonia Rojas, (quien el 9 de junio de 1987 rechazó el Premio Nacional de la Juventud a Miguel de la Madrid) habían organizado un periódico llamado *Regeneración*. Participaban con ellos Gunar Helmund Egurrola, Refugio Mancilla, Sergio Soto, Pedro Guerra, Humberto Aranda y otros compañeros.

Más tarde surgió el Taller Universitario de Derechos Humanos, en el que participaban Taisia Cruz Parcerro, Alejandra Flores, Nezahualcóyotl Luna, Antonio Cruz Parcerro, Mónica Oliva y otros.

Existía también el Grupo Benito Juárez, integrado por los hermanos Eulalio y Ulises Rivas, quienes militaban en el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional.

CEU, crónica de una victoria

El 2 de marzo de 1988, fueron las elecciones para consejeros técnicos de la Facultad, a las que Federico Anaya se presentó como candidato. Ese día por la mañana fue sorpresivamente atacado a patadas en el abdomen por los porros en la explanada del plantel. A pesar de ser el favorito para triunfar, en la Facultad se impuso un grotesco fraude electoral. Las urnas para recibir las papeletas electorales eran de madera, no se permitió que hubiera representantes de los candidatos en las casillas, las casillas estaban ubicadas en salones que eran custodiados por golpeadores.

Unos meses después, el 9 de junio de 1988, se juntaron el CEU, *Regeneración* y el grupo Benito Juárez, para formar la Coalición de Estudiantes Democráticos y postular a Eruviel Tirado como su candidato a consejero universitario.

Se repitió la violencia. Eruviel fue tumbado y pateado en el piso el mismo día de las elecciones. En las casillas, porros temibles controlaban todo, hasta el escrutinio.

Los directores de la Facultad de Filosofía y del Instituto de Investigaciones Económicas, Arturo Azuela y Fausto Burgueño, acudieron en comisión nombrada por la COCU a ver qué pasaba en la Facultad de Derecho.

Según las crónicas de ese día, fueron recibidos por el mismísimo director de la Facultad de Derecho, José Dávalos Morales, gritando con magnavoz en mano: “fuera los invasores, defendamos este bendito bastión de la Universidad”.

El fraude electoral en la Facultad de Derecho fue una ominosa premonición de lo que pasaría en el país.

En la Facultad de Derecho no sólo se sentía un clima de opresión por el porrismo. También por el autoritarismo magisterial. Había profesores, como Ernesto Gutiérrez y González, que llamaba imbéciles a todos los que no coincidieran con él y sacaba de su clase a quienes no vistieran de traje y corbata. Había también un ambiente ideológico predominante conservador. La profesora Margarita Fush dijo una vez en clase que “los estudiantes del movimiento de 1968 eran más violentos que los soldados y los policías porque sus palabras hacían más daño que las balas”. Otro maestro llegó a decir que “muchos querían ver colgados a los líderes del CEU de las barbas o de algún lugar más sensible”. Al comenzar una clase, uno de mis profesores afirmó: “Yo soy un hombre de ideas progresistas y hasta socialistas”, defendió el ejido, la expropiación del petróleo y al final de su clase dijo con tono grave: “Muchachos, tengan cuidado, hay atisbos de provocaciones y violencia del CEU”. Ése era el pan de todos los días.

La Facultad vivía una época oscurantista. Sus directivos no se daban cuenta que había dejado de ser la cantera de cuadros del sistema. Los políticos eran desplazados por los tecnócratas, los abogados eran sustituidos por los economistas.

Derecho era una comunidad cerrada. Ahí no había ferias de libros. Un estudiante con textos de otras materias sociales distintas al Derecho era señalado por parecer “estudiante de la Facultad de Filosofía”. En el Plan de Estudios no había materias como Técnicas de Investigación Jurídica, Matemáticas Aplicadas al Derecho, Computación,

Estadística, Ética Jurídica, Historia del Derecho Mexicano, etc. Estaban arrumbadas como optativas Derecho Electoral, Derecho Ecológico, Historia Universal del Derecho, Derecho Anglosajón, y otras. Todas ellas ya formaban parte de los Planes de Estudio en la Universidad Iberoamericana o en la Universidad Autónoma de Yucatán, por poner un par de ejemplos.

La biblioteca era pequeña y cerrada, no había libros y ficheros abiertos. No había un puesto de periódicos y revistas. No había siquiera una Gaceta de la Facultad. La figura de los ayudantes de profesor había desaparecido. No se usaban nuevos instrumentos tecnológicos como las computadoras y los videos. Predominaba la enseñanza formal y el uso de manuales para impartir clase. Se apostaba a la educación memorística y no a la formación crítica. La interdisciplinariedad era combatida como si se tratara de una contaminación. No se permitía que economistas hicieran maestrías de derecho económico o corporativo, había que ser licenciado en Derecho para entrar al posgrado. El alumno que ingresaba al Sistema Abierto ya no podía regresar al escolarizado. Existían salones llamados "Seminarios" en los que nunca se realizaban seminarios. La actividad académica extracurricular: diplomados, conferencias, talleres, congresos académicos, reuniones de especialistas, intercambios, investigaciones docentes, trabajo estudiantil de campo, etc., eran prácticamente inexistentes.

Juristas de vanguardia como Michel Miaille, Roland Weyl, Umberto Cerroni, Norberto Bobbio, Eduardo Novoa, Óscar Correas y otros, eran prácticamente desconocidos.

De mis clases en la Facultad, sin embargo, recuerdo con mucho reconocimiento a Luis Javier Garrido, que impar-

Martí Batres Guadarrama
tía Ciencia Política; José de Jesús López Monroy, quien daba Derecho Anglosajón; la profesora Ruth Gómez, de Derecho Internacional Público; Arend Olvera, de Teoría Económica; Arnaldo Córdova, de Derecho Constitucional y Teoría del Estado — el mejor maestro que he tenido — entre otros.

Cuando estaba a punto de terminar mis estudios en la *Prepa 7* tenía que escoger finalmente la carrera que estudiaría. Básicamente tenía tres opciones, la primera era estudiar Artes Plásticas en la ENAP, pues desde niño me había gustado dibujar y pintar al óleo; la segunda era entrar a la Facultad de Ciencias Políticas, que era mi verdadera pasión académica, y la tercera era estudiar Derecho, pues pensaba que así podría ser más útil para ayudar a la gente de bajos recursos.

Resolví a favor de la tercera alternativa por un elemento adicional: consideré que en la Facultad de Derecho aprendería también a combatir a la derecha priísta en su propio bastión.

En el primer semestre publiqué el periódico *Alma Mater*, con la colaboración de mi compañero de clase, el stunamita Javier Gutiérrez. Participaba en las reuniones del CEU-Derecho y también buscaba a quienes habían formado parte de *Regeneración* y a los que mantenían el grupo Benito Juárez.

Mi idea era formar una gran alianza democrática para triunfar y derrotar a la derecha, una alianza que incluyera al CEU, pero que fuera más grande que éste.

Las elecciones de delegados al Congreso Universitario serían una buena oportunidad para ello. Si se sumaban todas las fuerzas progresistas de la Facultad podríamos ganar. En algunas escuelas la planilla ceuísta no necesariamente llevaba el nombre del CEU o había diferentes planillas ceuístas conteniendo, sin que ninguna presentara oficialmente el nombre del CEU. En Derecho, sin embargo, era muy importante la más amplia unidad.

Hubo muchas pláticas, buscando acercamientos y acuerdos. En una reunión de activistas “democráticos” de la Facultad de Derecho a un compañero se le ocurrió invitar a un amigo suyo, priísta “progresista” del ITAM, según dijo, llamado Luis Videgaray. En dicha reunión alguien dijo que si no se lograba acuerdo con el CEU no había problema, porque el CEU ya había muerto.

Fue el propio Videgaray el que respondió: “eso no es cierto, el CEU no ha muerto ni morirá en mucho tiempo, el CEU es un mito. Está en el subconsciente de todos los estudiantes de la UNAM, igual que la Revolución Mexicana está en el subconsciente de los mexicanos”. Videgaray no era progresista, pero tenía razón en que existía una hegemonía cultural del CEU en el estudiantado de la UNAM.

La unidad no prosperó. El núcleo original del CEU decidió hacer su planilla llamada *CEU*. Y todos los demás, algunos fundadores del CEU-Derecho, ceuístas de nuevo ingreso a la Facultad, ex miembros de *Regeneración*, activistas del Taller Universitario de Derechos Humanos y estudiantes independientes terminamos formando la planilla *NAVE*.

Federico Anaya, histórico fundador de *Regeneración*, víctima de violencia porril, ganador de la *Medalla Gabino*

Barreda y *boy scout*, encabezó la planilla de NAVE. También iban con ella Adrián Anaya, fundador del CEU-Derecho y egresado de *prepas populares*, Lenia Batres, ceuísta de nuevo ingreso, Juan Antonio Cruz Parceró, miembro del Taller Universitario de Derechos Humanos, Lorenzo Córdova, hijo del profesor Arnaldo Córdova, Laura Sánchez Obregón (activista de Derechos Humanos), Pedro Guerra, y quien esto escribe.

De los ocho delegados estudiantiles que correspondían a la Facultad de Derecho, los institucionales obtuvieron 5 y la vertiente del movimiento 3, dos de ellos de NAVE y uno del CEU. Federico Anaya y Laura Sánchez, de NAVE y Héctor Solorio del CEU fueron elegidos delegados al Congreso.

Unos meses después contendí por el Consejo Universitario. Logramos una votación muy alta pero se impuso la fórmula apoyada por el director José Dávalos, integrada por Raúl Pantoja y Ramiro Solorio. Este último, hermano de Héctor, aceptó salirse del CEU e integrarse al PRI. Ambos guerrerenses, formarían a la postre el *Grupo Guerrero*, que llevaría a la Facultad a Francisco Ruiz Massieu y a otros políticos priístas de Guerrero y del país a dar conferencias.

El 10 de diciembre de 1991, participé como candidato al Consejo Técnico de la Facultad de Derecho, junto con Alberto Rocha. Ya no era director José Dávalos, había llegado Máximo Carvajal, el hombre duro de la derecha universitaria en la COCU.

Contra todo pronóstico, Carvajal respetó el proceso y el resultado de la elección. Por primera vez desde que empezó el conflicto universitario, no había porros, no había dados cargados, no había urnas de madera. Las reglas de campaña cambiaron. Ya no estaba tapizada toda la Facultad de propaganda, no se repartieron regalos. Cada fórmula disponía de un número igual de mamparas para colocar sus carteles. Se sentía que triunfaríamos; se sentía en el ambiente. Habíamos trabajado muy duro durante muchos meses. El nerviosismo dominaba en la Facultad. La primera casilla en concluir el conteo de los votos, la del posgrado, tenía ya su resultado: ganamos. En los minutos previos al término total del escrutinio, el profesor Eduardo Alfonso Guerrero, institucional y colaborador de Carvajal, se acercó conmigo y me dijo: “parece que van a ganar y se les va a respetar el triunfo”.

Así fue, Máximo Carvajal respetó nuestra victoria. Era la primera victoria de la izquierda estudiantil en la Facultad de Derecho a lo largo de todo el conflicto universitario y desde hacía mucho tiempo antes. Era, por lo menos, la primera victoria respetada por la autoridad. Máximo Carvajal, el Director recién designado, bajó de su oficina, entró al auditorio *Jus Semper Loquitur* y reconoció el resultado. Yo hablé y elogí, a mi vez, la actitud de las nuevas autoridades. Había euforia de viejos y nuevos ceuístas, de aliados y estudiantes comunes, tranquilidad de las autoridades y expectativa de los profesores.

Nuestra fórmula atrajo el apoyo de todos los ceuístas, del grupo Benito Juárez, de varios integrantes del Taller Universitario de Derechos Humanos, de estudiantes

democráticos sin grupo y hasta de grupos institucionales moderados.

Bautizamos a nuestra fórmula con el nombre de JAQUE y a partir de ahí formamos una organización estudiantil fuerte y activa con el mismo nombre en la que participaron: Nezahualcóyotl Luna, Gerardo Villanueva Albarrán, Julio César Muñoz, Alberto Rocha, Alejandro Gil González, Rodrigo Acosta Oakes, Claudia García Ramírez, Luciana Montaña, Ángeles Correa, Edith Ávila, Ana Lilia Pérez, Carlos Enrique Estrada, Ricardo Bandala, Jesús Castillo, Ursus Juárez, Felipe Zermeño, Lenia Batres, Martín Muñoz, Moisés Vergara, Carlos Zumaya, Eligio Hernández Bautista, Sergio Pérez, Francisco Ramírez, Javier Pérez, Alejandra Martínez Camacho, Óscar Cruz, Kilmer Flores, Gabriel Godínez, Daniel Landgrave, Patricio Rivera, Sergio Romero, Hatuey Viveros y muchos más.

Comenzamos a realizar mesas redondas sobre las reformas a los artículos 130, 27 y 3º de la Constitución, que se estaban aprobando en el Congreso de la Unión en esos días. Invitamos a legisladores de diversos partidos, como Gilberto Rincón Gallardo, Fernando Gómez Mont, Cuauhtémoc Amezcua, Nicolás Olivos Cuéllar y otros. Hicimos una feria de libros de ciencias sociales y humanidades, llevando a los libreros de Filosofía y Letras al vestíbulo de la Facultad, la cual causó una verdadera conmoción cultural en el plantel. Elaboramos una propuesta de reformas al Plan de Estudios. Editamos el periódico JAQUE. Pusimos un periódico mural todos los días. Neza Luna y Alberto Rocha dibujaban historietas para exponer los problemas de la Facultad, de la UNAM y del país. Y visitamos decenas de veces los salones de la Facultad.

Desde mi posición de consejero técnico de la Facultad de Derecho convoqué a otros Consejeros técnicos de otras Facultades a reunirnos para elaborar propuestas de reforma a los planes y programas de estudio de nuestras escuelas. Así trabajé con Eli Evangelista y Gerardo Romero, consejeros técnicos de la Escuela Nacional de Trabajo Social; José Luis Santos, Eduardo Pizano, Carlos Gordiano, Isaac García y Juan Gerardo López, de la Facultad de Filosofía y Letras y consejeros técnicos de otras escuelas.

También trabajamos con equipos de otras facultades: en Economía, por ejemplo, estaba un grupo estudiantil llamado Fusión Copilco, en el que participaban Guido Hernández, Diana Talavera, Adolfo Cimadevilla, Héctor Arroyo y muchos más.

El Movimiento de 1992

Apenas había pasado un año de la realización del Congreso Universitario, en el que se resolverían “en definitiva” temas como el cobro de cuotas de inscripción a los estudiantes, cuando el rector de la UNAM, José Sarukhán, dio la espalda a los acuerdos de este espacio histórico y extraordinario y propuso incrementar las cuotas.

Como si no hubiera pasado nada en cinco años de tempestades universitarias, como si no hubiera sido muy complicado llegar a consensos entre todos, el 4 de noviembre de 1991, el secretario general de la Universidad, Salvador Malo, presentó un “Plan de Acción”, en el que se habla-

ba de “una iniciativa [...] que modifique la reglamentación actual en materia de cuotas”. El inicio de “pagos especiales” por “material didáctico”, “material de laboratorio” o “aportaciones voluntarias a las bibliotecas” que siguió a dichas declaraciones, rompió el pacto social y la estabilidad de la Universidad, y dio legitimidad a una nueva protesta estudiantil.

Las autoridades suponían que el movimiento estaba ya aletargado, desaparecido. Pero el movimiento estalló con mucha velocidad, se reactivaron las asambleas en las escuelas y el debate en la opinión pública.

El 5 de diciembre de 1991, 10 mil estudiantes del CEU partieron en marcha del monumento a Álvaro Obregón a Rectoría para rechazar el aumento de cuotas.

El 24 de enero de 1992, el Rector José Sarukhán declaró por Radio-UNAM que la Comisión de Presupuesto del Consejo Universitario realizaría “una consulta para integrar un proyecto de modificación al reglamento de pagos”. Un mes después, se abrió el proceso de “consulta” y se recibieron 465 propuestas. El cinismo de las autoridades rayaba en lo grotesco. En los tres años anteriores se habían realizado Seminarios de Diagnóstico, Conferencias Temáticas, Foros Locales y Congreso Universitario. ¿Qué consulta más importante que ésa podría haber? En todo caso, si la autoridad quisiera consultar con precisión el sentir de los universitarios, podría realizar un referéndum de su propuesta. Pero se trataba de una nueva trampa; de una traición a los estudiantes, a la UNAM y al Congreso.

El 9 de marzo, el presidente de la Comisión de Presupuesto, Salvador Ruiz de Chávez manejó la aberrante ver-

CEU, crónica de una victoria
sión de que las cuotas debían representar entre el 20 y 40% del presupuesto de la UNAM como en 1948.

El 8 de junio de 1992, en sesión cerrada de la Comisión de Presupuesto las autoridades presentaron los resultados de su "consulta", concluyendo que debían establecerse cuotas diferenciadas por nivel de ingresos de familia. El 9 de junio, los Consejeros Universitarios del CEU, Norma Ortega, de la Facultad de Química y Hugo López Gatell, de la Facultad de Medicina denunciaron dicho proyecto.

El 10 de junio, al concluir la tradicional marcha estudiantil, el CEU anunció la toma de la Torre de Rectoría y una nueva marcha para el 23.

El 11 de junio se forma el Frente en Defensa de los Acuerdos del Congreso Universitario, integrado por el CEU, el STUNAM y hasta por las AAPAUNAM. Con ello, la protesta se revistió de una legitimidad jurídica de la que carecía la pretensión del rector.

El 12 de junio el CEU toma la Torre de Rectoría para impedir la realización de la sesión del Consejo Universitario, en la que se presentaría el proyecto de aumento de cuotas de José Sarukhán.

El 23 de junio el CEU marcha del Parque de los Venados hacia Rectoría y anuncia un paro de labores en todos los planteles de la UNAM para el 25 del mismo mes.

Bastaron esas tres acciones estratégicas para echar abajo la propuesta de Sarukhán: la toma de la Torre de Rectoría, una marcha multitudinaria y un día de paro de labores en toda la UNAM.

Esta nueva oleada del movimiento llegó cuando yo acababa de ser electo consejero técnico de los estudiantes en la Facultad de Derecho. Inmediatamente tomé postura contra el aumento de cuotas y a favor de la gratuidad de la educación. Editamos un folleto del grupo JAQUE con abundantes argumentos jurídicos y lo distribuimos dentro de la Facultad de Derecho.

Hacia el conjunto de la Universidad difundimos un periódico mural de *Tercera Llamada*. Contenía una cronología del CEU y una propuesta sobre fuentes complementarias de financiamiento, en la que planteamos que la UNAM vendiera tecnología y servicios y recibiera de manera libre las aportaciones que los egresados quisieran dar. Pero dejamos en claro que ninguna fuente complementaria podría sustituir un financiamiento que sólo el Estado podía dar a una institución como la UNAM.

Por aquellos días había una campaña de artistas de televisión que salían a cuadro diciendo: “las drogas destruyen, y tu mereces vivir”. En nuestro periódico mural pusimos fotos de Gloria Trevi y Alejandra Guzmán diciendo: “las cuotas te excluyen, y tu mereces estudiar”.

Al interior del CEU se vivió una nueva recomposición. Lo que quedaba de la CRU (Ciro Murayama, Fidel Astorga y Guadalupe Rodríguez), de plano hizo suyo el proyecto de aumento de cuotas, contradiciendo la esencia misma del movimiento, del cual, obviamente, terminó fuera.

Antes de comenzar esta etapa, el CEU tenía dos referentes: por un lado, los llamados *históricos* y, por otra parte, *La Coordinadora*. Pero había un conjunto que no estaba ni en un lado ni en otro. A estos, la reportera de *La Jornada*

CEU, crónica de una victoria

Georgina Saldierna los bautizó como *Tercera Fuerza*, pues cuando relataba las discusiones del CEU decía algo así como “los históricos opinan tal cosa, los de la coordinadora opinan así, pero una tercera fuerza tiene otro punto de vista”. Valia Goytia de Química, Miroslava García, Manuel Muñoz Takayama y Carlos Gámiz de Economía; Manuel Oropeza, Juan Gerardo López, Antonieta Pérez Orozco, José Luis Santos, Carlos Gordiano e Isaac García de Filosofía; Adriana Serna y Armando Martínez Leal, de Ciencias Políticas; Eli Evangelista y Gerardo Romero de Trabajo Social; Adriana Hernández, Gabriel Pérez, Virginia González, Eros Balam y Selva Atzimba, de Medicina; Miguel Ángel Bermúdez, de la *Prepa 9*; Gerardo Rosas y Mariel Barrera de *Prepa 3*; Nayeli Ortiz, de la *Prepa 2*; Nezahualcóyotl Luna, Carlos Enrique Estrada, Alberto Rocha, Rodrigo Acosta, Gerardo Villanueva, Alejandro Gil, y otros de Derecho, entre muchos más, hicimos nuestro el nombre *Tercera Fuerza* del CEU.

A la marcha del CEU, los de Derecho acudimos con un contingente de cientos de alumnos de la Facultad, vestidos de traje y corbata y con una Constitución de los Estados Unidos Mexicanos en la mano. Dicho contingente llamó mucho la atención en el resto del CEU, por la apropiación lúdica que hicimos de los símbolos que usaba la derecha.

El paro del 25 de junio tuvo como epicentro ni más ni menos que la Facultad de Derecho de la UNAM.

Un día antes se realizaron asambleas en los turnos matutino y vespertino. Nosotros los representantes, conociendo la situación de la Facultad, propusimos a los alumnos un “paro activo”, es decir, no cerrar la escuela, pero

sí hacer actividades como reuniones, saloneo informativo, micrófono abierto, etc.

Sabíamos que era muy difícil hacer un paro en esa Facultad.

En la asamblea de la mañana se aprobó, no sin cierta dificultad, el paro activo. Pero al realizar la asamblea por la tarde las cosas cambiaron. El estudiantado pidió ir más allá del paro activo, exigió que el paro fuera efectivo. El turno vespertino tenía otra composición social, había muchos estudiantes de bajos recursos y muchos más que combinaban estudios con trabajo. Además, la base estudiantil se sentía fuerte después de nuestro triunfo en las elecciones del Consejo Técnico.

La asamblea fue muy grande, de cientos de estudiantes, y muy larga. Al final me dirigí a los compañeros con un discurso muy encendido. Dije que a Hidalgo, Morelos y Zapata también los habían acusado de revoltosos, de subversivos y que las autoridades de entonces los habían condenado; llamé a la Facultad a poner en juego su gran fuerza. Recordé la frase que un maestro institucional dijo en uno de mis saloneos: "cuando la Facultad de Derecho se mueve, la Universidad tiembla". Se votó prácticamente por unanimidad el paro total en el turno vespertino.

La asamblea terminó en la euforia. Una vez concluida, acudimos a la oficina del director a comunicarle el acuerdo. Y después marchamos hacia el auditorio *Che Guevara* en el que se reunían los representantes de todas las escuelas a recibir los resultados de las asambleas. La columna de Derecho entró gritando: "De-re-cho, De-re-cho". La gente que estaba en el auditorio se asustó al principio, pensando que eran los porros del director. Era la primera vez, desde

CEU, crónica de una victoria
1986, que cientos de estudiantes de Derecho acudían a una plenaria del CEU.

Informamos de los acuerdos y la ovación fue enorme.

El día del paro, la curiosidad estaba concentrada en Derecho. Por la mañana no hubo paro total. Respetamos la decisión del turno matutino. Sólo visitamos los salones e improvisamos mítines en los pasillos, explanada, patios y entradas. El ambiente era muy tenso.

Por la tarde empezó lo más fuerte. En las entradas había mucha gente. Llegaban activistas de todas las facultades. Muchos alumnos permanecían en la explanada a la expectativa. A través de un sonido, un empleado voceaba los nombres de los maestros y el salón en el que daban clase. Los grupos afines a la autoridad hacían una extraña valla que en lugar de permitir la entrada de los estudiantes a clases la obstaculizaba, es decir, objetivamente facilitaban el paro.

Nosotros nos colocamos arriba de una banca de cemento en el gran vestíbulo central. Desde ahí aglutinamos a cientos de estudiantes. Los porros del *Grupo Guerrero* nos empujaban y sorteamos la provocación con una larga valla de nuestros propios compañeros. Instalamos nuestro propio sonido. Durante horas hablamos a través del mismo, exponiendo las razones a favor de la gratuidad de la educación. También cantamos mucho. Cada vez que nos empujaban, cantábamos:

“¡Nooooooo, nooooo. No nos moverán!
¡Nooooooo, nooooo. No nos moverán!
¡Y el que no creeeea que haga la prueeeeeeba!
¡Nooo nos moveraaaaán!

¡Ni los pinches porros!
¡No nos moverán!
¡Ni la Rectoría!
¡No nos moverá!
¡Y el que no creeeea que haga la prueeeeeeeba!
¡Noooo nos moveraaaaaán!”.

A ritmo de *blues* también entonamos la siguiente rola:
“Sarukhán quiere una lana cobraaar,
¡pero no lo vamos a dejaaaar,
¡y si quiere las cuotas implantaaar,
¡hasta una huelga le vamos a armaaaaaar!”

El paro fue todo un éxito en toda la UNAM... y en Derecho también. En su propio bastión, la derecha universitaria fue derrotada nuevamente. Primero en las urnas, ahora en la acción. La nota interesante la dio Derecho. Parar labores en las demás escuelas no era nota. Hacerlo en la Facultad de Derecho era toda una noticia.

Días después, el 30 de junio de 1992, el rector José Sarukhán retiró su plan de reforma al Reglamento de Pagos para la elevación de las cuotas estudiantiles. “Se pospone hasta que existan condiciones que propicien que su análisis y posible aprobación por el pleno no generen perturbaciones que alteren la buena marcha de la Universidad.” El CEU, 6 años después de su fundación, y cuando las cinco generaciones que vivieron la huelga de 1987 en la licenciatura ya habían egresado, estaba triunfando de nueva cuenta.

En 1993, los consejeros técnicos del CEU invitamos a Cuauhtémoc Cárdenas a algunas escuelas. En la Facultad de Derecho hicimos un acto muy potente. En los meses y años previos habían ido Francisco Ruiz Massieu, Pedro Aspe, Manuel Camacho, Donald Colosio y otros funcionarios del gobierno de Carlos Salinas. La visita de Cuauhtémoc a esa Facultad fue un acontecimiento, fue como tirar otro muro. El auditorio *Jus Semper Loquitur* no fue suficiente para los más de 500 estudiantes que se dieron cita. Ahí denominamos a Salinas “Og Mandino, el mayor vendedor del mundo”.

Cárdenas también fue a la Facultad de Filosofía y Letras. En esos días Carlos Salinas proponía cambiar el nombre del país para que se llamara simplemente México, pues decía que las palabras Estados Unidos ya las tenía otra nación. Por eso causó alborozo que el estudiante y consejero técnico José Luis Santos, terminara su discurso en ese acto gritando: “¡y que vivan los Estados Unidos Mexicanos”!

Del CEU a los CEUS: los otros movimientos estudiantiles

Los días 8 y 9 de abril de 1987, el CEU organizó un Encuentro Nacional de Estudiantes en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se abordaron especialmente dos temas: el análisis de las políticas educativas del gobierno federal y la organización de los estudiantes en el país. Durante el encuentro, el ceuísta de la Facultad de Ciencias, Jaime Bazúa,

con su estilo desparpajado les dijo a todos los dirigentes, activistas y estudiantes de los estados ahí reunidos: “¿qué esperan para crear sus organizaciones estudiantiles?; nosotros en la UNAM hicimos el CEU en 15 días”. Obviamente, el CEU se hizo cuando hubo ciertas condiciones, pero la voluntad de hacerlo contó mucho, y la agresión del gobierno federal y los gobiernos estatales contra todas las universidades públicas se multiplicaba. Por cierto, Bazúa también dijo otra cosa muy interesante: “No se quiebren mucho la cabeza elaborando un programa universitario. En el artículo 3º de la Constitución está todo. Ahí está la educación pública, la gratuidad, el Estado laico, la autonomía, el autogobierno universitario, el concepto de democracia, todo está ahí”.

De hecho, entre 1986 y 1993 surgieron diversos movimientos estudiantiles en el país, que contaron con la solidaridad del CEU, o de plano con su influencia directa.

En el Instituto Politécnico Nacional, en septiembre de 1987, apareció la Coordinadora Estudiantil Politécnica (CEP), dirigida por Emilio Ulloa, Edgar Torres, Rodolfo Pichardo, Luis Valdivia, Manuel Ortega y otros, para luchar contra la violencia porril de la vieja Federación de Estudiantes Politécnicos. Los estudiantes del Poli lograron sus objetivos.

En la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, el Consejo Universitario, por un voto, el del presidente de la Federación Estudiantil, decidió disolver su bachillerato el 29 de octubre de 1990. Se desató la protesta encabezada por la Organización Estudiantil Independiente. Ahí estuvimos, con ellos, sintiendo uno de los fríos más intensos que nos ha tocado conocer.

CEU, crónica de una victoria

En enero de 1990 el gobierno da un golpe de mano a la Universidad Autónoma de Puebla, destituye al Rector Samuel Malpica, electo por voto universal, directo y secreto, y se hace del control de la institución. Malpica y los estudiantes que lo apoyaban estuvieron en las plenarios del CEU recibiendo la solidaridad del movimiento.

En la Universidad de Sonora, UNISON, se dio una batalla estudiantil durante más de dos años para rechazar la pretensión del gobernador Manlio Fabio Beltrones de privatizar la Universidad. Su proyecto de Ley Orgánica desaparecía el Consejo Universitario para poner en su lugar una Junta de Gobierno integrada por 14 miembros, 3 académicos, 9 personas externas, el rector y el secretario de Educación. Y se establecía el cobro de cuotas de inscripción y colegiaturas. Esa lucha da lugar a la creación del Comité de Estudiantes Universitarios de Sonora, CEUS, que el 20 de noviembre de 1991 inicia sus movilizaciones. Sus integrantes llegaron incluso a la Ciudad de México a manifestarse, gritando en las calles: “lusha, lusha, lusha, no dejes de lushar”...

También se entabló una relación interesante con la Federación de Estudiantes Universitarios de la Universidad de Guadalajara, FEU, organización estudiantil impulsada con la llegada de Raúl Padilla a la Rectoría de la U de G, para remplazar a la histórica FEG, especialmente con Mara Robles, con cuyo auspicio se realizó otro Encuentro Nacional de Estudiantes en la ciudad tapatía al calor de las movilizaciones de la UNAM y la UNISON en 1992.

En la Universidad Autónoma Metropolitana, en febrero-marzo de 1993 hay movilización estudiantil, en la

que participan activistas como Témoris Grecko, Froylán Yescas y otros, contra el aumento de cuotas y por la salida del rector Gustavo Chapela. El movimiento triunfó.

En Guerrero hubo solidaridad mutua con la Federación de Estudiantes Universitarios de Guerrero, FEUG.

La reforma de Carlos Salinas al artículo 3º de la Constitución

Para que no quedara duda alguna sobre el origen de los despropósitos privatizadores de la educación superior, Carlos Salinas de Gortari, titular del Ejecutivo Federal, promovió una reforma al artículo 3º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos que fue aprobada finalmente el 5 de mayo de 1993, por todos los partidos políticos.

Con el pretexto de hacer obligatoria la educación secundaria, se modificó el mencionado artículo para agregar la siguiente fracción:

“V. Además de impartir la educación preescolar, primaria y secundaria, señaladas en el primer párrafo, el Estado promoverá y atenderá todos los tipos y modalidades educativos —incluyendo la educación superior— necesarios para el desarrollo de la Nación, apoyará la investigación científica y tecnológica, y alentará el fortalecimiento y difusión de nuestra cultura”.

La frase “Toda la educación que el Estado imparta será gratuita”, quedaba intacta, pero se matizaba o diluía la responsabilidad pública con el nivel superior, pues se daba

CEU, crónica de una victoria

lugar a la interpretación de que el Estado “impartiría” educación preescolar, primaria y secundaria y sólo “promovería y atendería” la educación superior. Los tecnócratas neoliberales podrían aducir que la gratuidad estaba reservada sólo para la educación “impartida”, y que ésta era sólo la básica.

Ésta era la respuesta de Salinas a la oleada de movilizaciones estudiantiles y la institucionalización de su proyecto de llevar la educación superior a un mercado privado. Pero ni aún así, logró privatizar la UNAM.

El Consejo General de Huelga

Después del Congreso se vivieron diversas luchas locales en distintos planteles. Una de ellas la protagonizaron en noviembre de 1990 los estudiantes de *Prepa 5*, encabezados por Mariana Escobedo. Se enfrentaron al autoritarismo de la directora Aída Romo, quien de plano solicitó la fuerza pública para aplacar una festividad estudiantil tradicional. Los estudiantes triunfaron logrando la caída de la directora.

Hubo otros conflictos locales, pero en 1996 se vive la última movilización estudiantil de trascendencia encabezada por el CEU, esta vez en los CCHs. Se trata de contrarrestar el propósito de las autoridades de modificar horarios y currícula del Colegio para asemejarlo a la Escuela Nacional Preparatoria. Aún y cuando han pasado ya 10 años de su creación, y han egresado ya todas las generaciones que vivieron el estallido de 1986-87, las nuevas generaciones de activistas universitarios se siguen denominando CEU.

La del 96 es la última aparición del CEU como representación del movimiento estudiantil. Hasta ese año, toda lucha local o general, toda disputa de espacios de representación, toda aparición ante medios de comunicación, toda relación con otras organizaciones estudiantiles o populares y toda interlocución con las autoridades ocurre como CEU. Todo estudiante democrático, de izquierda o progresista, todo colectivo o comité de lucha que se organiza en las escuelas se llama CEU, o se reivindica como parte del CEU.

A partir de 1997 las cosas cambian. En junio de ese año el nuevo rector de la UNAM, José Francisco Barnés de Castro, hace aprobar por el Consejo Universitario las reformas que le permitirán después impulsar el aumento de cuotas a los estudiantes.

En diciembre de 1998, Barnés anuncia la posibilidad de aumentar la cuota de inscripción a la UNAM.

El 11 de febrero de 1999, envía al Consejo Universitario su propuesta para incrementar las cuotas.

Al día siguiente, grupos estudiantiles se reúnen en el auditorio *Narciso Bassols*, de la Facultad de Economía para discutir un Plan de Acción contra la propuesta del rector. El 24 de febrero se realiza una Asamblea en el auditorio *Che Guevara*. Se rechaza el Reglamento General de Pagos y se emplaza a Barnés a un debate público para el 2 de marzo. El 25 de febrero se realiza la marcha de antorchas del monumento a Álvaro Obregón a Rectoría. El rector no acude al debate y el 4 de marzo se realiza la segunda marcha contra las cuotas del Parque Hundido a Rectoría.

CEU, crónica de una victoria

El jueves 11 de marzo, 23 escuelas se van a paro. El 14 de marzo se hace una nueva Asamblea, esta vez afuera de la Rectoría. Se instala un plantón en ese lugar para evitar que sesione el Consejo Universitario y apruebe el incremento de cuotas.

Al día siguiente, el rector reúne al Consejo Universitario en el Instituto de Cardiología y en menos de 3 minutos aprueba el aumento a las cuotas de inscripción. Ese mismo día muere un estudiante de CCH Naucalpan atropellado por una patrulla de Auxilio-UNAM durante las protestas estudiantiles.

El 24 de marzo hay un nuevo paro, esta vez de 31 escuelas. El 7 de abril sesiona la Asamblea Universitaria en el *Che Guevara*, en la que se acuerda realizar una consulta el 15 de ese mes y se emplaza al estallido de la huelga general para el 20 de abril.

El 8 de abril se da la cuarta marcha, esta vez, del Parque de los Venados a Rectoría. El 15 del mes se hace la consulta en la que participan 100 mil estudiantes. El 90% rechaza el aumento de cuotas.

El 20 de abril a las 0:00 horas estalla la huelga más larga en la historia de la UNAM. El ciclo del CEU ha terminado. Nace el Consejo General de Huelga, el CGH.

Ésta es otra generación, otra organización, otra cultura política, otra composición social. En el CGH la representación es mucho más horizontal. No hay un núcleo centralizado de dirección. No se advierte la presencia fuerte de partidos políticos de izquierda. En cambio, hay influencia ideológica del zapatismo, de organizaciones troskistas marginales, de organizaciones antipartidistas y antielecto-

rales y de grupos que se reivindican como anarquistas. La nueva organización no busca negociar una posposición del aumento a las cuotas, quiere la derogación formal y plena del Reglamento General de Pagos. No le interesa la alianza con las élites académicas. La contracultura y los movimientos *globalifóbicos* marcan la identidad del CGH con los símbolos y atuendos de los *punk* y *anarcopunks*, los *dark*, los *ska*, los metaleros, con la música de Manu Chao y Nirvana y los comunicados del Subcomandante Marcos. El neocardenismo es sustituido por el neozapatismo. No predominan los coyoacanenses del centro, sino los de Santo Domingo. El del CGH es un grito desesperado contra la exclusión, es la ira social y el temor a la incertidumbre del futuro. No les interesa trascender políticamente, no buscan construir una hegemonía, simplemente quieren echar abajo las cuotas. Luchan por mantener el último resquicio de seguridad institucional. No les emociona mucho la idea de convencer a la opinión pública. Son como los campesinos despojados que tumban un tronco a mitad de la carretera y dicen: “no nos vamos de aquí hasta que nos regresen nuestras tierras”.

El empecinamiento de Barnés alarga el conflicto dramáticamente. Los factores externos buscan desgastar y enfrentar al gobierno democrático de la ciudad con el movimiento democrático de la Universidad. El escenario buscado por el gobierno federal, el PRI y el PAN es que la izquierda aparezca, simultáneamente, como la instigadora de la huelga y la operadora de la represión; la que cierra la UNAM durante un año y la que manda a los granaderos contra los estudiantes.

Es en esa coyuntura cuando Andrés Manuel López Obrador, precandidato a la Jefatura de Gobierno del DF, se

dirige al gobierno de la ciudad y a su partido advirtiéndolo: “Es preferible perder unas elecciones antes que reprimir, porque de una derrota electoral nos podemos recuperar, pero si reprimimos no nos recuperaremos nunca”.

La huelga del CGH dura diez meses. El movimiento ha tumbado al rector Francisco Barnés, quien se va el 12 de noviembre de 1999 y ha obligado al nuevo rector, Juan Ramón de la Fuente, a retirar el incremento de cuotas el 29 de noviembre. Los estudiantes han triunfado, pero los integrantes del CGH mantienen la huelga, prefieren morir en la raya y esperan estoicamente la entrada de la policía federal a la UNAM y su detención. Nadie los podrá acusar de haber negociado nada con la autoridad.

Podrá haber distintas valoraciones del CGH, pero la verdad es que sin este movimiento la gratuidad de la educación superior se habría perdido.

Lo intentaron tres rectores: Jorge Carpizo, José Sarukhán y José Francisco Barnés; con el respaldo de tres presidentes de la República: Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo. Ninguno pudo. Sarukhán y Barnés rompieron el pacto y provocaron nuevos conflictos. Quisieron aumentar las cuotas, terminar con la educación gratuita, y llevaron a la UNAM a “la huelga del fin del mundo”. Los rectores Juan Ramón de la Fuente y José Narro Robles ya no propusieron aumentos en las cuotas de inscripción y pudieron echar a andar diversas medidas académicas acordadas por el propio Congreso Universitario. Entre 1986 y el 2000 la Universidad vivió dos huelgas estudiantiles, tres conflictos en defensa de la gratuidad y numerosos conflictos locales. Entre el año 2000 y 2017 esta casa

de estudios no sufrió ningún nuevo gran enfrentamiento. Se impuso el *pacto social del Congreso Universitario*. Hoy en día, la UNAM sigue siendo pública y gratuita. Es la mejor de América Latina. Y una de las 100 mejores del mundo.

Cuenta Armando Quintero que allá por el año 2005, en alguna reunión con Juan Ramón de la Fuente, entonces rector, y José Narro, secretario general de la UNAM, ambos decían: “ya entendimos.... ya entendimos...”.

La huella de los movimientos estudiantiles en el Gobierno de la Ciudad de México

Los movimientos estudiantiles influyeron en los gobiernos democráticos de la Ciudad de México y en sus políticas públicas. Por ejemplo, Cuauhtémoc Cárdenas instituyó la primera Preparatoria del Gobierno de la Ciudad en lo que fueran las instalaciones de la vieja Cárcel de Mujeres.

Durante la administración de Andrés Manuel López Obrador se crearon el Instituto de Educación Media Superior, con 16 planteles, y la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ambas instituciones totalmente gratuitas.

En la gestión de Marcelo Ebrard se creó la beca universal de bachillerato *Prepa Sí*. Con ella se invirtió en 180° la filosofía de los neoliberales del pago por los estudios. Estos le decían a los estudiantes: “si quieres estudiar vas a pagar”. Y con la beca *Prepa Sí* el mensaje es: “si quieres estudiar te vamos a pagar”.

La idea de la educación pública superior, universal y gratuita, se convirtió en un principio de los gobiernos de la ciudad. Y en buena medida, fue por la influencia de los movimientos estudiantiles ocurridos en la UNAM y otras instituciones de educación superior.

Epílogo

El CEU deja un legado cultural: el derecho a la educación superior pública y gratuita; un legado institucional: el *pacto social universitario* del Congreso para la gratuidad y la calidad educativas y un legado político: la demostración de que se puede triunfar.

Me siento feliz de encontrar en mi vida cotidiana a compañeros que protagonizaron algún episodio de las batallas ceuístas, y que hoy siguen contribuyendo a la lucha por transformar el país. En los momentos en que voy recoger a mis hijos a la escuela, en las acciones políticas, en el cine, en el centro de salud, en la vida familiar, cuando acudo a impartir clases a la UNAM o en mis actividades laborales y profesionales, me he encontrado a muchos. Entre otros:

Claudia Sheinbaum, ceuísta en la Facultad de Ciencias, quien más tarde hizo Maestría y Doctorado en Ingeniería Energética, al tiempo que fue secretaria de Medio Ambiente en el gobierno de Andrés Manuel López Obrador en la Ciudad de México y actualmente es jefa delegacional en Tlalpan.

Fabrizio Mejía, ceuísta en Filosofía y Letras y actualmente un reconocido escritor, autor de *Disparos en la oscuridad*, entre una veintena más.

Jesús Ramírez Cuevas, ceuísta en la Facultad de Ciencias Políticas, y ahora periodista, director del periódico *Regeneración* y colaborador de Andrés Manuel López Obrador.

Lore Manrique, ceuísta en *Prepa 6* y hoy cineasta galardonada con *Arieles* por su trabajo.

Irma Sandoval, ceuísta en CCH Sur y hoy economista por la UNAM, socióloga por la UAM y doctora en Ciencia Política por la Universidad de California. Estos últimos tres, diputados a la Asamblea Constituyente de la Ciudad de México por Morena.

Eli Evangelista, ceuísta en la Escuela Nacional de Trabajo Social y profesor en la misma, con maestrías en Ciencias Sociales en México y en Chile.

Orfe Castillo, ceuísta en *Prepa 7* y hoy en día una de las feministas más reconocidas del país. Actualmente milita en *Ciudad Feminista*.

Federico Anaya, fundador del grupo *Regeneración* en la Facultad de Derecho, después activista por los Derechos Humanos, director jurídico de la Secretaría de Desarrollo Social del GDF, en la administración de Andrés Manuel López Obrador y actualmente abogado de la UACM.

Leonardo Olivos Santoyo, ceuísta en CCH Sur, hoy es doctor en Estudios Latinoamericanos, e investigador en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias, fundado por el doctor Pablo González Casanova.

Nicolás Olivos Santoyo fue ceuísta en CCH Sur, hoy es doctor en Antropología y profesor en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Rafael Tonatiuh González, ceuísta en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, hoy es cineasta y autor de la columna *QRR* en el periódico *Milenio*. Es el guionista de la película *Un mundo raro*.

Marco Antonio González Pérez, ceuísta en la Facultad de Psicología, es hoy académico y escritor. Autor del libro *México polarizado, 2000-2006. Un estudio de psicología política*.

Patricia González, ceuísta en CCH Sur, y hoy *Tuitera Mx*, destacada activista en redes sociales, dirigente de Morena en Coyoacán.

Lenia Batres, ceuísta en *Prepa 6*, legisladora federal, directora general jurídica y de Gobierno en la delegación Cuauhtémoc, directora general de Regulación al Transporte en el Gobierno de la Ciudad de México. Realizó la Maestría en Derecho Penal. Actualmente es doctorante de Estudios sobre la Ciudad en la UACM.

Felipe Zermeño, ceuísta en *Prepa 6* y después secretario técnico de la Comisión de Gobierno en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal; asesor de la Presidencia de la Junta de Coordinación Política de la Cámara de Diputados; asesor en el Senado de la República; subprocurador de Derechos Humanos en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal.

José Luis Santos, ceuísta en Filosofía y Letras y después asesor parlamentario en la ALDF y en la Cámara de Diputados. Servidor público en la Subsecretaría de Gobierno, la Secretaría de Desarrollo Social y la Secretaría de Desarrollo Rural y Equidad para las Comunidades del GDF.

Alejandro Gil, ceuísta en *Prepa 5* y más tarde abogado, asesor parlamentario y funcionario. Director jurídico de la Subsecretaría de Gobierno del Distrito Federal y luego de la Secretaría de Desarrollo Social del mismo gobierno.

Juan Gerardo López Hernández, ceuísta en la Facultad de Filosofía y Letras, funcionario partidista, luego coordinador de Colaboración Comunitaria en la Dirección General de Justicia Cívica; después Coordinador de Archivos en la Consejería Jurídica, coordinador de Comedores

Comunitarios en la Secretaría de Desarrollo Social del GDF e integrante del equipo de trabajo del Comité Ejecutivo Estatal de Morena en la Ciudad de México.

Gerardo Villanueva, ceuista en la Facultad de Derecho y luego legislador local y federal y funcionario del Gobierno de la Ciudad de México; fue presidente de la Comisión del DF de la Cámara de Diputados y director general del Instituto del Deporte del DF.

Julio Pérez, ceuista en *Prepa 4* y después dirigente partidista, funcionario público en la ciudad y asesor parlamentario en distintas Legislaturas; fue coordinador del Programa de Atención Social Emergente del Instituto de Asistencia e Integración Social del GDF.

Rodrigo Ávila, activista en el movimiento de 1992 en el CCH Naucalpan, militante del Consejo General de Huelga en la ENEP Acatlán en 1999 y más tarde conductor de radio, funcionario público y partidista; asesor en la Secretaría de Gobierno; jefe de Prensa en la Secretaría de Seguridad Pública, asesor en la Secretaría de Desarrollo Social, conductor del programa de radio *Luces de la Ciudad*.

Víctor Torres, activista en el CCH-Naucalpan en el movimiento de 1992, militante del Consejo General de Huelga en la ENEP Acatlán en 1999 y hoy asesor partidista y parlamentario; actualmente es secretario técnico del Grupo Parlamentario de Morena en la Asamblea Constituyente de la Ciudad de México.

Rocío Villarauz, estudiante de CCH Sur y después asesora parlamentaria y funcionaria del Gobierno de la Ciudad; fue subdirectora de Atención a Grupos Vulnerables en la Secretaría de Desarrollo Social.

Carolina Pérez Gordillo, ceuísta en *Prepa 4* y más tarde funcionaria parlamentaria y gubernamental.

Verónica García, estudiante de la ENEP Acatlán y más tarde reportera del Instituto Mexicano de la Radio; funcionaria del Gobierno de la Ciudad de México; jefa de Prensa en el PRD-DF.

Rodrigo Acosta, ceuísta en la Facultad de Derecho y más tarde asesor en la ALDF, funcionario en la delegación Magdalena Contreras y en el Instituto del Deporte del DF.

Isaac García, ceuísta en *Prepa 5*, luego consejero técnico en la Facultad de Filosofía y Letras, asesor parlamentario, servidor público y actualmente profesor en la Facultad de Filosofía y Letras e investigador en el CIESAS.

Darinka Ezeta, ceuísta en la Facultad de Filosofía y Letras, actualmente es actriz de teatro en México y en Alemania.

Lety Tecla, trabajadora administrativa en la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia (ENEO). En los hechos era de las principales dirigentes del colectivo ceuísta en esa escuela. Con posterioridad siguió en el sindicalismo democrático, contribuyó a la formación de una preparatoria, ha sido servidora pública y actualmente prepara estudiantes para los exámenes de admisión al bachillerato.

Benjamín González, ceuísta en CCH Naucalpan, más tarde se hizo promotor cultural y fue director de la Fábrica de Artes y Oficios FARO de Oriente.

Agustín Estrada Ortiz, ceuísta en *Prepa 4*, promotor cultural, actual director de la Red de FAROS de la Ciudad de México.

Luis Manuel Labra, ceuísta en Economía y después funcionario del Instituto de Vivienda en el gobierno de An-

CEU, crónica de una victoria
drés Manuel López Obrador. Operador del programa Mejoramiento de Vivienda.

Héctor Miguel Salinas Hernández, ceuísta en el CCH-Oriente, representante estudiantil en los diálogos públicos; actualmente maestro en la UACM, experto en temas de diversidad sexual. Autor del libro *Políticas de disidencia sexual en América Latina*.

Guido Hernández, ceuísta en la Facultad de Economía, después funcionario público.

Diana Talavera, ceuísta en la Facultad de Economía, después consejera electoral y hoy funcionaria en la Fiscalía Especial Para Delitos Electorales.

Paloma Robles, ceuísta en *Prepa 6* y actualmente actriz de cine. Actuó en la cinta *Rojo Amanecer*.

Ernesto Lenh, fue ceuísta en CCH Sur, y hoy fotógrafo profesional.

Víctor Mendiola, ceuísta en CCH Sur, actualmente fotógrafo profesional.

Luis Carlos Moncada, ceuísta en la Facultad de Filosofía, dramaturgo. Fue director de Teatro de la UNAM.

Ana González de la Vega, ceuísta en *Prepa 1*, actualmente activista de organizaciones de la sociedad civil en materia ambiental.

Ernesto Morón, ceuísta en el CCH Vallejo; hoy es activista de organizaciones del Movimiento Urbano Popular.

Salvador Hernández, delegado al Congreso por el CCH Vallejo, hoy es profesor en el mismo plantel.

Andrea González, ceuísta en *Prepa 4*, y años después directora de la Clínica Condesa, especializada en la atención del SIDA.

Juan Gutiérrez, ceuísta en la Facultad de Ciencias Políticas y hoy funcionario público en la delegación Tlalpan.

Antonio Tenorio, ceuísta de Ciencias Políticas y actualmente director de Radio Educación.

Juan Romero, ceuísta en la Facultad de Derecho, es hoy diputado federal de Morena.

Ulises Castellanos, ceuísta en *Prepa 6*, y después fotógrafo profesional.

Fernando Castillo, ceuísta en la Facultad de Medicina, actualmente es director del Centro de Salud San Simón, de la Secretaría de Salud del Gobierno de la Ciudad de México.

Jorge Calzado, ceuísta en *Prepa 6*, y hoy es arquitecto de proyectos de vivienda de interés social y construcción social del hábitat de organizaciones del MUP.

César Peregrina, ceuísta en *prepa 7*, años después fue productor en CNI Canal 40.

Sergio González Zepeda, ceuísta en *Prepa 6*, actualmente es un activista contra los procesos de gentrificación urbana.

Nezahualcóyotl Luna, estuvo en la Facultad de Derecho y fue funcionario de la UACM; ahora es activista en Derechos Humanos.

Miguel Chelius, ceuísta en CCH Naucalpan, ahora trabaja con Julio Boltvinik en el Colegio de México en temas de medición de la pobreza.

Nicolás Sánchez, ceuísta en la Facultad de Ciencias Políticas. Actualmente es profesor en la Preparatoria 7.

Raymundo Hernández, ceuísta en la Facultad de Economía. Después se convirtió en dirigente de una de las Asambleas de Barrios de la ciudad.

CEU, crónica de una victoria

Adolfo Llubere, ceuísta en CCH Sur, años después fue director de Desarrollo Social en la delegación Tlalpan.

Gerardo Marentes, ceuísta en la Facultad de Ingeniería, y hoy funcionario en la delegación Tlalpan.

Adel Gutiérrez, ceuísta en CCH Vallejo, es investigadora en la Facultad de Filosofía y Letras.

Mario Benítez, ceuísta en la Facultad de Economía, después profesor en la misma, activista del Consejo General de Huelga, y hoy militante del Sindicato Mexicano de Electricistas.

Laura Espinosa, delegada al Congreso por CCH Vallejo, hoy es investigadora en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas.

Baltazar Gómez Pérez, ceuísta en la Facultad de Ciencias Políticas, después obtuvo el Premio Nacional de Cuento *Efraín Huerta*.

Leyla Méndez, ceuísta en *Prepa 5* y después funcionaria pública y comunicadora.

Leobardo Ordaz, ceuísta en CCH Oriente, fue miembro de la COCU, más tarde militante político en Iztapalapa.

Miguel Ángel Juárez, ceuísta en CCH Oriente, más adelante reportero. Es autor del libro *La Revolución de Terciopele*, sobre la pérdida de control priísta de la Cámara de Diputados en 1997.

Inti Muñoz, ceuísta en CCH Sur, y después funcionario público. Fue director del Fideicomiso del Centro Histórico.

Víctor Manuel Torres, ceuísta en CCH Vallejo, hoy es responsable de la sección de *Cultura* del periódico *Excelsior*.

Agustín Guerrero, ceuísta en la Facultad de Economía, integrante de la COCU, y más tarde dirigente partidista. Fue presidente del PRD-DF y diputado federal y local.

María Antonieta Pérez Orozco, delegada al Congreso por el CCH-Vallejo, actualmente es funcionaria de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad de México.

José Manuel García, ceuísta en CCH Vallejo, hoy profesor universitario.

Álvaro Cedillo, ceuísta en CCH Vallejo, actualmente es periodista, y ha sido jefe de Prensa de instituciones legislativas.

Gerardo Rosas, ceuísta en *Prepa 3*, y más tarde dirigente partidista y experto en temas electorales.

Ignacio García, ceuísta en CCH Vallejo, hoy es uno de los dirigentes de la Central Campesinas Cardenista.

Víctor Montalvo, ceuísta en *Prepa 7*, después fue diputado federal y director de Relaciones Laborales en el GDF.

Lucerito del Pilar Márquez Franco, ceuísta en *Prepa 7*, después fue diputada local y hoy es activista de organizaciones de la sociedad civil.

Alejandro Álvarez, delegado al Congreso Universitario por CCH Azcapotzalco, después se especializó en temas electorales; fue representante de Morena ante el Consejo de Vigilancia del Instituto Nacional Electoral.

Vladimir Sánchez, ceuísta en Iniciación Universitaria de la *Prepa 2*, después fue funcionario en el Gobierno de la Ciudad de México en la administración de Andrés Manuel López Obrador y actualmente es dirigente de Morena en la delegación Magdalena Contreras.

Alejandro Llubere, ceuísta en CCH Sur y después militante político y servidor público.

Víctor Sulser, ceuísta en CCH Vallejo, más tarde ingresó a la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Actualmente se dedica a la pintura y al arte.

David Alvarado, ceuista de la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia, más tarde ha participado en luchas sociales y políticas.

Arturo Rivera, ceuista en *Prepa 7*, más tarde servidor público y profesionista dedicado a la atención de la diversidad religiosa.

Francisco Retama, ceuista en la Facultad de Economía, militante del Partido Obrero Socialista y promotor de organizaciones de lucha social.

Me falta mencionar a muchos, muchos, muchísimos más, a los que pido disculpas por no anotarlos ahora debido a los límites de la memoria, el espacio y la vida cotidiana.

Muchos podrían reprochar en retrospectiva que con el paso del tiempo hubo ceuistas que se pasaron al lado oscuro de la fuerza, que olvidaron por qué lucharon en los años 80. Se podrá acusar que algún exceuista hizo de los periódicos sucios del salinismo su razón de ser en la vida; que otro exceuista se convirtió al priísmo y hasta llegó a ser su dirigente en la capital del país; que uno más firmó desplegados avalando fraudes electorales para poder llegar a ser consejero electoral y que incluso otro hizo los fraudes electorales que combatió en la Facultad de Derecho para llegar a ser gobernante de su delegación. Todo eso es cierto. Pero nada de eso descalifica la gesta social, civil, cultural y universitaria en la que participaron cientos de miles de jóvenes.

Los tecnócratas neoliberales que han gobernado México desde hace 34 años han privatizado casi todo: telefonía, electricidad, minas, siderúrgicas, ferrocarriles, comunicación satelital, ingenios azucareros, empresas de café y tabaco, industrias de maíz y tortilla, compañías de alimentos y fertilizantes, armadoras de autobuses, cines, teatros, televisoras, puertos, aeropuertos, aerolíneas, carreteras, bancos, pensiones y hasta el petróleo, que parecía imposible. Pero no han podido con la UNAM. Se lo debemos a las luchas de los estudiantes de los años 80 y 90. En esas batallas, el CEU ocupa un lugar especial, el de movimiento pionero por la gratuidad de la educación pública superior.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de enero del año 2017.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.